

Jean-Bertrand Aristide presenta a

TOUSSAINT L'OUVERTURE

LA REVOLUCIÓN HAITIANA



akal

Jean-Bertrand Aristide presenta a

TOUSSAINT L'OUVERTURE

LA REVOLUCIÓN HAITIANA



Akal / Revoluciones / 9

Toussaint L'Ouverture

La Revolución haitiana

Introducción a cargo de: Jean-Bertrand Aristide

Edición: Nick Nesbitt

Traducción: Alfredo Brotons Muñoz



AKAI

Diseño de portada

Sergio Ramírez

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

Toussaint L'Ouverture. The Haitian Revolution

© Verso, 2008

© de la introducción, Jean-Bertrand Aristide, 2008

© Ediciones Akal, S. A., 2013

para lengua española

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3816-0

Introducción

Dr. Jean-Bertrand Aristide

En 1804, Haití se convirtió en la primera república negra de la única revolución de esclavos llevada a cabo con éxito en el mundo. El líder indiscutible que trazó el rumbo de este acontecimiento histórico fue un esclavo cuyo nombre constituye hoy un símbolo intemporal de la libertad: Toussaint L'Ouverture. Los escritos que dejó, sus memorias y cartas, y la Constitución que redactó permiten comprender su legado político, teológico y económico. Para nosotros, seguidores de los pasos de Toussaint, los documentos que escribió nos plantean tres preguntas capitales. ¿Hasta qué punto se liberó Toussaint a sí mismo no sólo de la esclavitud física, sino de la esclavitud mental con respecto al sistema colonial que combatió? En segundo lugar, en el plano teológico, ¿ofrece el legado de Toussaint una línea de liberación que se pueda poner en práctica hoy en día? Y, finalmente, ¿el cumplimiento del legado social y económico de Toussaint nos permitiría erradicar la pobreza, la versión moderna de la esclavitud, y avanzar hacia la libertad real?

Desde el comercio transatlántico de esclavos hasta el actual sistema global de esclavismo económico, una amplia variedad de agentes han contribuido al mantenimiento del colonialismo. Aquellos a los que yo llamaría esclavos mentales, los colonizados que no obstante defienden los intereses de los colonizadores blancos, han desempeñado siempre un papel crucial en la perduración de la esclavitud, entonces y ahora. La crítica más potente de que ha sido objeto Toussaint tal vez haya sido la de que protegió en exceso a los amos y el sistema de estos. Amado por la mayoría, temido por una minoría y retrospectivamente percibido por algunos como demasiado amable, demasiado suave y demasiado diplomático con los colonizadores, es en sus escritos y en sus logros donde se revela la verdadera personalidad de Toussaint. De ahí nuestra primera pregunta: ¿siguió este antiguo esclavo siendo un esclavo mental del sistema que trató de derrocar?

El nombre de Dios se usa estratégicamente desde hace cuatro siglos para intentar justificar la esclavitud. Sin embargo, el discurso académico sobre la esclavitud

tiende a centrarse mucho más en las dimensiones políticas que en las teológicas del sistema esclavista. Las referencias religiosas en los escritos de Toussaint ofrecen una oportunidad de examinar este campo teológico y de preguntarse si Toussaint mismo dejó un legado teológico de liberación que pueda ser contextualizado o puesto en práctica.

El sueño de Toussaint era una moneda de dos caras: en una la libertad política, en la otra la libertad económica. A lo largo de los últimos 200 años, muy poco se ha dicho sobre la determinación de Toussaint de erradicar la pobreza, que estaba, y sigue estando, inextricablemente ligada a la esclavitud. De modo que se plantea una tercera pregunta: ¿cómo podemos erradicar la pobreza cumpliendo el legado social de Toussaint?

Toussaint: antiguo esclavo, no esclavo mental

El sistema nervioso del cuerpo humano puede verse afectado por desórdenes intrínsecos y extrínsecos. El cuerpo político es susceptible de los mismos trastornos. Desde 1492, y aun hoy en día, el colonialismo y el neocolonialismo han sido una fuente permanente de desorden extrínseco para Haití. Internamente, esclavos mentales de la elite haitiana han generado en todo el tejido social del país patologías intrínsecas que han bloqueado el desarrollo sostenible. Para los colonizadores, había dos categorías de negros: los esclavos y los esclavos mentales. ¿A cuál de ellas pertenecía Toussaint L'Ouverture?

François Dominique Toussaint L'Ouverture era hijo de Gaou-Guinou, un príncipe de Arada nacido en el actual Benín, África, y llevado en barco a Haití como esclavo. Gaou-Guinou fue bautizado y pasó a ser conocido como Hyppolite. Su segundo matrimonio fue con una mujer llamada Pauline. Tuvieron cuatro hijas y cuatro hijos: Jean, Paul, Pierre y Toussaint. La familia vivía en Haut du Cap, una aldea próxima a Cap-Haitian, la segunda ciudad de Haití. Toussaint nació en la plantación de Bréda en Cap-Haitian, que en 1786 se convirtió en propiedad del conde de Noé. La incertidumbre en torno a la fecha de nacimiento de Toussaint refleja hasta qué punto los esclavos fueron reducidos a objetos a los ojos de los colonizadores. Al menos cuatro fechas diferentes se han propuesto: 1739, en base a una carta que Toussaint dirigió al Directorio

Francés en 1797; 1746, según su hijo Isaac; 1743, en base a varias fuentes; y 1745, en base a documentos de Fort de Joux, la instalación militar francesa en que fue encarcelado y donde finalmente murió.

Cuando nació, sea cual sea la fecha, pocos pensaron que sobreviviría. Su frágil constitución inspiró el sobrenombre de Fatra Baton: es un palo tan delgado que debería tirarse a la basura. Pero el niño sorprendió a todos. Toussaint desarrolló unas excepcionales capacidades físicas e intelectuales; muy pronto se distinguió entre los muchos otros habitantes de la plantación de Bréda. «En un comienzo destinado a trabajar con los animales de la finca, L'Ouverture se convirtió en cochero del capataz de la finca y luego en encargado de todo el ganado»[1]. En 1799, el dueño de la plantación, Bayon de Libertat, dijo de Toussaint: «Le confié la parte más importante de mi administración y el cuidado del ganado. Mi confianza en él nunca se vio defraudada».

Desde hacía mucho tiempo, Toussaint había mantenido buenas relaciones con algunos colonizadores, y en la víspera de la insurrección de esclavos de 1791 incluso les había salvado la vida a algunos de ellos. Su legado ha sido objeto por ello de algunas acerbas críticas. Pero el suyo era esencialmente un carácter moderado y templado, autocontrolado y diplomático en cuanto al estilo. Pese a la violencia del sistema esclavista, Toussaint no adoptó un comportamiento violento, basado a su vez en la venganza y el odio. ¿Cómo consiguió cultivar estas preciosas cualidades personales mientras desarrollaba destrezas vitales para navegar en el complejo escenario político en que le tocó vivir?

El momento decisivo para Toussaint se produjo entre 1790 y 1791, tal vez bajo el fulgor de la ceremonia celebrada el 14 de agosto de 1791 en Bois Caïman. Toussaint ya era libre; sin embargo, optó por permanecer con las masas, aquellos que habían sido reducidos a propiedad de sus amos. Toussaint no podía disfrutar plenamente de su propia libertad: compartía el sufrimiento de aquellos que seguían siendo víctimas de la esclavitud. Para que él fuera plenamente libre –y se sintiera plenamente libre–, todas las personas esclavizadas habían de ser libres.

Un año antes, en 1790, Toussaint había decidido no sumarse a los esfuerzos movilizadores de Vincent Ogé, un mestizo libre cuya visión de la libertad se limitaba únicamente a su propia casta de mestizos ricos y libres, y no se extendía a los esclavos. La Francia colonial era «el primer imperio que tenía una política imperial democrática que incluía a los esclavos y a los mestizos... Esa política

no duró mucho... Pero duró más en el Caribe, antes y después de que fuera política imperial»[2]. La visión que Toussaint tenía de la libertad era universal en una época en la que Francia trataba de explotar las divisiones (reales y creadas) entre las comunidades de mestizos y esclavos.

Desde agosto de 1791 hasta su secuestro por fuerzas francesas en 1802, Toussaint se movió en el escenario político impulsado por esta visión de la libertad universal. Toussaint comprendía las necesidades humanistas, o como James Bugental[3] las describiría casi 200 años más tarde, los postulados de la psicología humanista:

1. Los seres humanos no pueden ser reducidos a sus componentes.
2. Los seres humanos tienen en sí un contexto humano único.
3. La consciencia humana incluye la de uno mismo en el contexto de otras personas.
4. Los seres humanos tienen por un lado posibilidad de elegir y, por otro, responsabilidades no deseadas.
5. Los seres humanos son intencionales; buscan significado, valor y creatividad.

Esta descripción de las cualidades humanas existenciales lleva implícitas las semillas de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

La rebelión de esclavos que hizo erupción en el norte de Haití tras la ceremonia de la ceremonia de Bois Caïman en agosto de 1791 ocurrió en una región que «era la más poblada y la principal en cuanto a producción azucarera, en gran medida debido a que su llanura agrícola era propicia al cultivo del azúcar regado por la lluvia... La región septentrional aportaba aproximadamente dos quintos del azúcar haitiano al comienzo de la revolución, un tonelaje un poco inferior pero de igual valor que el de la región occidental»[4]. Esta rebelión fue la chispa que prendió la llama de una insurrección que era una clara y profunda expresión de un llamamiento colectivo a la libertad. Aunque no fue un instigador de la rebelión, Toussaint se puso al servicio de la voluntad y los intereses de los

esclavos, y a finales de 1791, justo un año después de rehusar alinearse con Ogé, Toussaint piso las tablas públicas para responder al histórico llamamiento de los esclavos. La insurrección necesitaba de su liderazgo, y él creó una ouverture (apertura) hacia la libertad. De hecho, él fue «L'Ouverture» (La Abertura). Saint-Domingue se convirtió así, en palabras de Aimé Césaire, en «el primer país de los tiempos modernos en plantear realmente, y por tanto para la reflexión humana, el gran problema que el siglo xx aún no ha conseguido resolver en toda su complejidad social, económica y racial: el problema colonial»[5].

En los inicios de la revolución, con casi medio millón de africanos esclavizados en Saint-Domingue (100.000 nuevos esclavos habían llegado en sólo los tres años precedentes), los colonizadores pensaron que el problema colonial podrían resolverlo aumentando exponencialmente el número de esclavos.

La visión de los esclavos rebeldes, por supuesto, era radicalmente diferente: para erradicar el problema colonial los esclavos comenzaron por reducir a cenizas las plantaciones –el instrumento del sistema esclavista– y luchar valerosamente contra los amos coloniales. El enfoque de Toussaint era menos radical. Su primera elección no incluía ni el fuego ni el rechazo de todos los blancos. Cuando se enteró de que la familia de su antiguo amo corría peligro inminente, Toussaint tomó precauciones para su protección. Este movimiento era característico de Toussaint, que, a lo largo de toda la lucha por la libertad, sistemáticamente buscó alianzas que pudieran aproximarle a su meta. Por similares razones estratégicas, en 1793, durante la guerra entre Francia y España, Toussaint militó en el bando español, que ocupaba los dos tercios orientales de la isla. Desde el puesto de asesor de Georges Biassou, uno de los más importantes líderes insurgentes en las llanuras septentrionales, no tardó en ascender.

Debido a su excepcional talento militar, su capacidad para construir consensos, entrenar soldados y encontrar formas estratégicas de conseguir victorias, Toussaint fue reconocido como un gran general. Su autoridad en el norte era legendaria. Mientras tanto, los colonizadores franceses estaban desesperados por encontrar un contrapeso a su ascensión y, al mismo tiempo, por repeler a las fuerzas europeas que perjudicaban sus intereses. Además de los españoles en el este, una invasión británica amenazaba la costa de Saint-Domingue. La Asamblea Nacional de París envió a Léger-Félicité Sonthonax y Étienne Polverel, dos comisarios franceses, para remplazar al general Étienne Laveaux como gobernador de la colonia. Su misión era atraerse a los esclavos frente a los españoles con la promesa de la libertad.

Toussaint vio una abertura. Por dudosa que pudiera ser la oferta francesa, él vio una oportunidad de fortalecer su propia estrategia uniéndose a los franceses y abandonando a los británicos y los españoles, que en cualquier caso estaban dando largas a la promesa de libertad hecha a los esclavos. El 29 de agosto de 1793, el mismo día en que Sonthonax hacía pública su proclamación que abolía la esclavitud en el norte, Toussaint daba a conocer su propia proclamación: «Quiero que en Saint-Domingue reinen la Libertad y la Igualdad. Trabajo para traerlas. Uníos a nosotros, hermanos, y combatid con nosotros por la misma causa». Con estas palabras, Toussaint «estaba tomando posiciones contra Sonthonax como el verdadero defensor de la libertad en Saint-Domingue»[6]. Oficialmente se alineó con los franceses en 1794, sólo una vez que la Asamblea Nacional francesa hubo sancionado la proclamación de Sonthonax contra la esclavitud. Inmediatamente después comenzó a presionar a los franceses para que pusieran definitivamente fin a la esclavitud en toda la colonia.

Ascendido a general de brigada por Laveaux, antiguo gobernador de Saint-Domingue, Toussaint condujo a su ejército de negros, mulatos y blancos a numerosas victorias que expulsaron a los españoles de la isla.

Mientras tanto, en 1794, fuerzas francesas al mando de Victor Hughes recobraron el control de la vecina isla de Guadalupe, que los británicos habían brevemente ocupado con el apoyo de dueños de plantaciones locales[7]. Esta exitosa restauración del poder francés en Guadalupe constituía una potencial amenaza para el plan de Toussaint acerca de la erradicación total de la esclavitud en Saint-Domingue.

La libertad de los gobiernos de hacendados en las colonias significa por definición que los arbitrarios gobiernos imperiales no tienen derecho a interferir en sus decisiones. La libertad de los hacendados de hacer lo que quieran con su propiedad significa que los esclavos no tienen libertad, el derecho a hacer lo que quieran[8].

La economía colonial se basaba en la esclavitud: el trabajo no pagado de los esclavos era la principal fuente de riqueza para los colonizadores, y Saint-Domingue estaba en la cima de esta opulencia:

[Sobre 1790, la colonia] producía casi la mitad de todo el azúcar y el café consumido en Europa y las Américas, así como importantes cantidades de algodón, índigo y provisiones agrícolas. Aunque apenas un poco mayor que Maryland y poco más que dos veces el tamaño de Jamaica, era desde hacía mucho tiempo la colonia más rica del Caribe, y los publicistas la llamaban la «Perla de las Antillas» o el «Edén del Mundo Occidental»... En 1789, Saint-Domingue tenía alrededor de 8.000 plantaciones que producían cultivos destinados a la exportación. Generaban aproximadamente dos quintos del comercio exterior de Francia, una proporción rara vez igualada en ningún imperio colonial[9].

Estaba claro que los colonizadores lucharían con uñas y dientes para conservar esta fuente de riqueza.

En 1795, Toussaint se encontraba en una compleja posición estratégica. En sus maniobras tenía que equilibrar la ética y los valores morales con la planificación estratégica. Consiguió reavivar la economía de Saint-Domingue a la vez que mejorar significativamente las condiciones sociales de la isla. Creía que las tensiones sociales podían reducirse impulsando la unidad entre negros, mestizos y blancos. Aunque ya no bajo el látigo, los antiguos esclavos tenían que trabajar mucho; Toussaint no toleraba la pereza: «El trabajo», decía, «es necesario, es una virtud». Pero ahora la riqueza generada por los antiguos esclavos les beneficiaba directamente a ellos. Por desgracia, esta visión no concordaba con los planes coloniales. A pesar del progreso económico y social alcanzado en 1795, el camino hacia la libertad seguía siendo largo. Siempre fiel a las masas de esclavos y comprometido en la construcción de alianzas para el logro de sus metas, abandonó a quienquiera que pensara que él, Toussaint, podía ser utilizado contra su gente. En 1797, Toussaint rompió relaciones con Sonthonax por precisamente esta razón.

Por lo general, los negros y los mulatos que pertenecían a la elite política, intelectual o económica y que se beneficiaban sirviendo como esclavos mentales a los colonizadores no reconocieron que la experiencia de la esclavitud misma «constituía la raíz de una incipiente identidad colectiva a través de una memoria colectiva igualmente incipiente, la cual significaba y distinguía a una raza, a un

pueblo»[10]. Las obsesiones psicológicas y los complejos de inferioridad de la colonización interior impedían que los colonizados comprendieran que una transferencia de clase no significa un cambio de yo o de identidad. Tales esclavos mentales, entonces como ahora, viven en un estado casi permanente de crisis de identidad. Como los sentimientos de inferioridad debilitan su sentido de la identidad, constantemente miran por el amo blanco con quien se identifican... en gran medida tal como aparece en la famosa descripción de Frantz Fanon contenida en su muy influyente libro *Piel negra, máscaras blancas*[11].

Por contra, las divisiones jerárquicas entre los africanos esclavizados y los colonizadores blancos contribuyeron a aumentar en los esclavos la consciencia de su condición. Toussaint sabía que los esclavos sólo podían adquirir poder a través de la unidad, mientras que, por definición, quienes seguían estando mentalmente esclavizados carecían de poder. En este respecto, la percepción que Toussaint tenía del poder se oponía a la de Sonthonax. Aunque sin renunciar nunca a sus convicciones, Toussaint sí tenía la capacidad de comprender múltiples perspectivas. Comprendía que el ejercicio del poder requería una vigilancia continua y la identificación de diferentes tipos de enemigos: el enemigo inmediato y el enemigo por venir[12].

Al mismo tiempo, Toussaint demostró que podía alcanzar compromisos con aquellos que perseguían intereses más o menos compatibles con los suyos. En 1798, Toussaint accedió a negociar en nombre de Francia la retirada de las fuerzas británicas de Saint-Domingue y mayores intercambios comerciales con naciones extranjeras. Firmó acuerdos económicos con la Gran Bretaña y los Estados Unidos para vender azúcar, café y otros productos a cambio de armas y bienes manufacturados extranjeros. Firmados el 22 de mayo de 1799, estos acuerdos constituyeron un paso hacia la prosperidad; fueron también un testimonio de los principios de Toussaint y su capacidad de pensar estratégicamente. Los dos países firmantes se ofrecieron a reconocer a Toussaint como rey soberano de una nación independiente. Convencido, como C. L. R. James señaló acertadamente, de que el poder era un «medio para un fin» —en este caso, la verdadera libertad para todos los esclavos—, Toussaint rechazó la oferta. No estaba obsesionado con el poder por el poder. Toussaint firmó los acuerdos comerciales porque podían beneficiar a su pueblo. Pero se negó a que lo coronaran «rey» los mismos colonizadores blancos responsables de la constante esclavización de su pueblo[13].

En cualquier caso, Toussaint no necesitaba ser rey. Era querido, incluso

reverenciado, por su pueblo. Su concepción del liderazgo era expansiva; abría los brazos a todos –negros, mulatos y blancos–, y esto le permitió la consecución de muchos logros durante su administración. El incremento de la producción agrícola como consecuencia de las políticas de Toussaint no sólo aportó al país recursos que este necesitaba, sino que fue una expresión colectiva de la dignidad de los antiguos esclavos africanos convertidos en trabajadores agrícolas.

El éxito de Toussaint en la inversión de las perspectivas económicas de Saint-Domingue dio también la medida de su carisma como líder. Según Robert C. Solomon:

El carisma tiene mucho que ver con la emoción, pero no simplemente con la emoción generada por los líderes. Es también, primero y ante todo, la pasión del líder. Es extraño, pues, que la naturaleza de la emoción, el auténtico núcleo del carisma, haya sido durante tanto tiempo pasada por alto por los estudiosos del liderazgo. Lo que también se ha pasado por alto, junto con la emoción, es la íntima relación entre emoción y ética[14].

Los estudios sobre Toussaint han hecho a menudo hincapié en su habilidad militar y su disciplina, y no lo bastante en esta íntima relación entre amor, ética y liderazgo.

Para Toussaint, poder y liderazgo guardaban una relación de reciprocidad. En esta visión del liderazgo, para controlar el equilibrio del poder un líder debe ocuparse de las necesidades fundamentales de sus seguidores. Toussaint diseñó una estrategia que demostraba sin fisuras que él se ocupó profundamente de la dignidad y prosperidad de su pueblo. Un ejemplo de ello lo constituye el hecho de que firmara acuerdos comerciales con los británicos y los estadounidenses al mismo tiempo que rechazaba la oferta de ser coronado rey. Otro fue la expulsión de su nominal superior francés Gabriel Hédouville y del sucesor de este Philippe Roume. Cuando Hédouville llegó por primera vez de Francia con la «difícil misión de consolidar el control metropolitano en la colonia», Toussaint hizo saber exactamente a Hédouville lo que él pensaba al respecto: «Hay hombres que hablan como partidarios de la libertad general pero que en el fondo son enemigos jurados de esta»[15]. El compromiso de Toussaint con la libertad

universal no lo compartían muchos de sus contemporáneos extranjeros. Dos años después de la firma del acuerdo comercial con Toussaint, Thomas Jefferson comenzó a minarlo. Dada la complejidad social y geopolítica del contexto en el que Toussaint se puso al frente de los africanos esclavizados y los descendientes de estos, no podemos por menos de preguntar cómo se las arregló para convertirse en un libertador tan destacado. La participación política de los esclavos era una fuerza impulsora desde luego indispensable contra los enemigos. Pero también lo era el carácter de Toussaint, su personalidad. Me refiero aquí a la esencia de su persona y de su autoconsciencia[16]. Y esencialmente era un hombre libre. Toussaint demostró continuamente su independencia intelectual con respecto a los colonizadores, aunque sin merma de su capacidad para negociar con ellos cuando era necesario. Una y otra vez, Toussaint demostró su propia autonomía, su capacidad de maniobra, para liderar y para dar forma a los acontecimientos, más que meramente para responder a estos. Él establecía su propio rumbo, algo que a los colonizadores acabó por resultarles intolerable.

Los intereses fundamentales de negros y blancos en la Saint-Domingue del siglo xviii se situaban en polos opuestos. Para maniobrar en tan complejo territorio, a menudo Toussaint tuvo que cambiar de táctica y modificar planes, pero en sus principios básicos siempre fue coherente. Nunca adoptó una postura cuando se reunía con el amo y la contraria cuando se hallaba entre su propia gente. Esta clase de duplicidad es típica de los esclavos mentales que se definen a sí mismos en términos de su dependencia con respecto a sus amos. Las dimensiones sociales de sus yos delatan la distancia que los separa de sus orígenes sociales. Dentro de sus propias sociedades, los esclavos mentales se identifican como miembros de la elite. Para ellos es inconcebible que todas las personas tengan una posición social igual. Interiorizan y luego invierten su propia subordinación psicológica.

Quien quiera comprender el proceso por el que los colonizadores europeos consiguieron utilizar a los colonizados en su gobierno indirecto sobre los nativos que dominaban debería prestar mucha atención a las dimensiones psicológicas del colonialismo. En este contexto, el «yo» es un objeto de investigación: un terreno de importancia capital en la lucha colonial y anticolonial[17]. Según William Easterly, en la Nigeria británica el año 1939 había 1.315 ciudadanos británicos a cargo de 20 millones de nigerianos, mientras que en el Congo belga 2.384 europeos gobernaban sobre 9,4 millones de africanos y 3.600 europeos imponían su voluntad a 15 millones de africanos en el África Occidental

ocupada por los franceses[18]. Cuando, en 1791, Toussaint apareció como el gran líder de Saint-Domingue, aproximadamente 40.000 colonizadores blancos gobernaban allí a más de 30.000 machotara[19] o mestizos, y a 500.000 esclavos, dos tercios de los cuales habían nacido en África. ¿Cómo se las arregló la minoría para controlar a la mayoría? Desde luego, no podrían haberlo conseguido sin la ayuda de los esclavos mentales: personas carentes de auténtica autonomía e identidad nacional. Al estudiar la psicología de la identidad nacional y el nacionalismo, Karl E. Scheibe señala que, a pesar de los peligros potenciales inherentes al concepto de nacionalismo, la identidad nacional «ha sido la principal fuerza activa en el enorme proceso de posguerra que llevó a la descolonización de territorios anteriormente dominados por potencias europeas»[20].

Si algo constituye el centro de la formación de la identidad y tiene elementos comunes a todos los pueblos, esa es la base para la comprensión y posible resolución de los conflictos políticos a propósito de la identidad. Si, por el contrario, las identidades son de alguna manera excluyentes e inherentes a la construcción del individuo, entonces la política ha de vérselas con diferencias irreductibles y los conflictos que acompañan a estas[21].

La esclavitud y la explotación económica que la acompaña fueron causas permanentes de conflicto político en la colonia. Pero el tema de la identidad ocupaba un espacio importante, pues los contornos de la identidad trazados por la elite y los esclavos mentales eran excluyentes: las elites eran seres humanos, los esclavos no. Kenneth Hoover confirma que «lo que el análisis de la identidad demuestra es que, independientemente de las ventajas o desventajas económicas, las consideraciones sobre la identidad tienen la potencialidad de dividir y unir comunidades»[22].

Este legado aún lo conservamos. Más de 200 años después, la identidad haitiana todavía está escindida, con la gran masa de los haitianos en un lado, y una pequeña elite que sigue identificada con los colonizadores de hoy en día en el otro. En 2004, los descendientes de Toussaint experimentaron los poderes destructivos de esta escisión. Fuerzas neocoloniales blancas, aliadas con los esclavos mentales del Haití actual, juraron emplear la violencia para perturbar e

impedir la conmemoración del segundo centenario de los mismos acontecimientos en torno a los cuales se formó la identidad nacional de las masas haitianas:

1. La Constitución de Toussaint que proclamó la libertad para todos en 1801.
2. El asesinato de Toussaint en Fort de Joux el 7 de abril de 1803.
3. El nacimiento de la bandera de Haití, que simbolizaba un rechazo radical del colonialismo francés, el 18 de mayo de 1803.
4. La última batalla de Vertières, que marcó la histórica victoria de los haitianos esclavizados sobre la superpotencia mundial de entonces, el ejército de Napoleón, el 18 de noviembre de 1803.
5. La independencia de la primera república negra en el mundo, Haití, el 1 de enero de 1804.

Los neocolonizadores destinaron más de 200 millones de dólares estadounidenses para asegurarse de que los descendientes de Toussaint no podrían celebrar estos acontecimientos históricos. Pero las masas del pueblo haitiano, cuya identidad deriva de ellos, conmemoraron la revolución de todos modos. Con coraje y orgullo, el 1 de enero de 2004 representantes de la república negra más joven, Sudáfrica, se unieron a la república negra más antigua en Haití para honrar a los ancestros africanos comunes y celebrar el valor universal de la libertad. Ocho millones de descendientes haitianos de África dieron un recibimiento ubuntu[23] al presidente sudafricano Thabo Mbeki, a su esposa Zanele, al ministro de Asuntos Exteriores Dr. N. Zuma y al resto de una prestigiosa delegación de Sudáfrica. Aunque para un jefe de Estado el tiempo es un bien escaso, el presidente Mbeki ha encontrado tiempo para investigar sobre Toussaint L'Ouverture y analizar sus logros. Escribe:

Hace más de 200 años, en 1802, Haití estaba asolada por una intensa lucha militar y política librada por los esclavos africanos para liberarse de los

esclavistas franceses y de la dominación francesa. Enojado por la prolongada lucha de los esclavos, Napoleón dijo: «Toussaint... ese dichoso africano... No descansaré hasta haberles bajado los humos a todos los negros de las colonias... Toussaint L'Ouverture ha escogido una línea de acción que es completamente imposible y que la metrópoli considera de todo punto intolerable. A estas horas ni siquiera quieren seguir hablando del asunto, esos líderes negros, esos africanos ingratos y rebeldes». Sin embargo, ni Napoleón ni los ejércitos franceses al mando de entre otros su cuñado el general Leclerc consiguieron bajarles los humos a los «africanos ingratos y rebeldes». La lucha en Haití culminó con la proclamación, el 1 de enero de 1804, de Haití como la primera república negra independiente de la historia[24].

Nuestro bicentenario en 2004 ofreció a los haitianos una oportunidad única de celebrar la unidad y la identidad común con los descendientes de África: una delegación de la patria ancestral de Toussaint, Benín; la diáspora africana, representada por el primer ministro de las Bahamas, Pierre Christy, la congresista de los EEUU Maxine Waters, su marido el embajador Williams y Mme. Hazel Robinson, entre otros, que rindieron homenaje al recuerdo y los logros de Toussaint. El estudioso y activista afroamericano Molefi Kete Asante escribió elocuentemente: «El 1 de enero de 2004 yo no podía estar en otro lugar que en Haití... uno de los símbolos más potentes de la revolución negra contra la injusticia en los anales de la historia»[25]. Aquel indescriptible día, marcado por la heroica presencia de representantes de la vasta familia africana, quedó para siempre impreso en la memoria colectiva del pueblo haitiano. Tan profunda solidaridad y honda comunión la captó el excepcional escritor y activista por la justicia social Randall Robinson, que en su libro más reciente, *An Unbroken Agony* [Una agonía ininterrumpida], escribió:

No es exagerado sugerir que con su magnífica victoria los revolucionarios haitianos habían «alumbrado» en todo el globo a una mujer, un hombre, un niño negros nuevos... La servidumbre involuntaria tenía, por fin, los días contados. En todas partes la mayoría –tanto esclavizados como esclavizadores– reconocía que el haitiano Toussaint L'Ouverture y su triunfante ejército de exesclavos habían iniciado la cuenta atrás para el final de la esclavitud[26].

¿Por qué pues, salvo en la diáspora africana, tuvo tan poca repercusión la conmemoración de la única revolución de esclavos que había triunfado en el mundo? Desde el momento en que los africanos esclavizados de Haití se sublevaron, los colonialistas y neocolonialistas han utilizado todos los medios a su disposición, sobre todo las plumas de los historiadores, para vedar al mundo el conocimiento de la verdad sobre la Revolución haitiana, y específicamente sobre cómo los colonizadores franceses secuestraron a Toussaint, acabaron con su reputación y luego lo asesinaron en Fort de Joux.

Los esclavos mentales que siguen al servicio del orden colonial nunca han tenido el coraje moral de cuestionar esta manipulación. En lugar de afrontar los crímenes de Napoleón contra Toussaint y el pueblo haitiano, prefieren favorecer activamente la amnesia. Los colonizadores mitómanos y los esclavos mentales que remedan a estos comparten una proclividad patológica a la mentira. Juntos refuerzan la esclerosis del sistema colonial y neocolonial. No sorprende, pues, que los neocolonizadores recluten a esclavos mentales cuando preparan su reentrada en la escena política de una antigua colonia.

Tanto el primer golpe de Estado contra el sucesor de Toussaint el 17 de octubre de 1806 como el más reciente golpe de Estado en Haití el 29 de febrero de 2004 ilustran la barbarie que derrocará a cualquier jefe de Estado que no sea ni un esclavo mental ni un dictador corrupto al servicio de los intereses de los ricos y de sus amos extranjeros. En 2004, los neocolonizadores demostraron una vez más que, para ellos, un presidente de Haití debe ser una marioneta y un esclavo mental. Por desgracia, hasta ahora se han salido con la suya.

Pero el pueblo haitiano ha alcanzado un alto nivel de consciencia y, como Toussaint, no se rendirá nunca. A la pertinente pregunta formulada por Jean Twenge y Roy Baumeister, «¿Cómo reacciona el pueblo a la exclusión y el rechazo sociales?»[27], el pueblo de Haití responde sencilla pero profundamente: «Nosotros seguimos a Toussaint L'Ouverture».

El legado teológico de Toussaint en su contexto

Los colonialistas detractores de Toussaint lo acusaron de utilizar la religión católica como una tapadera de la adoración secreta de los espíritus vuduistas. Incluso su nombre, «L'Ouverture», se decía que hacía referencia a un lwa (espíritu africano) llamado Legba: el que abre las puertas. La designación del catolicismo como la única religión oficial de Haití en la Constitución de Toussaint de 1801 y su continua devoción a la Iglesia Católica Romana se sostuvo que formaban parte de la estratagema. Desde este punto de vista, Toussaint no era un «verdadero» cristiano.

Para otros círculos lo que se critica es la fe católica de Toussaint. La esclavitud se impuso en nombre de Dios. ¿Es este el mismo Dios que ocupaba el centro de la fe de Toussaint? En 1492, Cristóbal Colón declaró que los africanos esclavizados eran salvajes que había que civilizar, y se presentó ante ellos con la cruz de Jesucristo. ¿Cómo pudo Toussaint confesar su fe en esa cruz y oponerse ferozmente a la esclavitud? Desde el punto de vista de la teoría de la liberación, la pregunta que podríamos formular reza: entre Toussaint y Colón, ¿quién era el verdadero seguidor de Jesús, el libertador por excelencia?

Aunque no sería exacto llamar a Toussaint un «teólogo de la liberación», examinar su legado y su relación con el cristianismo a través de las lentes de la teología de la liberación puede resultar útil. ¿Qué es la teología de la liberación, y qué queremos decir cuando hablamos de una «opción preferente por los pobres»? Hace 25 años, mis alumnos me preguntaban: «¿Significa la opción por los pobres una opción contra los ricos?». Yo siempre respondía con un sonoro no. La opción por los pobres es preferente, no excluyente. Resuena aquí el impulso de Toussaint, a lo largo de su vida y especialmente en la Constitución que redactó, a poner a los esclavos primero pero incluir a todos.

La teología de la liberación encuentra en la Biblia un rechazo tajante a la exclusión de los pobres. A san Juan Bautista, Jesús le respondió: «Ve a decirle a Juan que la buena nueva se les predica a los pobres» (Mt 11, 5). En lo sucesivo todos estaban obligados a demostrar que estaban comprometidos con la puesta en práctica del mandamiento de Dios: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19, 18: «ךְוּמַכּ רַעַד לְ תַבְהֵאוּ»). Lo que de aquí se sigue es que si uno no quiere ser esclavo, no debe esclavizar a su prójimo. Estas palabras del Evangelio contienen la semilla para el nacimiento de una nueva sociedad, en la cual las relaciones humanas tienen sus raíces en el respeto, la igualdad y la dignidad: un paso adelante en la dirección que lleva de la esclavitud a la libertad, de la exclusión a la inclusión social.

En la actualidad, cuanto hasta dos tercios de la población del mundo se encuentra marginada debido a su condición social, 800 millones de personas padecen hambre cada día; casi 11 millones de niños mueren antes de cumplir cinco años; en 2001, 1.100 millones de personas subsistían con menos de un dólar al día, y 2.700 millones con menos de dos dólares al día; sólo el 15 por 100 de las personas infectadas por el VIH/sida pueden permitirse la adquisición de medicamentos antirretrovirales, y como consecuencia más de tres millones de personas fallecen víctimas de la pandemia, de las cuales un tercio vive en el África subsahariana. Días tras días los pobres se están volviendo más pobres. En clara ruptura con el modelo de las décadas precedentes, la desigualdad global ha aumentado enormemente desde la década de 1980, al tiempo que también ha crecido la integración económica global. Esta expansión de la pobreza extrema coincide con una explosión de riqueza[28]. Desde un punto de vista económico, Haití sigue siendo el país más pobre del hemisferio occidental. Hoy en día, los pobres siguen arrastrando la cruz de la marginación, el racismo y la miseria.

Sin duda, las causas históricas de la persistencia de la pobreza y la marginación social hunden sus raíces en el colonialismo, la esclavitud y la globalización. Y todo ello sucede en colusión con el cristianismo. Harvey Sindima escribe que «en el África colonial, la hegemonía misionera y las potencias coloniales operaron cogidas de la mano»[29]. Sin embargo, Sindima también reconoce que

en sus humildes comienzos, el cristianismo fue la religión de los pobres, pues les daba esperanza... Cuando uno ve lo que está sucediendo en África, son varias las preguntas que se plantean: ¿qué pasó con el mensaje revolucionario, la idea de estar del lado de los pobres, aquellos sumidos en la desesperación por los poderosos?[30].

Esta misma dicotomía se reconoce en la vida de Toussaint. Mientras que el cristianismo se utilizaba para justificar la esclavitud, sacerdotes misioneros jesuitas, entre otros, desempeñaron irónicamente un importante papel ayudando a Toussaint a articular su fe cristiana y su opción política por los pobres[31]. Estas influencias religiosas no deberían subestimarse.

Como sabemos, mil millones de africanos y descendientes de africanos fueron

víctimas del comercio transatlántico de esclavos. Este implicó a tres continentes y duró más de cuatro siglos. Durante todo ese tiempo, el amo utilizó a Dios contra el esclavo, como se ilustra en esta historia:

En su caza de esclavos africanos para enviarlos a América, un grupo de colonizadores y sus aliados secuestraron a una familia. Prendieron fuego a la casa, pero el padre logró escapar. Los colonizadores amenazaron con quemar a la mujer y los niños. El esclavizador ordenó al mayor de los hijos que acompañara a sus colaboradores coloniales en busca del fugitivo. Echaron al inocente joven sobre los lomos de un caballo y, ab hoc et ab hac, «à tort et à travers», comenzaron a buscarlo por todas partes. Tras horas de vanas pesquisas, los colonizadores regresaron a informar de que el hijo se negaba a desvelar el paradero de su padre. Mirándolo todavía echado sobre los lomos del caballo, el furioso amo preguntó: «¿Dónde está tu padre, que ahora es mi esclavo? Muéstrame dónde está o ahora mismo te quemo en esa hoguera. ¿Estás conmigo, tu amo, o con el esclavo?». El infortunado joven fue incapaz de responder. Rabioso, el amo dijo a sus colaboradores: «Apartadlo para quemarlo». Entonces llamó a una de las hijas del esclavo fugado y le preguntó: «¿Estás conmigo, tu amo, o con mi esclavo que se atrevió a escapar?». «Sí», contestó la niña, «estoy con mi padre». Esta respuesta agradó al colono. «¡Excelente! No te quemaremos», exclamó: «Dios es mi padre. Si estás con él, entonces estás conmigo».

La imagen de Dios, con frecuencia manipulada para justificar lo injustificable, se convirtió en «un ser necesario»[32]. Carl Gustav Jung asociaba la imagen de Dios con el poder de la imaginación[33]. La psicología moderna, en particular la psicología analítica, no se contenta simplemente con señalar los diversos elementos psíquicos contenidos en la religión, sino que también examina la función de la religión en la personalidad del individuo, qué lugar ocupa en la psique humana como un todo[34]. No cabe duda de que esta imagen de Dios que apoya al amo frente al esclavo persiste en esta era de la globalización. «La conducta religiosa del hombre está inextricablemente relacionada con su otra conducta, económica, familiar y política. La religión no existe aislada, ni tampoco la conducta religiosa del hombre ocurre socialmente aislada»[35].

La interrelación entre poder económico y religioso durante el comercio transatlántico de esclavos puede iluminarla la filosofía de la religión, que comprende la religión como un rasgo inherente y necesario de la consciencia humana. También supone el conocimiento de Dios. La religión se convierte por consiguiente en una rama de la filosofía en su conjunto. Las explicaciones de Hegel sobre este tema siguen siendo de gran relevancia[36].

Si por un lado la filosofía de la religión trata el asunto de la ética, por otro lado la sociología de la religión se ocupa de las interrelaciones entre grupos, Estados y organizaciones religiosas, y hace hincapié en la motivación de sus ideologías[37]. Desde el colonialismo al neocolonialismo, debemos buscar el mensaje tácito en que se sustentan las declaraciones religiosas oficiales. En la era poscolonial, algunas religiones han seguido siendo utilizadas como un importante instrumento ideológico para mantener políticamente pasivos a los pobres, los objetos más que los sujetos de su propia historia. Con frecuencia, los pronunciamientos religiosos fingen obedecer a una línea moral o ética, mientras, paradójicamente, el mensaje tácito –y real– está desprovisto de cualquier principio moral. Cuando es necesario mentir, mienten. Y la mejor manera de tapar una mentira es con otra mentira. Los usos de Haití, uno de los más persuasivos de los varios libros escritos por el Dr. Paul Farmer, demuestra acertadamente el empleo de estas tácticas en el contexto haitiano.

El impulso subyacente al proyecto colonial lo resume sucintamente esta expresión latina: *Auri sacra fame!* («La atroz y avariciosa búsqueda de oro»). La motivación fundamental está ligada al interés económico del amo y/o al sistema que este representa. Desde esta perspectiva filosófica, el amo (o el sistema) vincula el concepto de «fe» al interés económico. Fe en el dinero primero, fe en Dios si conviene: por ejemplo, si ese Dios justifica todos los medios empleados para aumentar la riqueza del amo. La religión y la filosofía debemos por lo demás considerarlas como negaciones de la fe. A ese respecto, dice Ronald Hall, «la religión en general, y el cristianismo en particular, pueden estar, y a menudo están, reñidos con la fe»[38].

En este paradigma no ha lugar para la voz profética. Juan el Bautista, Jesús, Toussaint y, más recientemente, Nelson Mandela fueron todos condenados por defender a las víctimas de la injusticia en lugar de favorecer los intereses del amo.

Cuando, en las décadas de 1970 y 1980, esta voz profética se oyó en

Latinoamérica, cuando los defensores de la teología de la liberación, los obispos y sacerdotes y los pobres mismos comenzaron a fomentar la paz desde el evangelio del amor, también fueron condenados.

En 1802, tras promulgar la Constitución haitiana, que reconocía a los esclavos como seres humanos y declaraba la libertad de todas las personas negras, Toussaint L'Ouverture, a los ojos de los amos, se hizo merecedor de la muerte. Fue secuestrado y llevado a Francia, donde murió el 7 de abril de 1803. Pero su muerte no puso fin a la lucha en Haití. Ese mismo año, los esclavos de Haití – tanto los nacidos en el país como en África– ganaron la batalla final contra el ejército de Napoleón, derrotaron a la mayor superpotencia del mundo, y se aseguraron su independencia.

Nosotros creemos, como he dicho, que la opción por los esclavos o los pobres es preferente, no excluyente. Cuando la calidad de vida de los pobres mejora, los ricos también se benefician. La pobreza extrema y la paz social son diametralmente opuestas. Debe haber inversión en desarrollo humano para garantizar la cohesión social. Gustavo Gutiérrez dijo que el cristianismo es el modo como el Espíritu conduce al nuevo «pueblo mesiánico», la Iglesia, a través de la historia. Este viaje histórico es colectivo porque quien lo realiza es una comunidad entera[39]. De igual manera, siempre que una persona es oprimida toda la comunidad se ve afectada.

Predicar el mensaje de Jesús es un paso importante; pero, en realidad, no es el definitivo. El acto supremo llevado a cabo por quienes quieren llevar a su máxima expresión el amor a los pobres es estar en profunda comunión y comunicación dentro de la comunidad de la fe. Esta comunión con su pueblo caracterizó el liderazgo de Toussaint. «Hermanos y amigos», proclamó, «yo quiero que la libertad y la igualdad reinen en Saint-Domingue. Estoy trabajando para que eso ocurra. Uníos a nosotros, hermanos, y combatid por la misma causa». Mientras que Colón esclavizaba en el nombre de Dios, Toussaint liberaba en el nombre del amor, que para nosotros es otro nombre de Dios. Este es el legado teológico de Toussaint.

El legado social de Toussaint en su contexto

La vital cuestión que se nos plantea es cómo cortar las cadenas de miseria que todavía atan las manos de los descendientes de Toussaint y de aquellos de todo el mundo atrapados en la pobreza. La feroz oposición de Toussaint a la esclavitud, su habilidad como líder, sus escritos inspirados por la libertad y la Constitución que redactó nos proveen a todos nosotros de una estrategia para oponerse a la injusticia. Cuando Toussaint luchaba por aumentar la producción a fin de alimentar al pueblo de Saint-Domingue e incrementar los niveles de exportación del país, se requirió a todos que respetaran la disciplina y las estrictas medidas impuestas por la Constitución de 1801. Este ejemplo nos demuestra que la disciplina forma parte de la ecuación.

Más de 200 años después del secuestro de Toussaint, Haití, la primera república negra independiente del mundo, sigue hundida en la pobreza extrema. Aunque, según Michael Lipton, «el conocimiento de la pobreza ha aumentado más en las cuatro últimas décadas que en los dos milenios precedentes»[40], seguimos teniendo muchas preguntas sin respuesta. «Pocas cuestiones», dijo Mark Robert Rank, «han generado jamás tanto debate como las concernientes a las causas de la pobreza humana»[41].

La pobreza está profundamente enraizada en el colonialismo, el neoliberalismo y la globalización (la cual implica el neocolonialismo). El proyecto colonial y quienes lo dirigieron priorizaba el capital financiero por encima del capital humano; siglos más tarde, este mismo interés es el que sigue motivando a los neocolonialistas. Para la mayor parte, esta motivación refleja una obsesión cuyas raíces se remontan al comercio transatlántico de esclavos, un crimen contra la humanidad de magnitud inmensa e incomparable sufrimiento. El racismo institucionalizado se incardinó en la sociedad occidental; generó psicologías sociales y creó economías esquizofrénicas en las colonias en las que el esclavismo floreció. Para ocultar sus verdaderos motivos, los colonizadores presentaban a los esclavos como bárbaros, incivilizados e inferiores. Adam Smith, padre del capitalismo, escribió que

el interés que ocasionó el primer asentamiento de las diferentes colonias europeas en América y las Indias Occidentales no fue en absoluto tan sencillo y distinto como el que dirigió el establecimiento de las de las antiguas Grecia y Roma... Las colonias, en los tiempos precedentes a la fundación de Roma, estaban habitadas por naciones bárbaras e incivilizadas[42].

A fin de ganar la guerra económica, las mentiras se desplegaron de inmediato como armas de destrucción masiva. Estas duraderas falsificaciones históricas y descripciones discriminatorias tienen consecuencias patológicas duraderas para las víctimas de esta guerra psicológica. Y una vez inoculado en la psique colectiva, el virus de la inferioridad cuesta mucho tiempo de erradicar.

Como era de esperar, la colonización trajo el genocidio y la pobreza extrema a los primeros habitantes de Haití, y los esclavos africanos introducidos para reemplazarlos fueron obligados a trabajar como animales. La sangre de los africanos y el trabajo del pueblo de Toussaint hicieron que la colonia de Saint-Domingue floreciera económicamente, y se convirtió en la más rica de las colonias francesas. El país producía el 60 por 100 del café del mundo, y en un momento sus exportaciones superaron la producción combinada de las 13 colonias de los futuros Estados Unidos. La subsistencia de uno de cada ocho ciudadanos franceses dependía de la economía esclavista de Saint-Donmingue. Esta paradoja reflejaba el avance rampante del desorden social y las patologías sociales en el país. Maurice Parmelee describió estos como «fenómenos sociales anormales, que impiden o se supone que impiden la prosecución de la evolución social»[43]. Estos «fenómenos mentales anormales y patológicos [condujeron] a la pobreza y los males que acompañan a esta», afirma Parmelee[44]. Otros estudiosos, como John Read, sostienen que ser pobre o miembro de un pueblo colonizado puede tener consecuencias psicológicas. La pobreza y el racismo pueden identificarse como factores causantes de psicosis[45].

Cuando las heridas de la pobreza son tan profundas, de tanto alcance y tan históricamente enraizadas, ¿cómo podemos comenzar a curarlas? Es a esta luz como deberíamos considerar los vastos temas de la reparación y la restitución, que incluyen la posibilidad no sólo de reparación económica, sino también de reparación psíquica de las heridas del colonialismo y sus secuelas de pobreza. En el caso de Haití, en 1825, tras derrotar al ejército de Napoleón, la nueva nación se vio obligada a pagar a Francia 90 millones de francos. El valor actual de esta cantidad, cuyo pago requirió el trabajo de generaciones de haitianos, es de 21.000 millones de dólares estadounidenses. Es difícil imaginar una «deuda» más onerosa. En 2004, el gobierno de Haití planteó ante el mundo el tema de la restitución de esta «deuda» por Francia. Muchos comentaristas han señalado este llamamiento a la restitución como uno de los primordiales motivos del golpe neocolonial del 29 de febrero de 2004.

Y, sin embargo, mantenemos que cualquier sociedad que se diga civilizada debe estar preparada para afrontar este tema de la restitución y las reparaciones en un marco de respeto mutuo. Lo mismo que Toussaint no podía predecir cuánto tiempo costaría acabar con la esclavitud, nosotros no podemos saber cuánto tiempo costará acabar con la pobreza o cuándo se producirá la restitución. Pero desde luego podemos y debemos acelerar este proceso haciendo hincapié en los siguientes pasos:

1. Debemos luchar contra la esclavización económica y psicológica, basarse en valores africanos y poner las esperanzas en las conclusiones de la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas contra el Racismo, celebrada en Durban el año 2001.
2. Debemos fomentar la globalización de la solidaridad humana y no la globalización de la economía. Esta opción implica tanto crecimiento humano como crecimiento económico.
3. Debemos resistirnos al neoliberalismo y las privatizaciones salvajes. Engendran economías esquizofrénicas que a su vez refuerzan la corrupción estructural en los niveles local e internacional, y contribuyen a debilitar al Estado en su lucha contra la pobreza.
4. Debemos dar a los pobres acceso al microcrédito.
5. Debemos fomentar la cohesión social mediante la colaboración democrática y económica entre los sectores privado y público. El liberalismo clásico concibe el escenario social y económico como un lugar de «libre» competencia entre individuos con intereses particulares, no sometidos a regulaciones ni a valores públicos. Pero la historia reciente demuestra que el intento de imponer tales «libertades» mediante programas de ajuste estructural y políticas dirigidas a la estabilización macroeconómica –las estrategias favoritas del neoliberalismo– genera en realidad conflictos interminables[46].
6. Debemos trabajar por los principios democráticos, la buena gobernanza y el respeto de los derechos humanos, todo lo cual constituye un entorno indispensable para el fomento tanto del crecimiento humano como del crecimiento económico.

7. Debemos rechazar el neoliberalismo y, en cambio, invertir en los seres humanos: educación, alfabetización, programas de comedor escolar, escolarización gratuita; una sanidad en la que las personas tengan acceso a los medicamentos para el VIH/sida, la tuberculosis y la malaria; y el acceso al agua potable y los servicios sanitarios.

8. Debemos llamar a todos los Estados al respecto de sus compromisos para poner en práctica la Declaración del Milenio de las Naciones Unidas, firmada en septiembre de 2000.

9. Debemos respetar los derechos de las mujeres y los hombres por igual, lo cual significa que las mujeres también deben tener acceso a la tierra. Emprendidas en un marco legal, la reforma agraria o la redistribución de la tierra pueden contribuir a acabar con las tensiones sociales. En la lucha contra la pobreza, la tierra representa uno de los activos más importantes.

10. La cancelación de la deuda debemos abordarla a la luz de este proverbio hebreo: וְכֹתֵבֵשׁ הַמֵּב אֶלֶּא, וְקִנְיָן לִכְתֹּסֵת לֹא («No mires el tarro, sino lo que contiene»).

Sobre esta última cuestión, la historia de la deuda de Haití constituye un ejemplo del artero papel que la ayuda extranjera desempeña en la opresión económica de una nación[47]. El activista por la paz Tom Ricker, del Quixote Center de los Estados Unidos, esbozó el camino de las recientes obligaciones de deuda de Haití:

De los alrededor de 600 millones de dólares que Haití supuestamente debe al Banco Interamericano de Desarrollo, sólo el 43 por 100 le fue realmente desembolsado a un gobierno elegido... Aproximadamente la mitad del endeudamiento actual de Haití –por todos los conceptos– se generó antes de las elecciones de 1990... El Banco Mundial aprobó préstamos por valor de 37 millones de dólares al gobierno de Aristide; 30 de estos millones se aprobaron seis días antes del golpe... El mismo Banco Mundial ha distribuido 256 millones de dólares en préstamos al gobierno de Jean-Claude Duvalier [y] otros 158 millones de dólares a la serie de jefes militares que gobernaron el país entre la salida de Duvalier en febrero de 1986 y la elección de Aristide... El BID hizo

poco más, y aprobó unos míseros préstamos de 12 millones de dólares a la nueva democracia en Haití durante su corta vida de siete meses... Tras haber aprobado préstamos por valor de 110 millones de dólares a la junta militar que gobernó Haití antes de las elecciones, incluidos 55 millones de dólares sólo en 1990 [y] reteniendo millones en ayuda de un gobierno elegido, en noviembre de 2003 el BID aprobó nuevos préstamos por valor de 200 millones de dólares, la mayor parte de los cuales no se desembolsaron hasta después del golpe de febrero de 2004[48].

Con esta historia en mente, ¿puede haber alguna duda de que la cancelación de la deuda es vital en la lucha de Haití por erradicar la pobreza y moralmente justificada?

Aunque Haití es muy pobre desde un punto de vista económico, en cultura, historia y lucha somos ricos y continuamos sorprendiendo al mundo. Nuestra cultura e historia fomentan la resistencia de la población hasta el punto de que, a pesar de nuestra pobreza material, los casos de suicidio son muy escasos.

Como descendiente de África, Toussaint alentaba valores africanos. Los haitianos continúan hoy en día extrayendo fuerza psicológica de valores culturales profundamente enraizados en ubuntu. Ubuntu ngumuntu ngabantu («Una persona es una persona por las demás personas»). Ubuntu genera un ego colectivo y un amor social que cristaliza en fraternidad. Estas son las semillas para el desarrollo de una cultura de solidaridad global. En clara expresión de esa solidaridad, en 2006 los 2,5 millones de haitianos que viven en el extranjero enviaron 1.650.000 millones de dólares a sus parientes en el país. Esta cantidad representa el doble del presupuesto nacional de Haití y el 30 por 100 de su producto interior bruto. De hecho, si se añaden los aproximadamente 400 millones de dólares de comida y bienes que los haitianos envían a casa clandestinamente, las remesas totales se estiman en más de 2.000 millones de dólares anuales. Más allá de su impacto económico en la lucha contra la pobreza, las remesas simbolizan una inquebrantable cadena de solidaridad entre los descendientes de África. El espíritu de ubuntu nutre y enriquece las culturas muy por encima de las fronteras geográficas de África.

Como dice nuestro proverbio africano, nosotros afirmamos: Itemba alibulali[49]: ¡la esperanza no ha muerto! Toussaint mantuvo la esperanza en su corazón hasta

el final. En 1802, incluso cuando estaba siendo raptado por sus secuestradores, veía en el horizonte la independencia de Haití, aunque para los colonizadores todavía era invisible, inconcebible:

Al derrocarme sólo habéis cortado el tronco del árbol de la libertad.

¡Volverá a crecer, pues sus raíces son numerosas y hondas!

Pretoria, Sudáfrica

Abril de 2008

[1] M. Sherwood y H. Adi, *Pan-African History: Political Figures from Africa and the Diaspora since 1787*, Londres, Routledge, 2003, p. 109.

[2] A. L. Stinchcombe, *Sugar Island Slavery in the Age of Enlightenment: The Political Economy of the Caribbean World*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1995, p. 201.

[3] Véanse publicaciones de J. Bugental: *The Search for Authenticity*, Nueva York, Hold, Rinehart & Winston, 1965; *The Search for Existential Identity*, San Francisco, Josey-Bass, Inc., 1976; *Psychotherapy and Process*, Londres, Longman Giher Education, 1978; *The Art of the Psychotherapist*, Nueva York, W. W. Norton & Co., Ltd., 1987; *Psychotherapy Isn't What You Think*, Fénix, Zeig, Tucker & Co, 1999.

[4] Stinchcombe, op. cit., p. 231.

[5] L. Dubois, *Avengers in the New World*, Cambridge, Mass., Belknap Press of Harvard University Press/Duke University, 2004, p. 3, citando a A. Césaire, *Toussaint L'Ouverture: La révolution française et le problème colonial*, París, Le club français du livre, 1960.

[6] Dubois, *Avengers of the New World*, p. 176.

[7] C. Bongie, *Islands and Exiles. The Creole Identities of Post/Colonial Literature*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 3.

[8] Stinchcombe, *op. cit.*, p. 319.

[9] F. W. Knight y C. A. Palmer (eds.), *The Modern Caribbean*, Chapel Hill, NC, University of North Carolina Press, 1989, p. 21.

[10] R. Eyerman, *Cultural Trauma: Slavery and the Formation of African American Identity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 1.

[11] F. Fanon, *Black Skin, White Masks*, C. Lam Markmann (trad.), Nueva York, Grove Press, 1967; originalmente publicado en 1952 [ed. cast.: *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal, 2009].

[12] B. Shalit, *The Psychology of Conflict and Combat*, Nueva York, Praeger, 1988, p. 8.

[13] C. L. R. James, *The Black Jacobins*, Londres, Allison & Busby, 1982, pp. 211-213.

[14] J. B. Ciulla (ed.), *Ethics: The Heart of Leadership*, Nueva York, Praeger, 1998, p. 87.

[15] Dubois, *op. cit.*, p. 217.

[16] R. Jenkins, *Social Identity*, Londres, Routledge, 2004, p. 27.

[17] K. E. Scheibe, *The Psychology of Self and Identity*, Nueva York, Praeger, 1995, p. 23.

[18] W. Easterly, *The White Man's Burden*, Londres, Penguin, 2006.

[19] Palabra kiswahili que significa «mestizos».

[20] K. E. Scheibe, *The Psychology of Self and Identity*, p. 113.

[21] K. R. Hoover, J. Marcia y K. Parris, *The Power of Identity: Politics in a New Key*, Chatham, NJ, Chatham House Publishers, 1997, p. 13.

[22] *Ibid.*, p. 21.

- [23] Palabra zulú que significa «humanidad»: un principio compartido de humanidad.
- [24] Presidente Thabo Mbeki, en ANC Today, vol. 7, n.º 14, 13-19 de abril de 2007.
- [25] M. Kete Asante, *The Haitian Revolution and President Jean-Bertrand Aristide*, City Press, 2004.
- [26] R. Robinson, *An Unbroken Agony: Haiti, from Revolution to the Kidnapping of a President*, Nueva York, Basic Civitas Books, 2007, p. 7.
- [27] D. Abrams, Michel A. Hogg y J. M. Marques (eds.), *The Social Psychology of Inclusion and Exclusion*, Nueva York y Hove, Psychology Press, 2005, p. 27.
- [28] J. N. Pieterse, *Globalization or Empire?*, Nueva York y Londres, Routledge, 2004, p. 61.
- [29] H. J. Sindima, *Religious and Political Ethics in Africa: A Moral Inquiry*, Westport, CT, Greenwood Press, 1998, p. 1.
- [30] *Ibid.*, p. 69.
- [31] Véase M. Smartt Bell, *Toussaint Louverture. A Biography*, Nueva York, Pantheon, 2007.
- [32] A. Kenny, *Reasons and Religion: Essays in Philosophical Theology*, Oxford, Blackwell, 1987, p. 37.
- [33] H. Scheer (ed.), *Religion and the Cure of Souls in Jung's Philosophy*, Nueva York, Phanteon Books, 1950, p. 137.
- [34] *Ibid.*, p. 970.
- [35] G. Vernon, *Sociology of Religion*, Nueva York, McGraw-Hill, 1962, p. 77.
- [36] P. C. Hodgson, *Hegel and Christian Theology: A Reading of the Lectures on the Philosophy of Religion*, Oxford, Oxford University Press, 2005, p. 5.
- [37] R. Holman, *The Sociology of Religion: A Bibliographical Survey*, Westport,

CT, Greenwood Press, 1986, p. 3.

[38] R. Hall, *The Love of Philosophy and the Philosophy of Love: Kierkegaard, Cavell, Nussbaum*, Filadelfia, Pennsylvania State University Press, 2000, p. 9.

[39] G. Gutiérrez, *We Drink from Our Own Wells: The Spiritual Journey of a People*, trad. ingl. M. J. O'Connell, Maryknoll, NY, Orbis Books, 1984, p. 72.

[40] M. Livi-Bacci y G. de Santis (eds.), *Population and Poverty in de Developing World*, Oxford, Clarendon Press, 1998, p. 25.

[41] M. Robert Rank, *One Nation, Underprivileged: Why American Poverty Affects Us All*, Oxford, Oxford University Press, 2004, p. 49.

[42] A. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, C. J. Bullock (ed.), Nueva York, P. F. Collier & Son, 1909, p. 414.

[43] M. Parmelee, *Poverty and Social Progress*, Nueva York, Macmillan, 1916, p. 7.

[44]Ibid., p. 48.

[45] R. P. Bentall, L. R. Moshier y J. Read (eds.), *Models of Madness: Psychological, Social and Biological Approaches to Schizophrenia*, Hove y Nueva York, Brunner-Routledge, 2004, p. 161.

[46] E. Wayne Nafziger y R. Väyrynen (eds.), *The Prevention of Humanitarian Emergencies*, Basingstoke, Palgrave, 2002, p. 43.

[47] T. Ricker, «The IDB and Haiti: Deliver us from Debt», www.HaitiAnalysis.com, 11 de junio de 2007.

[48]Ibid.

[49] Zulu.

Para leer más

Barthélemy, G., *L'Univers rural Haïtien: Le pays en dehors*, París, Harmattan, 1990.

Bell, M. S., *All Souls' Rising*, Nueva York, Vintage, 1995.

—, *Toussaint Louverture: A Biography*, Nueva York, Pantheon Books, 2007.

Blackburn, R., *The Overthrow of Colonial Slavery: 1776-1848*, Londres y Nueva York, Verso, 1988.

Dubois, L., *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

Dubois, L. y Garrigus J. D. (eds.), *Slave Revolution in the Caribbean 1789-1804: A Brief History with Documents*, Boston, Bedford St Martin's, 2006.

Fick, C., *The Making of Haiti: The Saint-Domingue Revolution From Below*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1990.

Fischer, S., *Modernity Disavowed: Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution*, Durham, Duke University Press, 2004.

Geggus, D., *Haitian Revolutionary Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.

—, «Toussaint Louverture and the Haitian Revolution», en R. William Weisberger (ed.), *Profiles of Revolutionaries in Atlantic History, 1750-1850*, Nueva York, Columbia University Press, 2007, pp. 115-135.

Hallward, P., *Damming the Flood: Haiti, Aristide, and the Politics of Containment*, Londres, Verso, 2008.

James, C. L. R., *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Nueva York, Vintage, 1989.

Laurent, G. M., Toussaint Louverture à travers sa correspondance (1794-1798), Madrid, Industrias Gráficas España, 1953.

Nesbitt, N., Universal Emancipation: The Haitian Revolution and the Radical Enlightenment, Charlottesville, University of Virginia Press, 2008.

Pluchon, P., Toussaint Louverture: Un révolutionnaire noir d'Ancien Régime, Paris, Fayard, 1989.

Popkin, J., Facing Racial Revolution: Eyewitness Accounts of the Haitian Insurrection, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

Scott, D., Conscripts of Modernity: The Tragedy of Colonial Enlightenment, Durham, Duke University Press, 2004.

Trouillot, M.-R., Silencing the Past: Power and the Production of History, Boston, Beacon, 1995.

—, Haiti: State Against Nation: The Origins and Legacy of Duvalierism, Nueva York, Monthly Review Press, 1990.

Cronología

1739-1746(?)

Toussaint Bréda, nieto de Gaou Guinou, rey africano de Arada, nace en la plantación Habitation Bréda, en la colonia azucarera francesa de Saint-Domingue. Recibe una educación rudimentaria, acaba por convertirse en experto domador de caballos, veterinario, curandero, cochero del administrador y encargado principal del ganado de la plantación.

1776

Toussaint Bréda es liberado de la esclavitud. Toussaint permanece en la Habitation Bréda bajo la caritativa dirección de su antiguo propietario, Bayon de Libertat, mientras compra plantaciones y al menos 13 esclavos de su propiedad.

1782

Toussaint contrae matrimonio con Suzanne Simon Baptiste.

1791

15 de mayo

La Asamblea francesa concede derechos políticos plenos a los ciudadanos de raza mixta.

Agosto

Líderes esclavos reunidos en Bois Caïman planean la rebelión. La noche del 22 al 23 de agosto, la Revolución haitiana se inicia bajo el liderazgo de Boukman y Jeannot.

24 de septiembre

Revocación de la ley del 15 de mayo, lo cual lleva a los ciudadanos de raza mixta a unirse a la rebelión.

1791-1793

Toussaint desempeña entre bastidores un papel fundamental en la instigación y la radicalización de la rebelión de esclavos en Saint-Domingue.

1792

Abril

La Asamblea vuelve a conceder derechos políticos a los ciudadanos de raza mixta y negros libres de Saint-Domingue.

1793

Febrero

Francia declara la guerra contra España.

Junio

Toussaint lidera la lucha de los rebeldes contra los franceses, derrota repetidamente a fuerzas francesas numéricamente muy superiores a sus propios 600 hombres. Toussaint controla el nordeste de Saint-Domingue, desde Marmelade hasta Dondon.

Agosto

El comisario Sonthonax deroga unilateralmente la esclavitud, de manera inmediata y universal, en Saint-Domingue. Toussaint Bréda lanza simultáneamente un llamamiento a las armas en defensa de la «Libertad e Igualdad», adopta el nombre de Toussaint L'Ouverture y ocupa su lugar en la vanguardia del movimiento para la abolición de la esclavitud en Saint-Domingue. Toussaint continuará luchando en el bando de los españoles hasta la primavera de 1794, cuando está seguro de que la Asamblea francesa ha abolido formalmente la esclavitud.

1794

Marzo

Toussaint es objeto de una emboscada por parte de los rebeldes rivales Jean-François y/o Biassou; escapa por poco, pero su hermano Pierre muere.

Mayo

Toussaint se une a las fuerzas republicanas francesas. Bajo el mando del general Laveaux, los 4.000 efectivos de Toussaint toman rápidamente el Cinturón Occidental de Saint-Domingue desde Gonaïves hasta Dondon, y derrota a todas las tropas españolas en la región.

Junio

Abolición de la esclavitud por la Convención francesa (16 de Pluvioso/4 de febrero) oficialmente decretada en Saint-Domingue.

Julio

Toussaint derrota al líder rebelde Jean-François, que todavía se halla en el bando español.

Septiembre-octubre

Toussaint lucha sin éxito contra las tropas del teniente coronel británico Brisbane por el control de Saint-Marc.

1794-1798

Toussaint mantiene una voluminosa correspondencia con su principal protector y benefactor, el general Étienne Laveaux.

1795

Julio

El Tratado de Basilea pone fin a la guerra entre Francia y España; España cede el este de la Hispaniola (la actual República Dominicana) a Francia. Toussaint es ascendido a general de brigada.

Agosto

La Constitución de Thermidor reafirma la abolición de la esclavitud.

Octubre

Napoleón Bonaparte asciende a comandante en jefe del ejército francés.

Noviembre

Jean-François y Biassou abandonan la Hispaniola.

1796

Marzo

En medio de crecientes conflictos entre tropas de raza mixta y negras, Laveaux es capturado en Cap François por oficiales mulatos, luego liberado por tropas al mando del delegado de Toussaint, Pierre Michel.

Abril

Laveaux proclama a Toussaint el «Espartaco negro, el negro [que] Raynal predijo que vengaría los ultrajes hechos a su raza». Toussaint es ascendido a subgobernador.

Julio

El comisario Sonthonax asciende a Toussaint a general de división. Toussaint es ahora el comandante más poderoso en Saint-Domingue, controla todo el Departamento Norte de la colonia.

Octubre

Ante la insistencia de Toussaint, Laveaux regresa a Francia como representante colonial para defender la causa de la emancipación en una atmósfera política crecientemente reaccionaria.

1797

Toussaint actúa en favor de la implantación del trabajo pagado en las plantaciones; encuentra amplia resistencia por parte de antiguos esclavos. Entre Toussaint y Sonthonax se produce un conflicto a propósito del deseo de Toussaint de devolver sus propiedades a los dueños de plantaciones blancos que condenen la esclavitud.

Abril

L'Ouverture rescata Mirebelais de los británicos. Una mayoría monárquica es elegida para la Asamblea Nacional. El representante Vincent Marie Vaublanc defiende el retorno al orden del Antiguo Régimen e, implícitamente, al esclavismo.

Mayo

L'Ouverture ascendido por Sonthonax a comandante en jefe del ejército francés en Saint-Domingue.

Agosto

Toussaint obliga a Sonthonax a abandonar Saint-Domingue y regresar a Francia.

1798

Abril

Toussaint negocia con el general Thomas Maitland la retirada británica de Saint-Domingue. Toussaint toma Puerto Príncipe.

Octubre

Toussaint expulsa de la colonia al comisario francés Hédouville. Hédouville transfiere su autoridad al general de raza mixta Rigaud, lo cual aumenta la tensión con Toussaint. Toussaint consigue enviar una misión comercial a los Estados Unidos, lo cual aviva las sospechas de que busca la independencia para la colonia. Saint-Domingue se halla efectivamente bajo protección naval británica y estadounidense frente a los buques de guerra franceses.

Noviembre

Toussaint ordena a todos los negros adultos no alistados que regresen a las plantaciones a realizar trabajo obligatorio remunerado.

1799

Julio

Toussaint y Rigaud entran en abierto conflicto («Guerra de los Cuchillos»). Toussaint escapa por poco a múltiples intentos de asesinato por parte de seguidores de Rigaud.

Noviembre

Sitio de Jacmel por Dessalines. El Directorio francés cae; Bonaparte asume poderes dictatoriales como primer cónsul de Francia. La nueva Constitución francesa declara que las colonias se regirán por «leyes especiales», lo cual implica el retorno al esclavismo.

1800

Agosto

Rigaud, derrotado por Toussaint, huye a Francia.

Octubre

L'Ouverture decreta la política de trabajo obligatorio militarmente impuesto. El sobrino adoptivo de L'Ouverture, Moyse, llama a la reforma agraria favorecedora del minifundismo, apoya a los negros en una revuelta contra el trabajo forzoso en las plantaciones y el retorno de los terratenientes blancos, y pide la vida de Bayou de Libertat. Toussaint arresta y ejecuta a Moyse.

1801

Enero

Toussaint invade y asume el control del Santo Domingo español. Gobierna la isla de la Hispaniola sin oposición. Saint-Domingue comienza a volver a la prosperidad económica.

Mayo

Toussaint promulga unilateralmente una Constitución para Saint-Domingue, que codifica la abolición universal de la esclavitud y prohíbe toda discriminación racial, mientras simultáneamente se nombra a sí mismo gobernador dictatorial de por vida.

Julio-octubre

Los Estados Unidos y la Gran Bretaña informan a Francia de que se oponen a la independencia de Saint-Domingue y no interferirán en caso de producirse una invasión destinada a deponer a L'Ouverture.

1802

Febrero

Una flota francesa con 21.000 soldados al mando de Emmanuel Leclerc llega a Saint-Domingue. Por orden de Toussaint, Henry Christophe reduce a cenizas la capital, Cap Français.

Febrero-marzo

Los combates causan grandes bajas en ambos bandos.

Abril

Henry Christophe se suma a las fuerzas de Leclerc con unos 1.200 efectivos.

Mayo

Toussaint ofrece la rendición a Leclerc. Napoleón promulga la reintroducción de la esclavitud en las colonias francesas de ultramar.

Julio

Llegan a Saint-Domingue noticias de la reintroducción de la esclavitud en Guadalupe; como consecuencia, se produce un levantamiento de masas contra los franceses.

Agosto

Toussaint es arrestado por Leclerc en Gonaïves y deportado a Port de Joux, Francia.

Septiembre

El general Cafarelli interroga a Toussaint en su celda, con la esperanza de obtener información sobre las riquezas que supuestamente Toussaint tenía ocultas en Saint-Domingue.

Octubre

La muerte de Leclerc, víctima de la fiebre amarilla, se suma a los 50.000 soldados franceses perdidos en Saint-Domingue desde febrero –de un total de unos 80.000– debido a los combates y las enfermedades.

1803

Enero

Toussaint se debilita y enferma en su celda.

7 de abril

Toussaint L'Ouverture muere en su prisión francesa víctima de una infección respiratoria, la malnutrición y la exposición a los elementos.

Mayo

La Gran Bretaña declara la guerra a Francia; la posición francesa en Saint-Domingue se torna insostenible.

Junio

Fuerzas británicas bloquean Saint-Domingue.

31 de diciembre

Declaración de la independencia de Haití.

Nota sobre los textos

La correspondencia de Toussaint L'Ouverture es vasta y sigue en gran medida inédita, dispersa por todo el globo en diversos archivos y colecciones privadas, a la espera de una edición crítica (véase D. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, Indiana University Press, 2002). La pequeña selección de cartas escogida por los editores de este volumen trata de presentar al lector una muestra representativa de los escritos de L'Ouverture.

Estas cartas atestiguan el liderazgo de Toussaint L'Ouverture en la Revolución haitiana (1791-1804), así como describen uno de los ejemplos más asombrosos de subjetivación política en la historia de la humanidad. Toussaint L'Ouverture nació esclavo y tras 1776 se convirtió en un negro libre y propietario de esclavos. Durante unos pocos años después de 1789, sin embargo, se reinventó a sí mismo hasta convertirse en la figura de fama mundial que transformó lo que había comenzado como una revuelta colonial más en una secuencia de la historia universal que inició la descolonización global y la abolición de la esclavitud en las plantaciones. En 1801 había llevado a Saint-Domingue a la independencia de facto, al tiempo que inventaba el concepto de Estado asociado[1].

Los editores han escogido esta selección de escritos con la intención de reflejar el genio retórico, teórico y militar de Toussaint. Aportan pruebas de cómo enfocaba la Revolución haitiana en torno a una única lucha innegociable: la emancipación de la esclavitud para todos los seres humanos con carácter universal, inmediato y sin matices. Lo hizo en una época en la que en el mundo atlántico no se disponía de ningún modelo para tales reivindicaciones políticas. En los Estados Unidos, en 1793 no se habían promulgado más que unas pocas leyes de emancipación gradual; todas ellas eran leyes que subordinaban los intereses inmediatos de los esclavos a la defensa de los derechos de los propietarios. En la Francia revolucionaria, la esclavitud sólo se abolió bajo coacción en febrero de 1794, cuando en Saint-Domingue la libertad general era una realidad de facto desde hacía ya varios años, y de iure desde el agosto anterior.

Toussaint hablaba con fluidez kreyol y francés, y, como su homólogo Napoleón, dictaba y reescribía todas sus cartas con un equipo de secretarios franceses y

mulatos. Deborah Jenson ha señalado cómo, de este modo, se esforzaba por «tejer» la percepción pública de la revolución en Saint-Domingue[2]. Un documento contemporáneo revela cómo este antiguo esclavo en buena parte iletrado se transformó activamente en una figura prominente y un intelectual público de la Revolución francesa:

Le vi exposer en pocas palabras el resumen de sus discursos [a sus secretarios]; reelaborar las frases mal concebidas, mal redactadas; atender a varios secretarios que le presentaban por turno su trabajo; rehacer las partes ineficaces; transponer partes a fin de que causaran un mejor efecto; hacerse digno, en suma, del genio natural predicho por Raynal[3].

Por increíble que parezca, Toussaint llegó a dictar 300 cartas en un solo día[4].

Cuando Toussaint L'Ouverture hizo su primer anuncio público, el 29 de agosto de 1783, quien lideraría la lucha para hacer que «la libertad y la igualdad reinen en Saint-Domingue», extrajo autónomamente sus propias conclusiones de la Déclaration des Droits de l'homme et du Citoyen de 1789. Todos los beneficiarios del sistema esclavista, incluidos no sólo los blancos en Francia y las colonias, sino también los mulatos e incluso los negros libres, habían evitado unánimemente invocar la causa de los derechos humanos en su lucha por la hegemonía sobre la Revolución francesa en marcha. En Francia, solamente Mirabeau había tenido la claridad y el coraje de deducir de las reivindicaciones universales de los Derechos del Hombre que «todo ser humano, sea cual sea su color, tiene igual derecho a la libertad»[5].

Como la de sus homólogos franceses Sièyes, Mirabeau, Danton y sobre todo Robespierre, la correspondencia de Toussaint muestra el desarrollo de un dominio táctico del arte de la comunicación. Este dominio lo desarrolló en el contexto de una transformación en la naturaleza del poder político en la Francia de los años 1790, cuando el dominio mismo del capital político simbólico –la retórica de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad– se convirtió en un medio de adquirir poder político[6]. Toussaint fue capaz de consolidar la hegemonía sobre los acontecimientos que se sucedían en Saint-Domingue porque combinó el genio para la estrategia militar que siempre se le ha reconocido con una

comprensión espontánea y virtuosista del crucial papel que la ideología de los derechos humanos universales había llegado de repente a desempeñar en la política internacional desde el 25 de agosto de 1789.

Para Toussaint L'Ouverture y los antiguos esclavos de Saint-Domingue, la «libertad» y la «igualdad» de 1789 no eran sólo las falsedades ideológicas del asalto de la burguesía al poder que más adelante atacaría Marx. También ofrecían una oportunidad antes inconcebible de alterar la economía (simbólica) del sistema universal del siglo xviii. En su misma vaciedad, estos conceptos tenían una eficacia operativa latente. El significante «libertad general» abría por consiguiente una brecha o intervalo en ese siglo, una brecha inherente a la inadecuación entre la exclusión política de los esclavos y los derechos «universales» del hombre. Dar testimonio de la politización de Toussaint L'Ouverture y la Revolución haitiana hoy en día es iniciar una genealogía del proceso de subjetivación política: una investigación esencial para cualquier progreso concebible hacia la emancipación[7].

Nick Nesbitt

Centro para el Pensamiento Moderno, Universidad de Aberdeen

Junio de 2008

[1] Cuando escribo esto, la perspectiva general más informada y equilibrada sobre el estado actual de los conocimientos sobre Toussaint L'Ouverture es el breve estudio de D. Geggus, «Toussaint L'Ouverture and the Haitian Revolution», en R. Willian (ed.), *Profiles of Revolutionaries in Atlantic History, 1750-1850*, Nueva York, Columbia University Press, 2007, pp. 115-135.

[2] D. Jenson, «Toussaint Louverture, Spin Doctor? Launching the Haitian Revolution in the French Media», en D. Garraway (ed.), *Tree of Liberty: Legacies of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, Charlottesville, University of Virginia Press, 2008, pp. 41-62.

[3]Ibid., p. 49.

[4] M. Smartt Bell, Toussaint Louverture: A Biography, Nueva York, Pantheon Books, 2007, p. 197.

[5] 21 de agosto de 1789, Lettres du Comte de Mirabeau à ses commetans; correspondencia personal con el editor, Marcel Dorigny, 30 de noviembre de 2007.

[6] F. Furet, Penser la Révolution française, París, Gallimard, 1978.

[7] Este análisis de la Revolución haitiana lo desarrollo con más detalle en Universal Emancipation: The Haitian Revolution and the Radical Enlightenment, Charlottesville, University of Virginia Press, 2008.

1

Proclamación

29 de agosto de 1793

Toussaint Bréda dio a conocer esta su primera proclamación pública en Camp Turel. Anunciaba tanto su adopción del nombre de L'Ouverture como su alineamiento con la causa de la libertad general que no tardaría en radicalizar la Revolución francesa hasta la inclusión de los negros bajo el amparo de los Derecho del Hombre y del Ciudadano. Su formulación de la relación entre libertad e igualdad es radical e inflexible: la libertad y la igualdad son inseparables, y el logro de ambas requerirá la subordinación de una pluralidad de reivindicaciones contrarias en el marco de una lucha unificada por la abolición de la esclavitud en las plantaciones.

Hermanos y amigos:

¡Acordaos del valiente Ogé[1], queridos camaradas, al que mataron por haber defendido la causa de la libertad! Sí, murió: pero quienes fueron sus jueces son ahora sus defensores. Yo soy Toussaint L'Ouverture; quizá conozcáis mi nombre. Sabed, hermanos, que he emprendido esta venganza y que quiero que en Saint-Domingue reinen la libertad y la igualdad. Desde el comienzo [de la revuelta] he trabajado para hacer que eso ocurra y para traer la felicidad a todos. Uníos a nosotros, hermanos, y combatid con nosotros por la misma causa. [...] ¿Decís que lucháis por la libertad y la igualdad? ¿Es posible que nos destruyamos a nosotros mismos, mutuamente, todos luchando por la misma causa? Soy yo quien ha emprendido [esta lucha] y quiero luchar hasta que [la libertad] exista [...] entre nosotros. La igualdad no puede existir sin libertad. Y para que la libertad exista, nosotros debemos tener unidad.

[1] Vincent Ogé (ca. 1750-1791), revolucionario y héroe nacional haitiano. Mulato libre, bien educado y comparativamente adinerado, fue enviado a defender ante la Asamblea Nacional, a comienzos de la Revolución francesa, la concesión de los derechos civiles a los mulatos libres y la emancipación de los esclavos en Haití. Fracasado en su misión, en 1790 regresó a Haití y, cuando el gobernador francés se negó a acabar con las restricciones, encabezó una insurrección. Derrotado, Ogé fue juzgado, condenado por traición y ejecutado en la rueda.

2

Carta a Biassou

15 de octubre de 1791

En el otoño de 1791, dos meses después del comienzo del levantamiento, Toussaint dejó su casa en la plantación de Bréda para unirse a las fuerzas comandadas por Biassou. Toussaint ya se dirigía a Biassou como a un igual en esta época, y por el tono de esta carta ya parece haber alcanzado un nivel de autoridad al menos igual al de los otros líderes, Dutty Boukman y Jean-François. La carta se refiere a un ataque a Cap François planeado pero nunca llevado a cabo.

Grande Riviere

15 de octubre de 1791

A M. Biassou, Brigadier del Ejército del Rey en Grand Boucan.

Mi muy estimado amigo:

Según la solicitud que acabo de hacer a los españoles y aguardando cada día aquello que he pedido, os ruego que esperéis hasta que estemos en mejores condiciones antes de pasar a aquello sobre lo que habéis tenido la amabilidad de escribirme. Tengo muchos deseos de ir, pero en todos los asentamientos me

gustaría tener palancas con las que hacer caer las rocas de las montañas de Haut du Cap a fin de impedirles [a las fuerzas de los propietarios de esclavos] que se nos aproximen, pues creo que ellos no tienen otros medios sin exponer a su gente a una masacre. Os pido que os aseguréis de que el espía que habéis enviado os explique claramente dónde están los cañones en Haut du Cap a fin de que podamos apoderarnos de ellos. Así que, amigo mío, podéis ver que he tomado precauciones en este asunto, cosa que podéis decirle a Bouqueman [Boukman]. Y en cuanto a Jean-François, puede seguir yendo en coche con sus mujeres, pero hace varios días que no me ha hecho el honor de escribirme. Esto me sorprende mucho. Si necesitáis tafia [licor parecido al ron], os envío cuando gustéis, pero intentad no abusar. A la tropa no debe dársele esto o se desmadran. Enviadme unas cuantas carretillas, pues las necesito para transportar la madera con que levantar las cabañas en la curtiduría para mi gente.

Os ruego transmitáis a vuestras madre y hermana mi humilde respeto.

Tengo el honor, mi querido amigo, de ser vuestro muy humilde, obediente servidor,

Doctor General

3

Carta de Biassou, Jean-François y Toussaint L'Ouverture a la Asamblea General

Julio de 1792

Este extraordinario documento, firmado por Toussaint con el nombre de su sobrino de catorce años de edad Belair, lo escribieron los líderes de la revuelta de esclavos a la asamblea colonial de Saint-Domingue y al comisario nacional Roume. Tras el fracaso de las negociaciones seis meses antes, la carta constituye un testimonio de una temprana y rápida radicalización de la revolución a fin de incluir el llamamiento a la libertad general basado en la lógica de los indivisibles derechos humanos universales.

Caballeros:

Quienes tienen el honor de presentaros estas memorias son una clase de hombres que hasta el presente habéis rehusado a reconocer como vuestros semejantes y que habéis cubierto de oprobio arrojando sobre ellos la ignominia ligada a su infortunada suerte. Estos son hombres que no saben emplear grandes palabras, pero que van a mostraros a vosotros y a todo el mundo la justicia de su causa; finalmente, son aquellos a los que llamáis vuestros esclavos y que reclaman los derechos a los que todos los hombres pueden aspirar.

Durante demasiado tiempo, caballeros, con abusos de cuya comisión nunca se acusará bastante a nuestra falta de comprensión y nuestra ignorancia –durante mucho tiempo, digo–, hemos sido víctimas de vuestra codicia y vuestra avaricia. Bajo los verdugazos de vuestro bárbaro látigo hemos acumulado para vosotros

los tesoros de que disfrutáis en esta colonia; la raza humana ha sufrido viendo con qué barbarie habéis tratado a hombres como vosotros –sí, hombres– sobre los que no tenéis otro derecho excepto que sois más fuertes y más bárbaros que nosotros; os habéis dedicado al tráfico [de esclavos], habéis vendido hombres a cambio de caballos, e incluso esa es la más pequeña de vuestras faltas a ojos de la humanidad; nuestras vidas dependen de vuestro capricho, y cuando se trata de divertirnos, la carga recae sobre hombres como nosotros, que la mayor parte de las veces no somos culpables de otro delito que el de estar a vuestras órdenes.

Somos negros, es cierto, pero decidnos, caballeros, vosotros que sois tan juiciosos, ¿qué ley dice que el hombre negro debe pertenecer al hombre blanco y ser propiedad suya? Desde luego no podréis hacernos ver dónde existe, si no es en vuestras imaginaciones, siempre dispuestas a formar nuevos [fantasmas] con tal que os sean ventajosas. Sí, caballeros, somos libres como vosotros, y es solamente vuestra avaricia y nuestra ignorancia las que hacen que hoy en día persista la esclavitud, y no podemos ni ver ni encontrar el derecho que afirmáis tener sobre nosotros, ni nada que pudiera probárnoslo a nosotros, habitantes de la tierra como vosotros, todos hijos del mismo padre y creados a su misma imagen. Somos vuestros iguales, pues, por derecho natural, y si la naturaleza se complace en diversificar los colores dentro de la raza humana, ni es un delito nacer negro ni una ventaja ser blanco. Si los abusos en la colonia han continuado durante varios años, eso fue antes de la afortunada revolución que ha tenido lugar en la patria, la cual nos ha abierto la senda por la que nuestro coraje y nuestro trabajo nos permitirán ascender, para llegar al templo de la libertad, lo mismo que esos valientes franceses que son nuestros modelos y a los que todo el universo está contemplando.

Durante demasiado tiempo hemos arrastrado vuestras cadenas sin pensar en quitárnoslas, pero a toda autoridad que no se base en la virtud y la humanidad, y que sólo tienda a someter a otro hombre a la esclavitud, debe ponérsele fin, y eso es lo que va a suceder con vosotros. Vosotros, caballeros, que pretendéis someternos a la esclavitud, ¿no habéis jurado respetar la Constitución francesa? ¿Qué dice esta respetable Constitución? ¿Cuál es la ley fundamental? ¿Habéis olvidado que os habéis comprometido con la Declaración de los Derechos del Hombre, que dice que los hombres han nacido libres, iguales en derechos; que sus derechos naturales incluyen la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión? Así pues, como vosotros no podéis negar lo que habéis jurado, nosotros estamos en nuestro derecho y vosotros debéis reconocer a vosotros mismos como perjuros; con vuestros decretos reconocéis que todos los

hombres son libres, pero queréis mantener la servidumbre de 480.000 individuos que os permiten disfrutar de todo lo que poseéis. A través de vuestros enviados ofrecéis la libertad sólo a nuestros patronos; sigue siendo una de vuestras máximas políticas decir que deberíamos entregaros a quienes han realizado una parte igual en nuestro trabajo para que sean vuestras víctimas. No, preferimos mil muertes a actuar de ese modo con los nuestros. Si queréis concedernos los beneficios que nos son debidos, todos nuestros hermanos deben compartirlos...

Caballeros, en muy pocas palabras habéis visto nuestro modo de pensar: es unánime, y después de consultar todos aquellos con los que estamos conectados en la misma causa os presentamos nuestras demandas, que son las siguientes.

Primera: libertad general para todos los hombres sometidos a esclavitud.

Segunda: amnistía general por el pasado.

Tercera: garantías del cumplimiento de estos artículos por parte del gobierno español.

Cuarta: los tres artículos anteriores constituyen la base y el único medio de lograr una paz respetada por las dos partes, y sólo tras ser aprobadas en nombre de la colonia y de M. el teniente general, y cuando los comisarios civiles nacionales hayan acordado presentar esta aprobación al rey y a la Asamblea Nacional.

Si, como nosotros, deseáis que estos artículos sean aceptados, nos comprometemos a lo siguiente: primero, deponer las armas; segundo, que cada uno de nosotros volverá a la plantación a la que pertenece a reanudar su trabajo a cambio de un salario que se establecerá anualmente para cada cultivador que comience a trabajar por un plazo fijo.

Esta es, caballeros, la solicitud de hombres que son como vosotros, y esta es su resolución final: están resueltos a vivir libres o morir.

Tenemos el honor de ser, caballeros, vuestros muy humildes y obedientes servidores.

Biassou,

Jean-François, Belair

4

Carta al general Laveaux

18 de mayo de 1794

Toussaint se negó a unirse a la causa republicana francesa hasta que los franceses abolieron la esclavitud en 1794. En esta su primera carta al general francés, Toussaint explica su decisión previa de seguir combatiendo con las fuerzas españolas hasta mayo.

Marmelade, 18 de mayo de 1794

Toussaint L'Ouverture, General del Ejército Occidental, a Étienne Laveaux, Gobernador General interino:

[...] Es cierto, general, que he sido llevado al error por los enemigos de la República y la humanidad, pero ¿qué hombre puede jactarse de haber evitado todas las trampas de los malvados? En verdad, caí en sus redes, no sin saber lo que estaba haciendo; vos recordaréis que [...] mi meta era solamente que nos uniéramos para combatir a los enemigos de Francia y poner fin a una guerra intestina entre los franceses de esta colonia. Para desdicha de todos los afectados, el camino hacia la reconciliación que sugerí fue rechazado. Mi corazón se desgarró y vertí lágrimas por el infortunado destino de mi país previendo las desgracias que seguirían, y en esto no me equivoqué. La fatal experiencia ha demostrado lo acertado de mis predicciones[1].

En aquella época, los españoles me ofrecieron su protección y la libertad para

todos los que combatieran por la causa de los reyes. Habiendo siempre luchado por el logro de esa misma libertad, acepté su oferta al verme abandonado por los franceses, mis hermanos. Pero una experiencia algo posterior me abrió los ojos con respecto a estos pérfidos protectores. Habiendo percibido su traición, vi claramente que intentaban enfrentarnos los unos con los otros a fin de disminuir nuestro número y encadenar a quienes quedaran para devolverlos a su antigua esclavitud. ¡No, nunca alcanzarían su infame meta! Y nos vengaremos de estos despreciables seres en cuanto podamos y como podamos. Unámonos para siempre, pues, y, olvidando el pasado, no tratemos en adelante sino de aplastar a nuestros enemigos y vengarnos de nuestros traicioneros vecinos.

Es cierto que en Gonaïves y su entorno ondea la bandera nacional y que he expulsado de la zona a los españoles y a los emigrantes. Pero se me parte el corazón al considerar lo ocurrido a unos cuantos blancos que fueron víctimas de este suceso. No me parezco en nada a muchos otros que presencian escenas de horror con sangre fría. Siempre he defendido la humanidad de todos, y sufro cada vez que no consigo evitar el mal. Hubo también algunos levantamientos en los talleres, pero rápidamente restablecí el orden y todos están trabajando como antes. Gonaïves, Gros-Mome, el cantón de Ennery, Marmelade, Plaisance, Dondon, Acul y todo Limbé están bajo mis órdenes, y en estas zonas cuento con mil hombres armados, más los ciudadanos de Gros-Mome, cuyo número asciende a seiscientos. En cuanto a las municiones de guerra, estoy enteramente desprovisto, habiéndolas consumido en los diversos ataques que he lanzado contra el enemigo [...].

Salvación en la patria,

Toussaint L'Ouverture

[1] Sobre el complejo debate historiográfico a propósito de la volte-face de Toussaint para sumarse a la causa republicana, véase D. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 2002, capítulo 8.

5

Carta a Laveaux

7 de julio de 1794

En el verano de 1794, fuerzas españolas y británicas seguían ocupando territorios en el este, pero las fuerzas republicanas habían derrotado a los españoles en el oeste de Saint-Domingue. En julio, Toussaint L'Ouverture derrotó al líder rebelde Jean-François, que seguía en el bando de los españoles.

Marmelade

Toussaint L'Ouverture, general del Ejército Occidental, a Étienne Laveaux, Gobernador General interino del sector francés de Saint-Domingue:

Os escribo para compartir con vos el éxito que he tenido en los últimos tres o cuatro días contra el general Jean-François en Dondon. Lo habían enviado a Fort Dauphin para combatirme. De hecho, atacó a mis tropas en varias ocasiones durante mi estancia en Port Magot, pero siempre fue rechazado vigorosamente. Finalmente, a mi regreso, me sentí en condiciones de atacarle. Tras hacerme cargo de la situación, atacé simultáneamente Dondon, el Fort y otros puestos. Estos se tomaron sable en mano. Estuve muy a punto de capturar a Jean-François, que debió su salvación al espesor de los matorrales en que se adentró desesperado y dejando sus tropas tras él. Capturé todas sus pertenencias y papeles. Sólo salvó la camisa y los calzones. Mis hombres causaron una gran mortandad entre sus hombres y yo hice muchos prisioneros [...].

También he leído sobre las sesiones de septiembre de este último año en la Convención Nacional y sobre el decreto que promulgaron para la abolición de la esclavitud. Estas son noticias tranquilizadoras para los amigos de la humanidad, y espero que en el futuro todos nos sintamos más relajados y que, si conseguimos gozar de paz y tranquilidad, la colonia florezca en una medida sin precedentes [...].

Espero que podamos reunirnos para tratar juntos de nuestros asuntos. Hacedme saber el día y el lugar en que podré estar ahí [...].

Salvación en la patria y el éxito de esta,

Toussant l'Ouverture

6

Toussaint L'Ouverture a sus hermanos y hermanas en Varettes

22 de marzo de 1795

Hermanos y hermanas:

Ha llegado el momento en que el velo que oscurece la luz debe caer. Nunca deberíais volver a olvidar los decretos de la Convención Nacional. Los principios de esta, su amor a la libertad son invariables, y por eso no puede existir posibilidad alguna de destrucción para este sagrado edificio.

Me he enterado con infinita alegría del regreso de los ciudadanos del alto de las Varettes al seno de la República. Ahí encontrarán la felicidad de la que habían huido por instigación de los soldados de la tiranía y la realeza.

Apoyarlos, consolarlos de sus pasadas faltas y llevarlos a abjurar de los errores que insidiosamente alentaron es para todos los republicanos un deber absoluto y la máxima sagrada de los franceses.

Es por ello, no únicamente en razón de los poderes a mí otorgados por el general Laveaux sino aún más porque me animan sentimientos de humanidad y fraternidad, por lo que recuerdo sus errores a los ciudadanos del alto de las Varettes. Pero con todo lo que perjudican los intereses de la República, yo siento que su retorno, si es sincero, puede ser ventajoso para el logro de nuestros propósitos.

Los franceses son nuestros hermanos; los ingleses, los españoles y los monárquicos son bestias feroces que no aspiran más que a chupar a su antojo,

hasta quedar saciados, la sangre de sus mujeres e hijos.

Ciudadanos, no quiero seguir describiendo aquí vuestras equivocadas acciones; nunca las he considerado sino errores. Habéis vuelto a la República, así que ahora el pasado está olvidado. Vuestro deber ahora es contribuir con todos vuestros medios físicos y morales al fortalecimiento de vuestra parroquia y a hacer florecer en ella los principios de la santa libertad. De lo contrario, no esperéis más signos de nuestra fraternidad. Pensad bien lo que estoy diciendo.

Es en estas circunstancias en las que he ordenado y ordeno lo siguiente:

Artículo Primero. Todos los ciudadanos unidos bajo la bandera de la nación francesa, sea en la parroquia de las Varettes o en los campamentos republicanos del Cordón Occidental, están y permanecerán bajo la salvaguardia y la protección de la ley. Se prohíbe difamarlos o causarles daño.

Artículo Segundo. La conservación de las propiedades de los ciudadanos está asegurada por la Constitución; en consecuencia, se ordena a todos los mandos de parroquias, campamentos y puestos del cordón que las respeten y conserven, y ello bajo su responsabilidad personal.

[...]

Artículo Quinto. Todos los cultivadores, veinticuatro horas después de la publicación de la presente proclamación, volverán para entregarse a todas las formas de trabajo agrícola en las plantaciones de las que dependen, exceptuando las contiguas a territorio enemigo. Los cultivadores de estas plantaciones fronterizas con el enemigo, si no son soldados, se presentarán en otras plantaciones a fin de participar en las faenas.

Artículo Sexto. El trabajo es necesario, es una virtud. Es el bien general del Estado. Todo hombre ocioso y errante será arrestado para ser castigado por la ley. Pero el servicio también es condicional y será pagado con un salario justo.

Carta a Jean-François

13 de junio de 1795

Mientras Toussaint se unía las fuerzas republicanas francesas en el verano de 1794, Jean-François continuó combatiendo del lado de los españoles. En su intento por recuperar a los ciudadanos de Dondon para los españoles, Jean-François les dijo que «para los antiguos esclavos no hay otra libertad irrevocable que la que les conceda el monarca español, pues, en cuanto rey legítimo, sólo este tiene el derecho de legitimar esa libertad»[1]. Esta carta es la respuesta de Toussaint a esa afirmación.

1. Parecería, por el primer artículo de vuestro pronunciamiento, que los republicanos se han ofrecido a rendirse a vos. Si existen entre nosotros hombres lo bastante cobardes para volverse a encadenar, de buena gana os los cedemos; no merecen ser nuestros hermanos.
2. En vuestro segundo artículo pretendéis demostrar que se nos ha engañado, mientras nosotros esperamos convencerlos de que todo aquel que es súbdito o vasallo de reyes no es más que un vil esclavo, y que sólo un republicano es verdaderamente un hombre.
3. En consecuencia, somos libres por derecho natural. No podrían ser sino reyes cuyo solo nombre expresa lo que hay de más vil y despreciable los que podrían osar arrogarse el derecho a reducir a la servidumbre a hombres como ellos y a los que la naturaleza ha hecho libres.
4. Si el partido republicano destruye a todos sus enemigos, como no tenemos duda de que hará, no habrá necesidad de adoptarnos de nuevo; juntos apoyaremos una única e idéntica causa [...].

5. Termináis, viles esclavos como sois, ofreciéndonos la protección del rey, vuestro amo. Descubrid y decidle a Casa-Calvo [el gobernador del Santo Domingo español] que los republicanos no podemos llegar a acuerdo alguno con un rey. Que venga, y vosotros con él, estamos preparados para recibirlos a la manera de los republicanos.

[1] G. M. Laurent, Toussaint L'Ouverture à travers sa correspondance (1794-1798), Madrid, Industrias Gráficas España, 1953, p. 181.

8

Carta a Dieudonné

12 de febrero de 1796

Dieudonné era un líder nacido en África que controlaba a unos 3.000 soldados en las montañas que dominan Port-au-Prince. Nacido en el reino del Congo, en 1796 él y sus seguidores eran cada vez más reacios a someterse al liderazgo mulato de Rigaud y Bauvais. Molesto por la discriminación de que se sentía objeto por parte de este último, Dieudonné había iniciado negociaciones con los británicos a finales de 1795. La siguiente carta constituye el intento de Toussaint de evitar que Dieudonné y sus tropas se pasaran al bando británico.

Verettes, 23 de Pluvioso del año IV de la República Francesa, una e indivisible

Toussaint a Perre Dieudonné.

Mi querido hermano y amigo:

Sé que nuestros amigos los comisarios civiles Polvérel y Sonthonax tenían la mayor confianza en vos porque sois un buen republicano. Y así me es imposible creer los calumniosos rumores que se han difundido sobre vos: que habéis abandonado a vuestra patria para uniros a los ingleses, los enemigos jurados de nuestra libertad y de la igualdad.

¿Es posible, mi querido amigo, que en el momento en que Francia ha triunfado sobre todos los monárquicos y, a través de su benéfico decreto del 9 de Thermidor, nos reconoce todos los derechos por los que hemos estado luchando, os dejéis engañar por nuestros antiguos tiranos, los cuales no hacen sino servirse de un grupo de nuestros infortunados hermanos para mejor encadenar a los otros? Aunque, durante un cierto tiempo, los españoles me atraieron, no tardé en reconocer su malevolencia. Los abandoné y desde entonces los he derrotado por completo. Regresé a mi patria, que me recibió con los brazos abiertos y me ha recompensado mis servicios. Os invito, mi querido hermano, a seguir mi ejemplo. Si por alguna razón no podéis depositar vuestra confianza en los generales Rigaud y Bauvais, el gobernador Laveaux, que es el padre de todos nosotros y en quien la patria ha puesto su confianza, debe merecer también la vuestra. Pienso asimismo que no me la negaréis a mí, un negro como vos mismo, y os aseguro que nada más deseo en el mundo que veros feliz, a vos y a todos nuestros hermanos. Por mi parte, creo que esto sólo es posible sirviendo a la República Francesa; es bajo su bandera como somos verdaderamente libres e iguales. Así es como veo las cosas, mi querido amigo, y no creo equivocarme.

Si me hubiera sido posible veros, habría tenido el placer de abrazaros, y me halaga la idea de que no me habrías negado vuestra amistad. Podéis confiar en lo que mis tres oficiales os digan; será la verdad. Si, cuando vengan, queréis enviarme a dos o tres de los vuestros, hablaremos y estoy seguro de que lo que yo les diga les abrirá los ojos. Si es posible que los ingleses hayan conseguido embaucaros, creedme, mi querido hermano, abandonadlos, uníos a los buenos republicanos y, todos juntos, libremos a nuestra tierra de los monárquicos. Son facinerosos que desean devolvernos a las vergonzosas cadenas que tan difícil nos resultó romper. A pesar de todo lo que se ha dicho sobre vos, no tengo duda de que sois un buen republicano; como tal, debéis uniros a los generales Rigaud y Bauvais, que son buenos republicanos, pues nuestro país los ha recompensado por sus servicios. Si, no obstante, tuvierais pequeños desacuerdos, no debéis luchar contra ellos, pues la República, que es la madre de todos nosotros, no desea que combatamos a nuestros hermanos. Más aún, son siempre los más pobres los que más sufren. Cuando los líderes tenemos disputas entre nosotros, no deberíamos hacer que los soldados a nuestro mando luchan entre sí. Por el contrario, deberíamos volvernos a nuestros superiores, que están ahí para hacer justicia y llevarnos a acuerdos. Recordad, mi querido amigo, que la República Francesa es una e indivisible, que eso es lo que constituye su fortaleza, y que vencerá sobre todos sus enemigos.

Creedme, mi querido amigo, olvidad toda animosidad individual, reuníos con nuestros hermanos Rigaud y Bauvais. Son valientes defensores de la libertad general que aman demasiado a su patria como para no desear con todo su corazón vuestra amistad y la de todos los que se hallan a vuestro mando [...].

Os abrazo y os saludo en nombre de la patria, a vos y a todos nuestros buenos hermanos,

Toussaint L'Ouverture

Carta a Laveaux

20 de febrero de 1796

En febrero de 1796, los trabajadores de las plantaciones en las montañas del norte cerca de Port-de-Paix se sublevaron en respuesta a la destitución de Étienne Datty, un comandante negro local. Toussaint, que cabalgó durante toda una noche para sofocar la rebelión, describe en esta carta sus negociaciones con los rebeldes. La carta es particularmente importante en su examen de las diversas reivindicaciones y definiciones de la libertad hechas por las diversas comunidades unidas bajo la bandera francesa. Para Toussaint, la libertad sólo es posible a través del trabajo organizado bajo el imperio de la ley universal basada en derechos que ofrecía la República Francesa (en contraste implícito con los Estados esclavistas español e inglés que competían por el control de la isla). Para los trabajadores rebeldes, la libertad en cambio sólo es fruto de una experiencia comunitaria y compartida de sufrimiento como la que ellos han vivido con Datty, lo cual no guarda conexión necesaria con el trabajo en las plantaciones a gran escala, y es incluso enemiga de esta.

1 de Ventoso del año 4

Toussaint L'Ouverture a Étienne Laveaux:

[...] En cuanto llegué [a Port-de-Paix] escribí a Pageot, comandante de la Provincia del Norte, para avisarle de mi llegada, y envié a Baptiste Andro con dos de mis dragones para que entregara la carta. En ese momento, un gran

número de cultivadores, hombres y mujeres, vinieron a verme con comida, algunos pollos y huevos. Me dijeron cuánto se alegraban de verme y que esperaban que yo pusiera fin a todos estos desórdenes. Les pedí que me consiguieran heno, lo cual hicieron inmediatamente y parecieron hacerlo con placer. Tomé esto como una buena señal de que no sería difícil resolver las cosas.

A las siete de la tarde llegó Étienne según la orden que le había enviado, con unos quinientos hombres, muchos de ellos armados. Yo ensillé mi caballo y ordené a Étienne que formara un círculo con todos los ciudadanos que habían venido con él, así como con los que acababan de llegar con el heno. Monté en mi caballo y entré en el círculo, donde, tras condenar los asesinatos que habían cometido, les dije que si querían conservar su libertad, tendrían que someterse a las leyes de la República y ser dóciles y trabajar, que sólo de este modo se beneficiarían de su libertad. Además, dije que si tenían alguna reivindicación que hacer, nunca la obtendrían de esta manera, y que Dios había dicho: «Pedid y se os dará, llamad y mi puerta se os abrirá», pero que no ha dicho que se cometan crímenes para obtener lo que uno necesita.

Les pregunté si me conocían y si se alegraban de verme. Contestaron que sí, que sabían que yo era el padre de todos los negros, y que también sabían que nunca había dejado de trabajar por su felicidad y por su libertad, pero me rogaron que les escuchara y tal vez vería que quizá no estaban tan equivocados como yo creía. Callé y les escuché. Uno de ellos tomó la palabra y me dijo: «General, todos nosotros os tenemos por nuestro padre, sois vos después de Dios quien nos es más querido y en quien tenemos la máxima confianza». Le dije que guardara silencio y dije que si tal era la opinión que de mí tenía, no debían actuar como habían hecho, y que si habían tenido miedo de dirigirse al gobernador general [Laveaux], al que todos nosotros debemos considerar nuestro padre y el defensor de nuestra libertad, habrían debido acudir a mí. Entonces habría tratado de convencer al gobernador general de que atendiera sus demandas si las consideraba justas, y de que así habría evitado que cometieran tales crímenes. Me contestaron que ellos aman al gobernador general, pero que por desgracia para ellos no todos los hombres son como él, pues entonces ellos serían sin duda felices. Siguieron diciendo: «Desde el comienzo de la revolución, Étienne siempre ha sido nuestro líder, ha sido siempre él quien nos ha mandado. Siempre ha compartido nuestras miserias en nuestra lucha por conquistar nuestra libertad. ¿Por qué se le ha desposeído del mando y por qué se lo ve tan poco meritorio para dárselo a otro sin nuestro consentimiento? Por eso, general, tomamos las

armas. Es para nosotros una desgracia que haya hombres malos entre nosotros que han cometido crímenes. Pero nosotros no somos en absoluto cómplices de todo eso. Lamentablemente, general, ellos también desean hacernos esclavos; aquí no hay igualdad, como parece haberla con vos. Mirad cómo los blancos y los mestizos que están con vos son buenos y están unidos a los negros. Uno pensaría que fueran hijos de la misma madre. Eso, general, es a lo que nosotros llamamos igualdad. Aquí no es lo mismo. A nosotros se nos mira con desprecio, somos objeto de constantes vejaciones. No nos pagan lo que se nos debe por la comida que producimos. Nos obligan a entregar nuestros pollos y cerdos a cambio de nada cuando vamos a venderlos en la ciudad, y si nos quejamos, hacen que la policía nos arreste, y nos meten en la cárcel sin darnos nada que comer, y luego nos hacen pagar por salir. Como veis, general, uno no es libre si se le trata así. Estamos seguros, por lo que observamos, de que todos los que están con vos están contentos y os aman».

Cuando dejó de hablar, le pregunté si aquello era todo de lo que tenían queja. Me respondió: «Sí». Pregunté a todos los demás si lo que había dicho era verdad. Todos me contestaron que era verdad. Los acallé y dije: «Amigos míos, yo no debería trataros de esta forma, pues la vergüenza que me producís a mí y a otros los hombres de nuestro color me hace ver que no sois mis amigos. Todas las razones que me dais me parecen justas, pero aunque me dierais una casa llena de ellas» —empleé esta expresión para hacerles comprender que podían tener todas las razones que quisieran y seguirían equivocados, pues se habían hecho culpables a los ojos de Dios, de la ley y de los hombres— «¿qué le diré a la Convención Nacional cuando me pida una explicación de lo que acabáis de hacer? ¿Cómo es posible, cuando acabo de enviar diputados a la Convención Nacional para agradecerles en nombre de todos los negros el magnánimo decreto que les concede la libertad? ¿Cómo puedo asegurarles, después de esto, que trabajarán para merecer este decreto y demostrarán a Francia y a todas las naciones que son dignos por su sumisión a la ley, por su trabajo y su docilidad, que puedo responder por todos ellos, y que pronto, con la ayuda de Francia, demostrarán al universo entero que Saint-Domingue, con el trabajo de manos libres, recuperará su riqueza? Respondedme a esto. Mi vergüenza revelará que los he engañado; les demostrará lo que los enemigos de nuestra libertad han intentado hacerles creer, que los negros no están preparados para ser libres, que si obtienen la libertad dejarán de trabajar y que robarán y matarán».

Me contestaron que estaban equivocados y me rogaron que, en virtud de toda mi amistad hacia ellos, reparara este error, y me juraron no volver a extraviarse

nunca y ser prudentes y obedientes, no hacer nada más sin consultarme y cortar el paso al primero de ellos que se atreviera a dar malos consejos. Me dijeron asimismo que era absolutamente esencial que volviera a poner las cosas en orden antes de marcharme, que había ido demasiado lejos como para no dejarles en paz antes de regresar. Les prometí que no había venido para nada más, pero que les correspondía a ellos demostrar que querían la paz y la tranquilidad regresando todos inmediatamente a sus respectivas plantaciones y reanudando el trabajo, y que esto era por entero responsabilidad suya. Me contestaron con una sola voz: «Perdonadnos, general, seremos tan buenos que por fuerza olvidaréis lo que acabamos de hacer». Entonces les pedí que se marcharan. A Étienne le dije que aquellos no eran todos los ciudadanos de la parroquia. Me contestó que no, que todavía había tres campamentos en las montañas. Después de eso, les dije a todos aquellos que acababa de despedir que volvieran al día siguiente cuando hubieran llegado los de las montañas, que deseaba perdonarlos a todos juntos.

Eran las 9:30 de la noche. Pregunté a Étienne dónde estaba su secretario. Me dijo que también estaba en las montañas. Ordené a Étienne que le diera la orden de regresar a la plantación con todos los ciudadanos acampados en las montañas para verme.

[...]

Carta a Flaville

Esta carta constituye el intento de Toussaint de desactivar las crecientes tensiones entre él mismo y los mulatos del norte de Saint-Domingue. En enero de 1795, unos 180 de los soldados de Toussaint habían abandonado a este para ponerse a las órdenes de su rival Villatte, que controlaba la zona en torno a Cap Français. En junio, Joseph Flaville y sus tropas se unieron a Villatte. El 20 de marzo de 1796, estas tropas se rebelaron abiertamente contra Toussaint cuando hicieron prisionero a Laveaux. Tras rescatar a este, Toussaint se esforzó por reforzar la unidad entre las diversas facciones que combatían a los ingleses y españoles (bossales nacidos en África, negros como él mismo nacidos en Saint-Domingue y mulatos de raza mixta). La carta responde a una disculpa de Flaville, que derrotado había escrito a Toussaint: «Vivamos unidos en fraternidad, de modo que nada pueda perturbar la armonía que debe existir entre los buenos republicanos».

Toussaint L'Ouverture, comandante del Cordón Occidental, a Joseph Flaville, comandante de Acul:

Recibí vuestra carta del 8 de Mesidor; previamente, había recibido la de mi colega Villatte. Desde ese momento dejé de sentir odio. Sé que estabais bajo el mando de nuestro hermano, y me alegro de ello. Vuestro error fue grande: en el Cap cumplíais órdenes y me informasteis de todo. Siendo así, mi querido Flaville, deberíais haberme hecho saber de vuestro encargo para que os hubiera dejado solo a las órdenes de mi colega Villatte.

Vos me conocéis, mi querido Joseph Flaville, sabéis de la flexibilidad de mi corazón, siempre dispuesto al perdón. Quiero creer en vuestra sinceridad, pero, para asegurarme, sólo pido (y hay razones para así hacerlo) que las tropas a las

que habéis descarriado y que han tomado las armas contra mí regresen a sus puestos como antes. Esto a fin de que la desobediencia a la que los habéis entregado se transforme en una sumisión perfecta, y que les hagáis conscientes de que fue por vuestra culpa por lo que cayeron en la desobediencia, y que ahora comprendáis que la falta de disciplina en las tropas es la madre de todos sus vicios y que una tropa indisciplinada está perdida [...].

Deseo vivir en paz, unido con mis hermanos.

Saludos y amistad,

Toussaint L'Ouverture

11

Discurso a los soldados para la destrucción universal de la esclavitud

18 de mayo de 1797

Que la llama sagrada de la libertad que hemos conquistado guíe todos nuestros actos. [...] Sigamos plantando el árbol de la libertad, rompiendo las cadenas de aquellos hermanos nuestros que aún permanecen en cautividad bajo el vergonzoso yugo de la esclavitud. Pongámoslos bajo el amparo de nuestros derechos, los imprescriptibles e inalienables derechos de los hombres libres. [Superemos] las barreras que separan a las naciones, y unamos a la especie humana en una única fraternidad. Tratemos únicamente de procurar a los hombres la libertad que [Dios] les ha dado, y que otros hombres les han quitado sólo transgrediendo Su inmutable voluntad.

Bulletin officiel de Saint-Domingue, 18 de mayo de 1797.

Carta a Laveaux

23 de mayo de 1797

Esta carta está dirigida a Laveaux en cuanto representante de Saint-Domingue en la Asamblea francesa, adonde Toussaint lo había enviado a defender los intereses de la colonia y, por su mediación, a la Asamblea Legislativa contra las fuerzas de la reacción, así como (supuestamente) darle a él mismo más libertad en el gobierno de la colonia. L'Ouverture hace en esta carta esfuerzos considerables por convencer a Laveaux, y a la Asamblea, de su fidelidad a Francia e, implícitamente, de su falta de interés en declarar independiente la colonia.

Gonaïves, 4 de Pradial del año 5 de la República Francesa, una e indivisible

Toussaint L'Ouverture a Etienne Laveaux, representante del pueblo, diputado de Saint-Domingue en la Asamblea Legislativa.

Mi querido representante:

Desde vuestra partida y hasta este día, se me sigue negando la dulce satisfacción de recibir noticias vuestras. Os he escrito varias veces, y sigo sin saber si mis cartas os han llegado sin obstáculos. Ojalá esta os llegue tan rápidamente como deseo [...].

Las perfectas armonía, tranquilidad y unión que reinan entre nosotros auguran el feliz éxito de nuestros empeños futuros, y no puedo sino creer que, con la ayuda de Dios, no tardaremos en limpiar el territorio francés de las tiránicas hordas que durante demasiado tiempo han infestado la colonia, y que pronto formaremos una familia única y unificada de amigos y hermanos.

En vano seguirían los enemigos de Francia tratando de socavar la causa que defendemos los republicanos que aquí vivimos. La supervivencia de la colonia está garantizada. Por favor, comunicad a la Asamblea Legislativa la naturaleza de mis esfuerzos y mi sincero compromiso, describiéndoles cómo una porción tan importante de Francia como esta colonia no debe seguir estando privada de la ayuda a ella debida y que los enemigos de Francia y la libertad general han impedido distorsionando la verdadera posición de Saint-Domingue. Su conservación, permitidme que lo repita, está asegurada, y [Francia] puede contar con mi celo irrevocable como su verdadero defensor.

La Comisión del gobierno francés acaba de ascenderme al grado de general en jefe de Saint-Domingue. Inspirado por el amor al bien público y la felicidad de mis ciudadanos, tales honores no me ciegan, y me mantengo firme en la importante tarea que se me ha encomendado. El intento de merecer el apoyo de la Asamblea Legislativa y de mis conciudadanos ocuparán por completo mi tiempo y atención. Mis deseos se verán cumplidos y será mi compensación ideal si, con la ayuda de Dios, soy lo bastante feliz como para, tras haber expulsado a los enemigos de la colonia, poder decirle pronto a Francia: la bandera de la libertad ondea en toda la superficie de Saint-Domingue [...].

Qué dulce sería para mí, mi querido representante, poder mantener con vos una correspondencia tan frecuente como deseo y recibir de vos más a menudo vuestras queridas noticias, si la comunicación entre Francia y las colonias no se viera tan dificultada. Aprovechad cualquier ocasión, os lo ruego, para darme esta satisfacción, que siempre me será, como sabéis, infinitamente dulce.

Os confío el cuidado de mis amados hijos, a los que tanto echo de menos. ¡Ojalá Dios bendiga sus días y vierta sobre ellos Su gracia, y ellos puedan beneficiarse de la educación que Francia les ofrece, para que un día ellos mismos sean dignos de expresar su gratitud! Besadlos tiernamente por mí y de parte de su madre, y enviadme noticias de ellos en la ocasión más próxima.

Ojalá sigáis siendo, os repito y suplico en nombre de la salvación de la colonia y

en nombre de su prosperidad y tranquilidad que aquí reaparecen a diario, el verdadero defensor de sus derechos abatiendo a sus enemigos, los cuales, mediante vanas estratagemas, continúan intentando desviar de su colonia la mirada favorable de Francia, que hoy más que nunca debe seguir puesta sobre ella. Tranquilizadla sobre la conservación de esta colonia por todo lo que nos resulta querido y por todo lo que ella debe esperar de nuestro coraje y nuestra devoción. Puede estar segura de que mientras la sangre fluya por nuestras venas, no nos esforzaremos más que por la defensa de la colonia y de la libertad, y por expulsar a todos los agitadores y enemigos.

Reiterándoos a vos en particular la devoción que habéis inspirado en mí, os pido que transmitáis mis sentimientos de respeto y los de mi esposa a vuestra propia esposa y querida familia, y tened la seguridad de que los vínculos de nuestra amistad sólo terminarán con el fin de mis días.

Saludos y amistad,

Toussaint L'Ouverture

Carta al Directorio francés

Noviembre de 1797

Esta carta, junto con su proclamación de 1793 el escrito más famoso jamás redactado por Toussaint, es el documento culminante de su filosofía política republicana y su más firme defensa de los derechos humanos universales. Fue escrita en respuesta al creciente conservadurismo del Directorio francés y, en particular, a los ataques contra Toussaint por parte del archirracista y proesclavista representante Vaublanc[1].

Toussaint L'Ouverture al Directorio francés:

Cuando el pueblo de Saint-Domingue saboreó por vez primera el fruto de la libertad que deben a la equidad de Francia; cuando a los violentos levantamientos de la revolución que la anunciaba sucedieron los placeres de la tranquilidad; cuando, finalmente, el imperio de la ley sustituyó a la anarquía durante demasiado tiempo sufrida por la infortunada colonia, ¿qué fatalidad puede haber llevado al mayor enemigo de su prosperidad y de nuestra felicidad a seguir atreviéndose a amenazarnos con el retorno de la esclavitud? El impolítico e incendiario discurso de Vaublanc no ha amenazado tanto a los negros como a la certeza de los planes sobre los que meditan por propietarios de Saint-Domingue. Tan insidiosas declaraciones no deberían tener efecto sobre los prudentes legisladores que han decretado la libertad para la humanidad. Los ataques que los colonos proponen contra esta libertad deben temerse tanto más en la medida en que ocultan sus detestables proyectos bajo el velo del patriotismo. Sabemos que se os han hecho descripciones ilusorias y especiosas de la renovación de la terrible violencia. Pérfidos emisarios se han infiltrado ya

entre nosotros para fomentar la destrucción a manos de los liberticidas. No triunfarán, eso lo juro por todo cuanto de más sagrado contiene la libertad. Mi apego a Francia, la gratitud que todos los negros conservan hacia ella, me impone el deber de no ocultaros ni los planes fomentados ni el juramento que renovamos de enterrarnos bajo las ruinas de un país revivido por la libertad antes que sufrir el retorno de la esclavitud.

A vosotros corresponde, ciudadanos del Directorio, apartar de encima de nuestras cabezas la tormenta que los enemigos eternos de nuestra libertad están preparando en las sombras del silencio. A vosotros corresponde ilustrar a la Asamblea Legislativa, a vosotros corresponde evitar que los enemigos del sistema actual se propaguen por nuestras infortunadas costas para mancharlas con nuevos crímenes. No permitáis que nuestros hermanos, nuestros amigos, sean sacrificados a hombres que desean reinar sobre las ruinas de la especie humana. Pero no, vuestra prudencia nos permitirá evitar las peligrosas trampas que os tienden nuestros enemigos comunes [...].

Os envío junto con esta carta una declaración que os informará de la unidad que existe entre los propietarios de Saint-Domingue que están en Francia, los que hay en los Estados Unidos y los que sirven bajo el estandarte inglés. Veréis ahí una resolución, inequívoca y minuciosamente construida, a la restauración de la esclavitud; veréis ahí que su determinación al éxito los ha llevado a involucrarse en el manto de la libertad a fin de asestarle golpes más mortales. Veréis que dan por descontada mi disposición a respaldar opiniones pérfidas por el temor a lo que les pueda ocurrir a mis hijos. No es sorprendente que estos hombres que sacrifican su país a sus intereses sean incapaces de comprender cuántos sacrificios puede soportar un verdadero amor al país en un padre mejor que ellos, pues la felicidad de mis hijos yo la baso sin vacilación en la de mi país, que ellos y sólo ellos desean destruir.

Nunca vacilaré al escoger entre la seguridad de Saint-Domingue y mi felicidad personal, pero no tengo nada que temer. Es a la solicitud del gobierno francés a la que he confiado a mis hijos [...]. Temblaría horrorizado si fuese en manos de los colonos en las que los he puesto como rehenes; pero aunque así fuera, hacedles saber que castigándolos a ellos por la fidelidad de su padre no harían sino añadir un grado más a su barbarie, sin esperanza alguna de hacerme desistir de mi deber [...].

Ciegos como están, no pueden ver cómo esta odiosa conducta por su parte puede

convertirse en la señal de nuevos desastres e irreparables desgracias y que, lejos de ayudarles a recuperar lo que a sus ojos les ha hecho perder la libertad para todos, se exponen a sí mismos a la ruina total y a la colonia a su inevitable destrucción. ¿Podrían hombres que han gozado una vez de los beneficios de la libertad mantener la calma mientras esta se les arrebatara? Soportaron sus cadenas cuando no conocían ninguna condición de vida mejor que la de la esclavitud. Pero ahora que la han abandonado, mil vidas que tuvieran las sacrificarían antes que verse de nuevo sometidos a la esclavitud. Pero no, la mano que ha roto nuestras cadenas no nos someterá de nuevo a ellas. Francia no renunciará a sus principios. No permitirá la perversión de su sublime moralidad y la destrucción de los principios que más la honran, ni la degradación de su más hermoso cumplimiento rescindiendo el decreto del 16 de Pluvioso [4 de febrero de 1794, que abolía la esclavitud en las colonias francesas] que asimismo honra a toda la humanidad. Pero si, a fin de restablecer la servidumbre en Saint-Domingue, hubiera de hacerse esto, os declaro que sería intentar lo imposible. Hemos sabido cómo afrontar el peligro para obtener nuestra libertad y sabremos cómo afrontar la muerte para conservarla. Esta, ciudadanos y miembros del Directorio, es la moralidad del pueblo de Saint-Domingue, estos son los principios que en su nombre os transmito.

Permitidme renovaros el juramento que he hecho: dejar de existir antes de que la gratitud desaparezca de mi corazón y mantenerme fiel a Francia, a mi deber, y antes de que la tierra de la libertad sea profanada y mancillada por los liberticidas, antes de que estos puedan arrancar de mis manos esta espada, estas armas que Francia me ha confiado para la defensa de sus derechos, de los de la humanidad y del triunfo de la libertad y la igualdad.

Saludos y respeto,

Toussaint l'Ouverture

[1] Para un comentario aún no superado sobre la importancia de esta carta para la historia mundial, véase C. L. R. James, *The Black Jacobins* [1963], Nueva York, Vintage, 1989 pp. 194-198.

Carta de Bonaparte a Saint-Domingue

25 de diciembre de 1799

Esta carta en apoyo de la nueva Constitución de Napoleón trataba de aplacar a los negros que sospechaban que constituía un primer paso hacia la reinstauración de la esclavitud. Su promulgación de un estatus legal particular y diferencial para las colonias, a diferencia del universalismo de la ley republicana y la Declaración de los Derechos del Hombre y de los Ciudadanos, sonaba a regreso al diferencialismo del Antiguo Régimen. Históricamente, las «leyes especiales» habían significado el permiso de la esclavitud en las colonias. Las reafirmaciones en los «sagrados» principios de la libertad y la igualdad hacía mucho tiempo que a Toussaint y sus colegas les sonaban vacías; de hecho, su negación a unirse a los franceses tras la unilateral declaración de la abolición de la esclavitud por parte de Sonthonax en 1793 y su decisión de esperar hasta que el gesto fuera codificado en la ley nacional son indicativas de tal política de sospecha. El tono paternalista, casi obsequioso, del texto debió de alimentar aún más tal sospecha. Esta demostró estar justificada; en mayo de 1802, Napoleón reinstauró la esclavitud en las colonias, y cuando la noticia llegó a Saint-Domingue radicalizó el movimiento por la emancipación universal que llevó directamente a la derrota final de los franceses y a la independencia de Haití en 1804.

París, 4 de Nivoso del año VIII

Ciudadanos, una Constitución que no ha sido capaz de sostenerse contra múltiples violaciones ha sido sustituida por un nuevo pacto destinado a consolidar la libertad.

El artículo 91 declara que las colonias francesas se regirán por leyes especiales.

Esta disposición deriva de la naturaleza de las cosas y las diferencias de clima.

Los habitantes de las colonias francesas situadas en América, Asia y África no pueden ser gobernados por las mismas leyes.

Las diferencias de hábitos, de costumbres, de intereses; la diversidad del suelo, de los cultivos y de los bienes producidos demandan diversas modificaciones.

Lejos de ser motivo de alarma para vosotros, reconoceréis aquí la prudencia y la altura de miras que animan a los legisladores de Francia.

Los cónsules de la República, al anunciaros el nuevo pacto social, os declaran que los sagrados principios de la libertad y la igualdad de los negros nunca sufrirán entre vosotros el menor ataque o modificación.

Si hay hombres malintencionados en la colonia, si los hay que siguen manteniendo relaciones con las potencias enemigas, acordaos, valientes negros, de que sólo el pueblo francés reconoce vuestra libertad y la igualdad de vuestros derechos.

El Primer Cónsul,

bonaparte

Proclamación sobre el trabajo

1800

Las tortuosas lógica y gramática de esta proclamación son tal vez indicativas de las contradicciones de la posición de Toussaint. Sus diversos intentos de obligar a la antigua población esclava por él putativamente representada a dedicarse al trabajo en las plantaciones que ellos razonablemente consideraban igual a su anterior esclavización le llevó progresivamente a una posición de autoritarismo paternalista.

Os percataréis, ciudadanos, de que la agricultura sostiene a los gobiernos, pues favorece el comercio, el bienestar y la abundancia, da nacimiento a las artes y la industria, y mantiene a todos ocupados. Es el mecanismo de todos los Estados, y si cada miembro de la sociedad trabaja, el resultado es la tranquilidad pública; los problemas desaparecen junto con la inactividad, que es la madre del vicio, y cada cual disfruta en paz de los frutos de su trabajo [...]. Es un hecho que para asegurar la libertad, sin la cual el hombre no puede ser feliz, es necesario que todos se ocupen útilmente a fin de contribuir al bien público y la tranquilidad general... Desde la revolución, cultivadores, tanto hombres como mujeres, que, como entonces eran jóvenes no se dedicaban a la agricultura, no desean hoy en día tomar parte en ella porque, dicen, son libres, y así pasan sus días corriendo de un lado para otro sin meta, con lo cual dan muy mal ejemplo a los otros cultivadores, mientras al mismo tiempo los generales, oficiales y sus subordinados y soldados se dedican a una actividad permanente para proteger los sagrados derechos de todos [...][1].

[1] Archives nationales, colonies CC9B, 217 MIOM/12 (Déclarations de

Toussaint).

Autorretrato

1801

Esta breve declaración autobiográfica pasa por alto el hecho de que cuando la revolución comenzó en 1791, Toussaint era un hombre libre e incluso un propietario de esclavos desde al menos 1776, y había acumulado una comfortable, aunque no extraordinaria, cantidad de riqueza a su nombre (véase Geggus, 2007). Antes de 1789, los jesuitas le habían enseñado a leer y escribir a un nivel básico.

Me sentía destinado a grandes cosas. Cuando recibí este divino portento contaba cincuenta y cuatro años de edad; no sabía leer ni escribir; tuve unas cuantas portuguesas; se las di a un oficial subalterno del Regiment du Cap; y, gracias a este, en pocos meses aprendí a firmar con mi nombre y a leer correctamente.

La revolución de Saint-Domingue seguía su curso; vi que los blancos no podrían resistir, pues estaban divididos entre ellos y se enfrentaban a una mayoría aplastante; me congratulé de ser negro.

Era necesario comenzar mi carrera. Crucé a la región española, donde habían dado asilo y protección a las tropas de mi color. Este asilo y esta protección quedaron en nada; me encantó ver a Jean-François convertirse en español en el momento en que la poderosa República Francesa proclamaba la libertad general de los negros. Una voz secreta me dijo: «Puesto que los negros son libres, necesitan un jefe», y soy yo quien debe ser el jefe predicho por el Abbé Raynal. Regresé, transportado por este sentimiento, al servicio de Francia; Francia y la voz de Dios no me han engañado.

Carta a Napoleón sobre la Constitución de 1801

16 de julio de 1801

27 de Mesidor del año IX

Ciudadano Cónsul:

El ministro de Marina, en la explicación que os dio de la situación política de la colonia, que yo me dediqué a hacérsela conocer, debería haberos sometido mi proclamación del pasado 16 de Pluvioso [5 de febrero de 1801] sobre la convocatoria de una Asamblea Central que pudiera marcar el destino de Saint-Domingue mediante prudentes leyes modeladas según las costumbres de sus habitantes. Hoy tengo la satisfacción de anunciaros que a este trabajo acaba de dársele el último toque. Me apresuro a enviároslo a fin de tener vuestra aprobación y la sanción de mi gobierno.

Dada la ausencia de leyes, y habiendo requerido la Asamblea Central la ejecución provisional de esta Constitución, la cual llevará más rápidamente a Saint-Domingue a su futura prosperidad, me he plegado a sus deseos. Esta Constitución fue recibida por toda clase de ciudadanos con muestras de alegría que no se conseguirá reproducir cuando sea devuelta con la sanción del gobierno.

Saludos y profundo respeto,

Toussaint L'Ouverture

Proclamación anticorrupción

9 de Thermidor, año 9 (29 de julio de 1801)

Como servidor público debo hacer justicia sin cobrar. Por consiguiente, todos los actos por mi parte se realizarán sin cargo a los individuos [excepto por la expedición de pasaportes]. Ningún funcionario público reclamará remuneración, en nombre de su ministro, excepto las que hayan sido autorizadas por la ley o por regulaciones anteriores a esta[1].

[1] Archives nationales, colonies CC9B, 217 MIOM/12 (Déclarations de Toussaint).

Constitución haitiana de 1801

El 4 de febrero de 1801, Toussaint convocó una asamblea para redactar una Constitución para Saint-Domingue. Como había sucedido con la reinterpretación de los derechos del hombre y del ciudadano que había defendido desde 1793, Toussaint sacó aquí ventaja estratégica de llamamientos de las fuerzas conservadoras francesas a la reintroducción de leyes «especiales» para las colonias (tradicionalmente un medio de justificar la esclavitud) para promover la autonomía de la colonia en un periodo de reacción creciente así como su propio mantenimiento personal en el poder. Entre los miembros de esta asamblea se incluían Julien Raimond (un emisario de Bonaparte a la colonia) y el hacendado blanco y alcalde de Puerto Príncipe Bernard Borgella. El comité no incluía a un solo antiguo esclavo. Completada en mayo, la Constitución fue promulgada en junio de 1801. La Constitución refleja las muchas contradicciones en la filosofía política y social de L'Ouverture. Por un lado, es la primera Constitución moderna que afronta el conflicto entre la defensa de los derechos de propiedad y los derechos humanos: si todos los humanos poseen una libertad fundamental e inalienable, lógicamente los derechos de propiedad deben matizarse explícitamente para no incluir a los humanos. Aparte la nunca adoptada proposición de tal limitación constitucional hecha por Robespierre en 1793, esta Constitución fue la primera de la modernidad occidental explícitamente basada en el derecho ilimitado, universal, a no ser esclavizado. Al mismo tiempo, el documento propone una serie secundaria de medidas paternalistas, autoritarias. De haber entrado plenamente en vigor, estas habrían recortado tan gravemente la libertad pública en todas las dimensiones específicas como para que el documento constituyera una regresión mucho más atrás de varias Constituciones francesas –anteriores y posteriores a Thermidor– de las que el documento parte[1].

Los representantes de la colonia de Saint-Domingue, reunidos en Asamblea General, han identificado y establecido las bases constitucionales de la colonia

francesa de Saint-Domingue como sigue:

título i
del territorio

Artículo 1. Saint-Domingue en toda su extensión, y Samana, La Tortue, La Gonave, Les Cayemites, L'Ile-a-Vache, La Saone y otras islas adyacentes forman el territorio de una única colonia, que es parte del Imperio francés, pero se rige por leyes particulares.

Artículo 2. El territorio de esta colonia está dividido en departamentos, arrondissements (distritos) y parroquias.

título ii
de los habitantes

Artículo 3. En este territorio no pueden existir esclavos, en él la servidumbre queda abolida para siempre. Todos los hombres nacen, viven y mueren libres y franceses[2].

Artículo 4. Todos los hombres, cualquiera que sea su color, son aptos para todos los empleos.

Artículo 5. No existirá otra distinción que aquellas basadas en la virtud y el talento, ni otra superioridad prevista por la ley en el ejercicio de una función pública[3].

La ley es la misma para todos tanto en cuanto al castigo como en cuanto a la protección[4].

título iii
de la religión

Artículo 6. La fe católica, apostólica y romana es la única públicamente profesada[5].

Artículo 7. Cada parroquia provee al mantenimiento de la religión y de sus ministros. Se asignan especialmente la riqueza de las fábricas para estos gastos y las residencias para el alojamiento de los ministros.

Artículo 8. El gobernador de la colonia asigna a cada ministro de la religión la extensión de su administración espiritual, y dichos ministros nunca pueden, bajo ninguna circunstancia, formar un cuerpo en la colonia.

título iv
de las costumbres

Artículo 9. El matrimonio, en cuanto institución cívica y religiosa, sostiene la pureza de las costumbres; el gobierno distinguirá y protegerá especialmente a los esposos que practiquen las virtudes requeridas por su condición.

Artículo 10. En la colonia no habrá lugar al divorcio.

Artículo 11. Leyes tendentes a expandir y mantener las virtudes sociales, y a alentar y consolidar los vínculos familiares establecerán la condición y los derechos de los hijos nacidos dentro del matrimonio.

título v
de los hombres en sociedad

Artículo 12. La Constitución garantiza la libertad y la seguridad individual. Nadie puede ser arrestado salvo por un mandato formalmente expresado que dicte un funcionario al que la ley otorgue el derecho a ordenar arrestos y detenciones en un lugar públicamente designado.

Artículo 13. La propiedad es sagrada e inviolable. Toda persona, bien por sí misma, bien a través de sus representantes, tiene libre derecho a disponer y a administrar la propiedad reconocida como perteneciente a él. Cualquiera que intente negar este derecho se hace culpable de un delito contra la sociedad y responsable ante la persona perturbada en su ejercicio de la propiedad[6].

título vi

de los cultivos y el comercio

Artículo 14. Siendo esencialmente agrícola, la colonia no puede sufrir la más mínima interrupción en los trabajos de sus cultivos[7].

Artículo 15. Cada plantación es una manufactura que requiere la reunión de cultivadores y obreros; es el asilo tranquilo de una activa y constante familia, cuyo propietario del suelo o su representante es necesariamente el padre.

Artículo 16. Cada cultivador y cada obrero es un miembro de la familia y tiene derecho a compartir los ingresos.

Todo cambio de domicilio por parte del cultivador amenaza con la ruina de los cultivos. A fin de reprimir un vicio tan funesto para la colonia como para el orden público, el gobernador establece todos los reglamentos de policía que las circunstancias necesitan y conformes a las bases del reglamento de policía del 20 de Vendimario del año IX [12 de octubre de 1800] y de la proclamación hecha por el general en jefe Toussaint L'Ouverture el siguiente 19 de Pluvioso [9 de febrero de 1801].

Artículo 17. La introducción de los cultivadores indispensables para el

restablecimiento y para el crecimiento de la agricultura tendrá lugar en Saint-Domingue. La Constitución encarga al gobernador la adopción de medidas convenientes para alentar y favorecer el incremento de mano de obra, estipular y equilibrar los diversos intereses, asegurar y garantizar la ejecución de los respectivos compromisos resultantes de este proceso.

Artículo 18. El comercio en la colonia consiste únicamente en el intercambio de bienes producidos en su territorio; en consecuencia, la introducción de bienes de naturaleza similar está y seguirá estando prohibida.

título vii

de la legislación y la autoridad legislativa

Artículo 19. El régimen colonial lo determinan leyes propuestas por el gobernador y proclamadas por una asamblea de habitantes que se reúnen en periodos fijos en la sede central de la colonia bajo el título de Asamblea Central de Saint-Domingue[8].

Artículo 20. Ninguna ley relativa a la administración interna de la colonia podrá promulgarse a menos que contenga la siguiente fórmula:

La Asamblea Central de Saint-Domingue, a propuesta del gobernador dicta la siguiente ley:

Artículo 21. Ninguna ley será obligatoria para el ciudadano hasta el día en que sea promulgada en la capital de cada departamento.

La promulgación de la ley se lleva a cabo como sigue: en nombre de la colonia francesa de Saint-Domingue, el gobernador ordena que la siguiente ley sea sellada, promulgada y ejecutada en toda la colonia.

Artículo 22. La Asamblea Central de Saint-Domingue se compone de dos diputados por departamento, los cuales, para ser elegibles, deberán al menos contar con treinta años de edad y haber residido cinco años en la colonia.

Artículo 23. Cada dos años se renueva la mitad de la Asamblea; nadie puede ser miembro durante seis años consecutivos. La elección se lleva a cabo como sigue: las administraciones municipales nombran, cada dos años, el 10 de Ventoso [1 de marzo], cada una un diputado, los cuales se reúnen, diez días después, en las capitales de sus departamentos respectivos, donde forman otras tantas asambleas electorales departamentales, cada una de las cuales nombra un representante para la Asamblea Central.

La próxima elección tendrá lugar el 10 de Ventoso del undécimo año de la República Francesa [1 de marzo de 1803]. En caso de fallecimiento, dimisión u otra vacante de uno o varios miembros de la Asamblea, el gobernador provee a su sustitución.

Este designa igualmente a los miembros de la actual Asamblea Central, que, en la época de la primera renovación, deberán seguir siendo miembros de la Asamblea durante otros dos años.

Artículo 24. La Asamblea Central vota la adopción o el rechazo de las leyes que el gobernador le propone; su voto se expresa sobre los reglamentos hechos, y sobre la aplicación de las leyes ya hechas, sobre los abusos que se deban corregir, sobre las mejoras que se hayan de emprender, en todas las partes del servicio de la colonia.

Artículo 25. El periodo de sesiones comienza cada año el 1 de Germinal [22 de marzo] y no puede exceder los tres meses de duración. El gobernador puede convocarlo extraordinariamente; las sesiones no serán públicas.

Artículo 26. Sobre los estados de los ingresos y los gastos que el gobernador presenta a la Asamblea, la Asamblea Central determina, si ha lugar, el establecimiento de tarifas, cuotas, la duración y el modo de la recaudación de impuestos, su aumento o disminución; estas condiciones se imprimirán sumariamente.

título viii

del gobierno

Artículo 27. La dirección administrativa del gobierno se confía a un gobernador que responde directamente al gobierno de la metrópoli sobre todo lo relativo a los intereses de la colonia.

Artículo 28. La Constitución nombra gobernador al ciudadano Toussaint-L'Ouverture, general en jefe del ejército de Saint-Domingue, y en consideración a los importantes servicios prestados por este general a la colonia, en las circunstancias más críticas de la revolución, y por deseo de los agradecidos habitantes, se le confía su dirección por el resto de su gloriosa vida[9].

Artículo 29. En el futuro, cada gobernador será nombrado por cinco años, y podrá continuar cada cinco años en razón de su buena administración.

Artículo 30. Para afianzar la tranquilidad que la colonia debe a la firmeza, a la actividad, al celo infatigable y a las raras virtudes del general Toussaint L'Ouverture, y como signo de la confianza ilimitada de los habitantes de Saint-Domingue, la Constitución atribuye exclusivamente a este general el derecho a designar al ciudadano que, en la desdichada circunstancia del fallecimiento del general, deberá reemplazarlo inmediatamente. Esta elección será secreta; quedará consignada en un sobre sellado que sólo podrá abrir la Asamblea Central, en presencia de todos los generales en activo y de los comandantes en jefe de los departamentos del ejército de Saint-Domingue.

El gobernador Toussaint-L'Ouverture tomará todas las medidas precautorias necesarias para hacer conocer a la Asamblea Central el lugar de depósito de este importante sobre.

Artículo 31. El ciudadano escogido por el general Toussaint L'Ouverture para tomar las riendas del gobierno a su muerte prestará ante la Asamblea Central juramento de ejecutar la Constitución de Saint-Domingue y de seguir ligado al gobierno francés, y asumirá inmediatamente sus funciones; todo en presencia de los generales del ejército en activo y de los comandantes en jefe de los departamentos, todos los cuales, individualmente y sin dilación, jurarán obediencia a las órdenes del nuevo gobernador de Saint-Domingue.

Artículo 32. Al menos un mes antes de la expiración de los cinco años establecidos para la administración de cada gobernador, el que esté en funciones convocará a la Asamblea Central y la reunión de los generales en activo del ejército y de los comandantes en jefe de los departamentos, en el lugar ordinario

de las sesiones de la Asamblea Central, al efecto de nombrar, de consuno con los miembros de esta Asamblea, al nuevo gobernador o de que continúe el que esté en funciones.

Artículo 33. El incumplimiento de la convocatoria [de la Asamblea Central] por parte del gobernador en funciones es una infracción manifiesta de la Constitución. En tal circunstancia, el general de mayor grado o más antiguo en caso de igualdad de grado que se encuentre en activo en la colonia toma por derecho y provisionalmente las riendas del gobierno. Este general convoca inmediatamente a los demás generales en activo, a los comandantes en jefe de los departamentos y a los miembros de la Asamblea Central, todos los cuales vienen obligados a obedecer a la convocatoria, a fin de proceder de consuno al nombramiento de un nuevo gobernador.

En caso de fallecimiento, dimisión u otra vacante de un gobernador antes de la expiración de su mandato, el puesto de gobernador pasa a ocuparlo, de nuevo provisionalmente, el general de mayor grado o el general más antiguo de igual grado, el cual convocará, para los mismos fines mencionados, a los miembros de la Asamblea Central, a los generales en activo y a los comandantes en jefe de los departamentos.

Artículo 34. El gobernador sella y promulga las leyes; nombra todos los empleos civiles y militares. Es el comandante en jefe de las fuerzas armadas y se encarga de su organización; las naves del Estado atracadas en los puertos de la colonia reciben sus órdenes.

Determina las divisiones del territorio más beneficiosas para las relaciones internas. Vela y provee, según las leyes, a la seguridad interna y externa de la colonia y, dado que el estado de guerra es un estado de abandono, de malestar y de nulidad para la colonia, en esas circunstancias el gobernador se encarga de tomar las medidas que considera necesarias para asegurar la subsistencia de la colonia y su aprovisionamiento de bienes de toda clase.

Artículo 35. Ejerce la vigilancia general de los habitantes y de las fábricas, y hace cumplir sus obligaciones a los propietarios, los granjeros y sus representantes para con los cultivadores y obreros, y los deberes de los cultivadores hacia los propietarios, los granjeros y sus representantes.

Artículo 36. Propone leyes a la Asamblea Central, así como los cambios de la

Constitución que la experiencia demuestre necesarios.

Artículo 37. Dirige y supervisa la recaudación, los pagos y el uso de las finanzas de la colonia, y da, a tal efecto, todas y cualesquiera órdenes.

Artículo 38. Presenta, cada dos años, a la Asamblea Central los ingresos y desembolsos de cada departamento, año por año.

Artículo 39. Supervisa y censura, a través de sus comisarios, todo escrito destinado a la imprenta en la isla; hace suprimir todos los procedentes del extranjero que tiendan a corromper las costumbres o a perturbar de nuevo a la colonia; y hace castigar a los autores o vendedores según la gravedad de los casos.

Artículo 40. Si el gobernador es informado de que se trama alguna conspiración contra la tranquilidad de la colonia, hace inmediatamente arrestar a los presuntos autores, instigadores o cómplices; tras haberlos sometido a un interrogatorio extrajudicial, los hace comparecer, si ha lugar, ante un tribunal competente.

Artículo 41. El salario del gobernador se fija, en la actualidad, en trescientos mil francos. Los gastos de su guardia de honor corren por cuenta de la colonia.

título ix

de los tribunales

Artículo 42. Los ciudadanos tienen un derecho inalienable a ser juzgados por jueces [arbitres] si así lo desean.

Artículo 43. Ninguna autoridad puede suspender ni impedir la ejecución de las sentencias dictadas por los tribunales.

Artículo 44. La justicia la administran en la colonia tribunales de primera instancia y tribunales de apelación. La ley determina la organización de los unos y de los otros, su número, su competencia y el territorio de jurisdicción de cada uno.

Estos grados, según su grado de jurisdicción, conocen de todos los asuntos civiles y criminales.

Artículo 45. Existe para la colonia un tribunal de casación que se pronuncia sobre las demandas en casación contra las sentencias dictadas por los tribunales de apelación, y sobre las quejas contra un tribunal entero. Este tribunal no conoce del fondo de los asuntos, sino que casa las sentencias dictadas con procedimientos en los que las formas han sido violadas, o que contienen alguna contravención expresa de la ley, y remite el fondo del proceso al tribunal que debe conocer de él.

Artículo 46. Los jueces de los diversos tribunales mantienen su posición de por vida, a menos que sean condenados por prevaricación. Los comisarios del gobierno pueden ser revocados.

Artículo 47. Los delitos de los militares se someten a tribunales especiales y a formas especiales de enjuiciamiento.

Estos tribunales especiales conocen también de cualesquiera robos y secuestros, de la violación del domicilio, de los homicidios, asesinatos, de los incendios, de la violación, de las conspiraciones y revueltas.

Su organización corresponde al gobernador de la colonia.

título x

de las administraciones municipales

Artículo 48. En cada parroquia de la colonia hay una administración municipal, en la cual tiene sede un tribunal de primera instancia; la administración municipal la componen un alcalde y cuatro administradores.

El comisario del gobierno ante el tribunal desempeña gratuitamente las funciones de comisario ante la administración municipal.

En las demás parroquias, las administraciones municipales las componen un

alcalde y dos administradores, y las funciones de comisario ante ellas las desempeñan gratuitamente los comisarios suplentes del comisario ante el tribunal ante el tribunal del que dependan estas parroquias.

Artículo 49. Los miembros de las administraciones municipales se nombran por dos años; siempre pueden ser renovados. Su nombramiento recae en el gobernador, el cual, de una lista de al menos dieciséis individuos presentada por cada administración municipal, escoge a las personas más apropiadas para gestionar los asuntos de cada parroquia.

Artículo 50. Las funciones de los administradores municipales consisten en el ejercicio de la simple vigilancia de las ciudades y pueblos, en la administración del dinero procedente de los ingresos de las fábricas y de las imposiciones adicionales de las parroquias.

Además, se encargan especialmente del mantenimiento de los registros de nacimientos, matrimonios y defunciones.

Artículo 51. Los alcaldes ejercen funciones particulares que la ley determina.

título xi

de las fuerzas armadas

Artículo 52. Las fuerzas armadas son esencialmente obedientes, nunca pueden deliberar; están a disposición del gobernador, el cual no puede movilizarlas más que para mantener el orden, la protección debida a todos los ciudadanos y la defensa de la colonia.

Artículo 53. Se dividen en la guardia colonial asalariada y la guardia colonial no asalariada.

Artículo 54. La guardia colonial no asalariada no sale de los límites de su parroquia a menos que se trate de un caso de peligro inminente, y por orden y bajo la responsabilidad del mando militar local.

Fuera de su parroquia recibe un sueldo, y se somete, en este caso, a la disciplina militar, y en todo lo demás no está sujeta más que a la ley.

Artículo 55. La fuerza policial de la colonia forma parte de las fuerzas armadas; se divide en una fuerza a caballo y una fuerza a pie. La fuerza a caballo se instituye para la vigilancia del campo; tiene a su cargo el tesoro de la colonia.

La fuerza a pie se instituye para la vigilancia de ciudades y pueblos; está a cargo de las ciudades y pueblos a los que presta servicio.

Artículo 56. El ejército se recluta a propuesta del gobernador a la Asamblea Central, según el modo establecido por la ley.

título xii

de las finanzas, de las haciendas secuestradas y vacantes

Artículo 57. Las finanzas de la colonia se componen de: (1) de los derechos de importación, de pesaje y de aforo; (2) de los derechos sobre el valor catastral de las casas en ciudades y pueblos, y de los de los bienes manufacturados distintos de los agrícolas, y de los de las salinas; (3) de los ingresos de los transbordadores y los servicios postales; (4) de las multas, confiscaciones y pecios; (5) del derecho de rescate de barcos naufragados; (6) de los ingresos de los dominios coloniales.

Artículo 58. El producto de la venta de propiedades secuestradas de dueños ausentes y no representados pasa a formar provisionalmente parte de los ingresos públicos de la colonia y se aplica a los gastos de la administración.

Las circunstancias determinarán las leyes que haya que dictar en relación con la deuda pública pendiente y con el cultivo de propiedades secuestradas de las que la administración se haya incautado antes de la promulgación de la presente Constitución, y en cuanto a las incautadas en un tiempo posterior serán exigibles y devueltas en el año siguiente al levantamiento del secuestro del bien.

Artículo 59. Los fondos originados por las ventas de haciendas personales y de

la venta de herencias vacantes en la colonia bajo gobierno francés desde 1789 se colocarán en una caja particular. No estarán disponibles, lo mismo que los inmuebles reunidos en los dominios coloniales, hasta dos años después del anuncio de la paz en la isla entre Francia y las potencias marítimas; bien entendido que esta demora no se refiere más que a las sucesiones cuya demora de cinco años establecida por el edicto de 1781 hubiera expirado; y en cuanto a las iniciadas en épocas próximas a la paz, no podrán estar disponibles ni reunirse más que a la expiración de los siete años.

Artículo 60. Los sucesores extranjeros de padres franceses o padres extranjeros en Francia los sucederán también en Saint-Domingue; podrán contratar, adquirir y recibir bienes situados en la colonia, y disponer de ellos lo mismo que los franceses por todos los medios autorizados por las leyes.

Artículo 61. Las leyes determinarán el modo de percepción y administración de las finanzas de los bienes patrimoniales confiscados y vacantes.

Artículo 62. Una comisión temporal de contabilidad regula y verifica las cuentas de los ingresos y gastos de la colonia; esta comisión la componen tres miembros, escogidos y nombrados por el gobernador.

título xiii

disposiciones generales

Artículo 63. La casa de todas las personas es un asilo inviolable. De noche, nadie tiene derecho a entrar en ella salvo en caso de incendio, de inundación o de petición desde el interior. De día, se puede entrar con un propósito especial determinado o por una ley o por una orden emanada de una autoridad pública.

Artículo 64. Para que el acto que ordena el arresto de una persona pueda ejecutarse es menester que

(1) exprese formalmente el motivo del arresto y la ley en virtud de la cual se

ordena este;

(2) sea dictado por un funcionario al que la ley reconozca formalmente el poder para hacerlo;

(3) se presente a la persona en forma de una copia de la orden.

Artículo 65. Quienquiera que, sin la autoridad de la ley para llevar a cabo un arresto, ordene, firme, ejecute o haga ejecutar el arresto de una persona será culpable del delito de detención arbitraria.

Artículo 66. Toda persona tiene derecho a dirigir peticiones individuales a todas las autoridades constitucionales y especialmente al gobernador.

Artículo 67. En la colonia no pueden formarse ni corporaciones ni asociaciones contrarias al orden público.

Ninguna asamblea de ciudadanos puede calificarse de sociedad popular. Toda reunión sediciosa debe disolverse de inmediato, primero por medio de una orden verbal y, si es necesario, recurriendo a la fuerza armada.

Artículo 68. Toda persona tiene la facultad de formar establecimientos particulares de educación y de instrucción para la juventud bajo la autorización y la supervisión de las administraciones municipales.

Artículo 69. La ley supervisa en particular las profesiones que afectan a las costumbres públicas, la seguridad, la salud y la riqueza de los ciudadanos.

Artículo 70. La ley provee a la recompensa de los inventores de máquinas rurales, o al mantenimiento de la propiedad exclusiva de sus descubrimientos.

Artículo 71. Hay en toda la colonia uniformidad de pesos y medidas.

Artículo 72. En nombre de la colonia, el gobernador concederá recompensas a los soldados que hayan prestado servicios excepcionales combatiendo por la defensa común.

Artículo 73. Los propietarios ausentes, por cualquier causa que sea, conservan

todos sus derechos sobre sus bienes situados en la colonia; les bastará, para obtener un levantamiento de la confiscación que se les haya impuesto, volver a presentar sus títulos de propiedad y, a falta de los títulos, actos suplementarios cuya fórmula la ley determina. Se exceptúan, sin embargo, de esta disposición los que hubieran estado inscritos y mantenidos en la lista general de los emigrados de Francia; sus bienes, en ese caso, continuarán siendo administrados como dominios coloniales hasta su exclusión.

Artículo 74. La colonia proclama, como garantía de la ley pública, que todos los contratos de los bienes arrendados legalmente por la administración tendrán su pleno efecto, a no ser que los adjudicatarios prefieran llegar a acuerdos con los propietarios o sus representantes que hubieran obtenido la devolución de sus bienes confiscados.

Artículo 75. Proclama que el cultivo de las tierras, todas las producciones, todo medio de trabajo y todo orden social se basan en el respeto de las personas y de las propiedades.

Artículo 76. Proclama que todo ciudadano debe servicios al suelo que lo alimenta o que le ha visto nacer, para el mantenimiento de la libertad, de la igualdad y de la propiedad, todas las veces que la ley lo llame a defenderlas.

Artículo 77. El general en jefe Toussaint L'Ouverture es y permanece encargado de enviar la presente Constitución a la sanción del gobierno francés; sin embargo, en vista de la ausencia de leyes, la urgencia de salir de este estado de peligro, la necesidad de restablecer pronto los cultivos y el deseo unánime pronunciado por los habitantes de Saint-Domingue, el general en jefe es y permanece invitado a, en nombre del bien público, hacer que se ponga en ejecución en toda la extensión del territorio de la colonia.

Hecho en Port Républicain, el 19 de Floreal del año IX [10 de mayo de 1801] de la República Francesa, una e indivisible.

Firmado:

Borgella, Presidente,

Raymond Collet Gaston Nogérée,

Lacour,

Toxas,

Munos,

Mancebo,

E. Viert, Secretario.

Tras haber tomado conocimiento de la Constitución, le doy mi aprobación. La invitación de la Asamblea Central es una orden para mí; en consecuencia, la pasaré al gobierno francés a fin de obtener su sanción; en cuanto a su ejecución en la colonia, el deseo expresado por la Asamblea Central será igualmente cumplido y ejecutado.

Dado en Cap Français, el 14 de Mesidor del año IX [3 de julio de 1801] de la República Francesa, una e indivisible.

El General en Jefe.

Firmado: Toussaint L'Ouverture

[1] Esta Constitución, de gran importancia en la historia universal, ostenta por consiguiente el dudoso honor de haber inaugurado las diversas tomas totalitarias del poder y monopolizaciones de la violencia de las que se vería plagado el mundo de la descolonización un siglo y medio más tarde, desde Duvalier a Mobutu. Para un análisis más detallado en este complejo documento, véase C. Moïse, *Le projet nationale de Toussaint Louverture et la constitution de 1801*, Port-au-Prince, Mémoire, 2001; L. Dubois, *Avengers of the New World*, Cambridge, Harvard University Press, 2004, pp. 242-246; S. Fischer, *Modernity Disavowed: Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution*, Durham, Duke University Press, 2004; M. Smartt Bell, *Toussaint Louverture: A Biography*, Nueva York, Pantheon, 2007, pp. 205-215; N. Nesbitt, *Universal*

Emancipation: The Haitian Revolution and the Radical Enlightenment, Charlottesville, University of Virginia Press, 2008; F. Gauthier, *Triomphe et mort du droit naturel en Révolution: 1789-1795-1902*, París, PUF, 1992.

[2] La formulación es radicalmente innovadora por el alcance universal de su afirmación. La libertad de los esclavos constituye el fundamento primordial, ontológico, de la sociedad aquí proyectada; todas las subsiguientes matizaciones y negaciones de la libertad que el documento pasará a anunciar deberían por consiguiente leerse en su contradicción con esta premisa fundacional.

[3] Esta afirmación de una meritocracia pura constituye una innovación fundamental del republicanismo francés pos-1789.

[4] La absoluta igualdad de todos ante la ley es uno de los imperativos primordiales e invariables de la política igualitaria de Toussaint. En su abstracción, por supuesto, esta fidelidad no dice nada sobre si las leyes particulares a las que todos han de estar igualmente sujetos son realmente justas y emancipadoras.

[5] Esta intolerancia del pluralismo religioso contrasta agudamente con los valores de la Ilustración de pensadores como Spinoza y Locke. Con esta y subsiguientes cláusulas sobre el matrimonio, la moralidad y la familia, L'Ouverture abandonó definitivamente los valores de la Ilustración radical por las que se regía su política emancipatoria, antiesclavista, en favor del regresivo conservadurismo antiilustrado de la Iglesia católica y la nación-Estado autoritaria. Véase J. Israel, *Radical Enlightenment: Philosophy and the Making of Modernity, 1650-1750*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

[6] Esta decimotercera cláusula está limitada por el carácter incondicional del artículo 3.

[7] El esencialismo de esta formulación trata de excluir cualquier posible debate sobre la naturaleza de la libertad en Saint-Domingue. Cualquier visión alternativa de la libertad (por ejemplo, la libertad de reapropiarse del trabajo excedente de uno como trabajo en tiempo libre) será silenciado y expulsado al territorio interior de los moun endeyo [los excluidos] por la violencia del autoritario aparato estatal de l'Ouverture. Véase G. Barthélemy, *L'Univers rural Haitien: Le pays en dehors*, París, Harmattan, 1990.

[8] El papel del gobierno metropolitano francés no es ni siquiera mencionado en

esta definición del proceso legislativo; la Constitución no prevé más que una relación electiva de consulta, una propuesta rayana en la independencia de facto. Como Toussaint sabía bien, esto, combinado con la inmediata promulgación del documento, garantizaba virtualmente que provocaría la invasión de la isla por parte de Napoleón. La Constitución, sin embargo, inventa aquí, como Aimé Césaire observó, el concepto de Estado asociado.

[9] Aunque tal estipulación no era infrecuente en la época, esta escandalosa cláusula inaugura la deplorable tradición autoritaria del gobernante poscolonial de por vida.

Carta de Napoleón a Toussaint

18 de noviembre de 1801

Esta carta se la presentaron a Toussaint, en su plantación de Ennery, el 8 de febrero de 1802, sus dos hijos, vueltos de sus estudios en Francia, y su tutor Coisson. La carta era muy improbable que tuviera éxito, pues nombraba a Leclerc oficial superior a Toussaint. De hecho, virtualmente todas las palabras que contenía eran falsas o sumamente ambiguas; Leclerc tenía órdenes expresas de Napoleón de capturar y deportar a Toussaint y todos los oficiales negros con él, y reinstaurar la esclavitud a la mayor brevedad posible.

Ciudadano General:

La paz con Inglaterra y con todas las potencias europeas, que ha elevado a la República al más alto grado de poder y grandeza, permite ahora al gobierno ocuparse de la colonia de Saint-Domingue. Enviamos allí al ciudadano Leclerc, nuestro cuñado, en su calidad de general para servir como primer magistrado de la colonia. Lo acompaña una fuerza considerable a fin de asegurar el respeto a la soberanía del pueblo francés.

Es en estas circunstancias que esperamos que probéis a nos, y a toda Francia, la sinceridad de los sentimientos que con regularidad habéis expresado en las cartas que nos habéis escrito.

Os estimamos y nos complacemos en reconocer y proclamar los grandes servicios que habéis prestado al pueblo francés. Si su estandarte ondea en Saint-Domingo, es a vosotros y a los valientes negros a los que se debe.

Llamado por vuestros talentos y por la fuerza de las circunstancias a la posición de mando supremo, habéis liquidado la guerra civil, puesto freno a la persecución de diversos hombres feroces y devuelto a su lugar de honor el culto de Dios, del que todo emana.

La Constitución que habéis hecho, aunque incluye muchas cosas buenas, contiene algunas que son contrarias a la dignidad y la soberanía del pueblo francés, del cual Saint-Domingue no forma más que una porción.

Las circunstancias en que os habéis encontrado, cercado por todos lados de enemigos sin que la metrópoli pudiera ni socorreros ni reabasteceros, han hecho legítimos artículos de esa Constitución que de otro modo no lo serían. Pero hoy en día, cuando las circunstancias han cambiado a mejor, deberíais ser el primero en rendir homenaje a la soberanía de la nación que os cuenta entre sus ciudadanos más ilustres gracias a los servicios que le habéis prestado, y por los talentos y la fuerza de carácter con que la naturaleza os ha agraciado. Una conducta contraria sería irreconciliable con la idea que hemos concebido sobre vos. Habríais perdido los muchos derechos al reconocimiento y los beneficios de la república, y cavaríais bajo vuestros pies un precipicio que, al engulliros a vosotros, podría contribuir a la desdicha de esos valientes negros cuyo coraje amamos y cuya rebelión nos veríamos, con dificultad, obligados a castigar.

Hemos hecho conocer a vuestros hijos y a su tutor los sentimientos que nos animan. Os los devolvemos.

Ayudad al general con vuestros consejos, vuestra influencia y vuestros talentos. ¿Qué podríais desear? ¿Libertad para los negros? Sabéis que en todos los países en los que hemos estado se la hemos dado a personas que no la tenían. ¿Consideración, honores, riquezas? Tras los servicios que nos habéis prestado, que aún podéis prestarnos, y los particulares sentimientos que tenemos por vos, ¿podéis estar inseguro sobre vuestra fortuna y los honores que os esperan?

Y, general, pensad que si sois el primero de vuestro color en haber alcanzado tan gran poder, y en haberse distinguido por su valentía y talentos militares, ante Dios y nosotros mismos sois el principal responsable de la conducta del pueblo de Saint-Domingue.

Si hay malvados que dicen a los individuos de Saint-Domingue que llegamos para investigar lo que hicieron durante la época de la anarquía, aseguradles que

sólo nos estamos informado de su conducta en aquellas circunstancias, y que sólo estamos investigando el pasado a fin de informarnos de los rasgos que les distinguieron en la guerra que llevaron a cabo contra los ingleses y los españoles, que eran nuestros enemigos.

Contad sin reserva con nuestra estima, y conducíos como debe hacerlo uno de los principales ciudadanos de la nación más grande del mundo.

El Primer Cónsul, Bonaparte

Proclamación

25 de noviembre de 1801

Este documento atestigua el «delirio» dictatorial (Dubois) que asaltó a L'Ouverture como respuesta a la serie de rebeliones de octubre de 1801 que culminaron con la decisión de Toussaint de ejecutar a su sobrino adoptivo Moyse, del que se creía que había liderado los levantamientos. Su demanda de tarjetas de identidad y un régimen punitivo de trabajo en cuadrillas encadenadas son la culminación de la militarización forzosa de la agricultura que intentó poner en práctica desde 1796 hasta 1802. Fundamentalmente, la proclamación demuestra la trágica incapacidad de L'Ouverture para percibir la incompatibilidad fundamental entre el modelo social totalitario y la llamada sin reservas a la libertad general que continuó defendiendo hasta su muerte.

Cap Français, 4 de Frimario del año X

Desde la revolución, he hecho todo cuanto de mí dependía para devolver la felicidad a mi país y asegurar la libertad para mis conciudadanos. Forzado a combatir enemigos internos y externos de la República Francesa, hice la guerra con coraje, honor y lealtad. Nunca me he apartado de las reglas de la justicia con mis enemigos; en la medida de mi poder, traté de paliar los horrores de la guerra, ahorrar la sangre de hombres... Con frecuencia, tras la victoria recibí como hermanos a aquellos que el día antes se hallaban bajo banderas enemigas. Pasando por alto los errores y faltas quería hacer que incluso sus más ardientes enemigos abrazaran la legítima y sagrada causa de la libertad.

Constantemente recordé a mis hermanos en las armas, generales y oficiales, que

los grados a los que habían sido ascendidos no eran sino la recompensa del honor, la valentía y la conducta irreprochable. Que cuanto más por encima de sus conciudadanos se hallaran, más irreprochables debían ser todas sus acciones y palabras; que el escándalo causado por hombres públicos tenía consecuencias aún más nefastas para la sociedad que los de los simples ciudadanos; que los grados y funciones que ostentaban no se les habían dado para servir sólo a su ambición, sino que tenían por causa y meta el bien general [...].

Los oficiales deben dar un buen ejemplo a sus soldados. Todo capitán debería tener la noble meta de que su compañía fuera la más disciplinada, la de atuendo más limpio, la mejor entrenada. Debería pensar que los fallos de sus soldados se reflejan sobre él y creerse rebajado por las faltas de aquellos a los que manda [...].

Habiendo siempre considerado la religión como la base de todas las virtudes y el fundamento de la felicidad de las sociedades, en una de mis proclamas, en la época de la guerra en el sur, planteé las obligaciones de los padres y las madres, su obligación de criar a sus hijos en el amor y el temor de Dios.

No obstante, con qué negligencia crían padres y madres a sus hijos, especialmente en las ciudades. Los dejan en un estado de holgazanería y en la ignorancia de sus principales obligaciones. Parecen inspirar en los hijos el desprecio por la agricultura, la primera, la más honorable y la más útil de todas las ocupaciones.

Apenas nacidos, vemos a estos mismos niños con joyas y pendientes, cubiertos de harapos, con ropas mugrientas, ofendiendo los ojos de la decencia con su desnudez. Así llegan a la edad de doce años sin principios morales, sin una destreza, y con un gusto por el lujo y la ociosidad como su única educación. Y puesto que las malas impresiones son difíciles de corregir, no cabe desde luego duda alguna de que serán malos ciudadanos, vagabundos, ladrones. Y si son hembras, entonces son prostitutas sin excepción dispuestas a seguir las insinuaciones del primer conspirador que les predique el asesinato y el pillaje. Es a tan viles madres y padres, a estudiantes tan peligrosos, a los que los magistrados del pueblo deben vigilar continuamente.

Los mismos reproches se aplican igualmente a los cultivadores en las plantaciones. Desde la revolución, hombres perversos les han dicho que la libertad es el derecho a permanecer ocioso y a seguir solamente sus caprichos.

Tal doctrina no podrían dejar de aceptarla hombres malvados, ladrones y asesinos. Es hora de arremeter contra los hombres empedernidos que persisten en tales ideas.

En cuanto un niño puede andar, debería emplearse en la plantación según su fuerza en algún trabajo útil, en lugar de ser enviado a las ciudades, donde, so pretexto de una educación que no recibe, aprende el vicio, sumarse a la horda de los vagabundos y las mujeres de mala reputación, a perturbar con su existencia el sosiego de los buenos ciudadanos y a acabar en la ignominia. Los mandos militares y los magistrados deben ser inexorables con esta clase de hombres. A pesar de esto, debe obligárseles a ser útiles a la sociedad para la que, sin la más severa vigilancia, serán una plaga.

Desde la revolución, es evidente que la guerra ha hecho perecer a muchos más hombres que mujeres. Además, muchas más de estas, cuya existencia se basa en el libertinaje, pueden encontrarse en las ciudades. Por entero dedicadas a la preocupación por su atavío, un resultado de su prostitución, no quieren hacer absolutamente nada que sea útil. Son ellas las que dan cobijo a los hombres malvados, que viven de sus delitos. Honraría en grado sumo a los magistrados, generales y mandos no dejar ni una sola en las ciudades. La más mínima negligencia en este respecto los haría merecedores de falta pública de estima [...].

En cuanto a los domésticos, cada ciudadano sólo debería tener tantos como sean necesarios para los servicios indispensables. Las personas en cuyos hogares residen deberían ser los primeros supervisores de su conducta y no deberían tolerar nada en su conducta contrario a la buena moralidad, la sumisión y el orden. Si son ladrones, deberían ser denunciados a los mandos militares para que estos pudieran castigarlos conforme a la ley. Y puesto que bajo el nuevo régimen todo trabajo merece un salario, todo salario demanda trabajo. Tal es la voluntad firme e invariable del gobierno.

Un asunto digno de atención es la vigilancia de los extranjeros que llegan a la colonia. Algunos de ellos, sabiendo de los cambios que han tenido lugar únicamente a través de las informaciones de los enemigos del nuevo estado de cosas, hacen declaraciones que son tanto más peligrosas por cuanto son ávidamente escuchadas por aquellos que, basando sus esperanzas en los problemas, no piden sino pretextos. Tal desviación debe ser severamente castigada. La despreocupación de los funcionarios públicos en este respecto

minará la confianza de la que tienen necesidad y causará que se les considere, y con justicia, ¡cómplices de los enemigos de la libertad!

La más sagrada de todas las instituciones entre hombres que viven en sociedad, aquella de la que emana el bien más grande, es el matrimonio. [...] De manera que un gobierno prudente debe ocuparse siempre de envolver a las parejas felices de honor, respeto y veneración. No debería descansar hasta haber extirpado la inmoralidad hasta la última raíz. Los mandos militares, y especialmente los funcionarios públicos, no tienen excusa cuando se entregan públicamente al escándalo del vicio. Quienes, teniendo esposas legítimas, permiten las concubinas en sus casas, o quienes, no estando casados, viven públicamente con varias mujeres, no son dignos de mandar: sean destituidos.

La ociosidad es la fuente de todos los desórdenes, y si se la tolera en la medida que sea, tendré por responsables a los mandos militares, convencido de que quienes toleran la ociosidad y a los vagabundos son enemigos secretos del gobierno.

Conforme a sus capacidades, nadie ha de estar bajo ningún pretexto exento de alguna tarea. Las madres y padres criollos que tienen hijos y propiedades deberían ir allí a vivir y trabajar, a hacer que sus hijos trabajen o a supervisar el trabajo de estos; y en los momentos de descanso deberían, bien ellos mismos o mediante instructores, enseñarles los preceptos de nuestra religión.

Es por estos medios como se formarán ciudadanos útiles y respetables, y distanciaremos para siempre de esta colonia los horribles acontecimientos cuyo recuerdo nunca se borrará de nuestras mentes.

En consecuencia, decreto lo siguiente:

Todo mando que durante la reciente conspiración [la rebelión de octubre, brutalmente reprimida por Dessaline y Christophe siguiendo órdenes de L'Ouverture] tuviera conocimiento de los disturbios que iban a estallar o que tolerara el pillaje y el asesinato o que, siéndole posible impedir o bloquear la revuelta, permitiera la violación de la ley que declara que «la vida, la propiedad y el asilo de todo ciudadano son sagrados e inviolables», será llevado ante un tribunal especial y castigado conforme a la ley del 10 de agosto de 1801. Todo mando militar que, por falta de previsión o negligencia, no haya detenido los desórdenes que se han cometido será destituido y castigado con un año de

prisión. En consecuencia de lo cual, se llevará a cabo una investigación rigurosa, según la cual el gobierno se pronunciará acerca de su destino.

Todos los generales y mandos de arrondissements y cuarteles que en el futuro se muestren negligentes en la toma de todas las medidas necesarias para impedir o bloquear la sedición serán llevados ante un tribunal especial y castigados conforme a la ley del 10 de agosto de 1801.

En caso de disturbios, o ante indicios de su inminencia, la Guardia Nacional de un cuartel o arrondissement se pondrá a las órdenes de los mandos militares al mero requerimiento de estos. Todo mando militar que no haya tomado las medidas necesarias para impedir los disturbios en su cuartel o la extensión de los disturbios desde un cuartel vecino al que él manda, y todo militar, sea de reemplazo o de la Guardia Nacional, que se niegue a obedecer las órdenes legales será castigado con la muerte.

Todo individuo, hombre o mujer, cualquiera sea su color, que sea condenado por haber pronunciado afirmaciones serias tendentes a incitar a la sedición será llevado ante una corte marcial y castigado conforme a la ley.

Todo individuo criollo, hombre o mujer, condenado por hacer afirmaciones tendentes a alterar la tranquilidad pública pero que no sea merecedor de la muerte será enviado a los campos de trabajo con una cadena en un pie por seis meses.

Todo individuo extranjero hallado en el caso del artículo precedente será deportado de la colonia.

En todas las comunas de la colonia en que existan administraciones municipales, todos los ciudadanos varones y hembras que vivan en ella, cualquiera sea su calidad o condición, deben obtener una tarjeta de seguridad. Tal tarjeta contendrá el nombre, el apellido, el domicilio, el estado civil, la profesión y la calidad, la edad y el sexo de la persona que la porte. Deberá ser firmada por el alcalde y el superintendente de policía del barrio en que viva el individuo al que se le conceda. Se renovará cada seis meses y se pagará al precio de un gourdin por cada individuo, y las sumas que de esto resulten se destinarán a los gastos comunitarios.

Se ordena expresamente que los administradores municipales sólo entregarán tarjetas de seguridad a personas que tengan una profesión o un estado conocidos,

conducta irreprochable y medios seguros de existencia. Todos aquellos que no cumplan las condiciones rigurosamente necesarias para la obtención de una tarjeta de seguridad serán enviados a los campos si son criollos, o expulsados de la colonia si son extranjeros.

Dos semanas después de la publicación de la presente acta, toda persona hallada sin una tarjeta de seguridad será enviada a los campos si es criolla, y si es extranjera, deportada de la colonia sin ninguna forma de juicio a no ser que prefieran servir en las tropas del cordón.

Todo doméstico al que no se haya juzgado digno de obtener un certificado de buena conducta al abandonar una casa en la que haya servido deberá ser declarado incapaz de recibir una tarjeta de seguridad. Toda persona que, a fin de favorecerlo, le haya entregado una será castigada con un mes de prisión.

A partir de dos semanas tras la publicación de la presente acta, todos los capataces y conductores de las plantaciones han de enviar a los mandos de su barrio la lista exacta de todos los cultivadores en sus plantaciones de todas las edades y sexos, so pena de una semana de prisión. Todo capataz y conductor es el primer supervisor de su plantación. Se le declara personalmente responsable de cualquier clase de desorden que se cometa, y de la holgazanería y vagabundeo de sus cultivadores.

A partir de un mes tras la publicación de la presente acta, todos los mandos de los barrios han de enviar listas de los cultivadores de todas las plantaciones de su barrio a los mandos de los arrondissements so pena de destitución.

Los mandos de los arrondissements han de enviar listas de todas las plantaciones de sus arrondissements a los generales a cuyas órdenes sirvan, y estos al gobernador tan rápidamente como sea posible, so pena de desobediencia. Dichas listas, depositadas en los archivos del gobierno, servirán en el futuro como las bases inmutables para la asignación de cultivadores a las plantaciones.

Todo capataz o conductor de una plantación en la que un cultivador extranjero se haya refugiado lo denunciará al capitán o mando de la sección en el plazo de veinticuatro horas, so pena de una semana de prisión.

Todo capitán o mando de una sección que por negligencia permita a un cultivador extranjero en una plantación de su sección durante más de tres días será destituido.

Los cultivadores vagabundos arrestados de este modo serán presentados ante el mando del barrio, que los enviará a la gendarmería de su plantación. Serán puestos bajo vigilancia especial de los conductores y capataces, y se les privará de pasaportes para abandonar la plantación durante tres meses.

Se prohíbe a todo soldado trabajar en una plantación o para individuos privados en las ciudades. Quienes quieran trabajar y obtengan el permiso de sus oficiales se emplearán en trabajos por cuenta de la república y serán pagados conforme a su trabajo.

Se prohíbe a todo soldado ir a una plantación, a menos que sea para ver a su padre o madre y con un permiso limitado de su jefe. Si no regresa a su puesto a la hora fijada, será castigado conforme a las ordenanzas militares.

Toda persona condenada por haber perturbado o intentado perturbar a una pareja casada será denunciada a las autoridades civiles y militares, que darán cuenta al gobernador, el cual se pronunciará sobre su destino de conformidad con las necesidades del caso.

Mis regulaciones sobre el cultivo, dadas en Port Républicain el 20 de Vendimiario del año IX [1800], se ejecutarán exactamente tal como se formularon. Se encarece a todos los mandos militares su ejecución rigurosa y literal en todo lo que no sea contrario a la presente proclamación.

La presente proclamación será impresa, transcrita en los registros de los cuerpos administrativos y judiciales, leída, publicada y enviada por correo donde se necesite, y también insertada en el Bulletin Officiel de St-Domingue. Se enviará una copia a todos los ministros religiosos para que sea leída a todos los feligreses tras la misa.

A todos los generales, mandos militares y todas las autoridades civiles en todos los departamentos se les encarece asegurarse con mano firme de la plena y completa ejecución de todas estas disposiciones bajo su responsabilidad personal y so pena de desobediencia.

Análisis de Toussaint por Napoleón desde Santa Elena

Este fascinante texto deja claro que la tragedia de la Revolución haitiana estriba en parte en la incapacidad de estos dos líderes de superar sus propias hybris respectivas: mientras que Toussaint fue incapaz de contenerse de promulgar su Constitución a pesar de que era consciente de que ello probablemente conduciría a una guerra abierta con los franceses, Napoleón revela aquí que no consiguió seguir sus propios mejores instintos, y en el proceso acabó por perder virtualmente todas las posesiones francesas en las Américas.

La próspera situación en que la República se encontraba en 1801, tras la Paz de Lunéville, hacía ya previsible el momento en que Inglaterra se vería obligada a deponer las armas, y en que nos hallaríamos en condiciones de adoptar una política definitiva en Saint-Domingue. Dos opciones se presentaban a las meditaciones del primer cónsul: la primera, revestir al general Toussaint L'Ouverture de la autoridad civil y militar y del título de gobernador general; confiar el mando a los generales negros; consolidar y legalizar la disciplina de trabajo establecida por Toussaint, que ya había sido coronado por un feliz éxito; requerir a los usufructuarios negros [aquellos que estaban rigiendo las plantaciones de los colonos franceses que habían abandonado Saint-Domingue] el pago de un impuesto o una renta a los antiguos propietarios franceses, conservar para la metrópoli el derecho exclusivo a comerciar con toda la colonia haciendo que numerosas lanchas patrullen las costas. La otra política consistía en reconquistar la colonia por la fuerza de las armas, devolver a Francia a todos los negros que hubieran ocupado grados superiores al de jefe de batallón, desarmar a los negros al tiempo que se les asegurara su libertad civil y devolver la propiedad a los colonos [blancos]. Cada uno de estos proyectos tenía ventajas e inconvenientes. Las ventajas del primero eran palpables: la República tendría un ejército de entre 25.000 y 30.000 negros, suficiente para hacer temblar toda América; este sería un nuevo elemento de poder, y no costaría ningún sacrificio, ni en hombres ni en dinero. Los antiguos hacendados perderían sin duda tres

cuartos de su fortuna, pero el comercio francés no perdería nada allí, pues siempre disfrutaría de privilegios exclusivos de tráfico. El segundo proyecto era más ventajoso para los hacendados coloniales, [y] se ajustaba más a la justicia, pero requería de una guerra que provocaría la pérdida de muchos hombres y mucho dinero; las pretensiones en conflicto de los negros, los mulatos y los hacendados blancos siempre serían objeto de discordia y una molestia para la metrópoli; Saint-Domingue nunca dejaría de ser un volcán: de modo que el primer cónsul se inclinó por la primera estrategia, pues era la única que una política sana parecía recomendarle: la que reportaría más influencia para su bandera en América. ¿Qué no podría él emprender, con un ejército de 25.000 a 30.000 negros, en Jamaica, las Antillas, el Canadá, los Estados Unidos incluso, y las colonias españolas?

Carta a Dessalines

8 de febrero de 1802

Esta carta, escrita justo después de que las tropas francesas al mando de Leclerc atacaran en Le Cap el 4 de febrero, describe la estrategia de guerra de guerrillas que acabaría por llevar a la colonia a la independencia y a la victoria sobre el mayor ejército del mundo contemporáneo. Ya en esa temprana fecha, Henry Christophe había inaugurado esta política de tierra quemada al prender fuego a Le Cap. La libertad general era para los negros de Saint-Domingue – como para sus menos exitosos colegas Louis Delgrès y Joseph Ignace en Guadalupe– un principio innegociable. En nombre de la libertad general y el rechazo incondicional de la esclavitud, todo debe sacrificarse sin reservas.

Libertad. Igualdad.

El Gobernador General [Toussaint L'Ouverture] al General Dessalines,
Comandante en Jefe del Ejército del Oeste.

Cuartel General de Gonaïves, 8 de febrero de 1802

No hay razón alguna para la desesperación, ciudadano general, si vos podéis conseguir arrebatar a las tropas [francesas] que han atracado los recursos ofrecidos a ellas por Port Républican [Puerto Príncipe]. Empeñaos, con todos los

medios de la fuerza y la destreza, en incendiar esa plaza; está enteramente construida en madera; sólo tenéis que enviar allí a unos cuantos emisarios fieles. ¿No hay nadie a vuestras órdenes lo bastante leal para prestar este servicio? ¡Ah!, mi querido general, qué desgracia que hubiera un traidor en esa ciudad, y que vuestras órdenes y las mías no se pusieran en ejecución.

Aguardad al momento en que la guarnición esté débil como consecuencia de las expediciones a las llanuras, y entonces tratar de sorprender y tomar esa ciudad cayendo sobre ella por detrás.

No olvidéis, mientras esperáis a la estación de las lluvias que os libraré de nuestros enemigos, que no tenemos otro recurso que la destrucción y las llamas. Meteos en la cabeza que el suelo bañado con nuestro sudor no debe proveer a nuestros enemigos del más mínimo alimento. Obstruid los caminos con disparos; arrojad cadáveres y caballos a todas las fuentes; quemad y aniquilad todo, a fin de que quienes han venido a reducirnos a la esclavitud puedan tener ante sus ojos la imagen de todo el infierno que merecen.

Saludos y amistad,

Toussaint L'Ouverture

Carta a Napoleón desde el Héros

12 de julio de 1802

Esta carta a Napoleón fue escrita a continuación de la captura de Toussaint por las tropas de Leclerc. Diversas interpretaciones se han ofrecido de la incapacidad de Toussaint para prever esta traición, desde la hybris a la complacencia y la fatiga por hastío existencial, pasando por una premonición de que su autosacrificio galvanizaría a una comunidad fragmentada de negros y mulatos para derrotar a los invasores franceses (una interpretación articulada con suma elocuencia por Aimé Césaire). Fuera cuales fueran el estado y las motivaciones subjetivas de Toussaint, está claro que este último efecto fue el resultado objetivo de su arresto y deportación a Fort de Joux.

1 de Termidor del año X

El General Toussaint L'Ouverture al General Bonaparte, Primer Cónsul de la República Francesa.

Ciudadano Primer Cónsul:

No os ocultaré mis faltas. He cometido algunas. ¿Qué hombre esta exento de ellas? Estoy pronto a confesarlas. Tras la palabra de honor del capitán general [el general Leclerc], que representa al gobierno francés, tras una proclamación

dirigida a la colonia en la que prometía correr el velo del olvido sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en Saint-Domingue, yo, como vos el 18 de Brumario, me retiré al seno de mi familia. Apenas había pasado un mes cuando personas mal dispuestas, mediante intrigas, provocaron mi ruina ante el general en jefe llenándole la cabeza de desconfianza hacia mí. Recibí una carta suya en la que me ordenaba actuar en conjunción con el general Brunet. Obedecí. Acompañado por dos personas, fui a Gonaïves, donde fui arrestado. Me enviaron a bordo de la fragata Creole, no sé por qué razón, sin más ropa que la que llevaba puesta. Al día siguiente, mi casa se vio expuesta al pillaje; mi esposa y mis hijos fueron arrestados; no tenían nada, ni siquiera los medios para cubrirse a sí mismos.

Ciudadano primer cónsul: Una madre de cincuenta años de edad puede merecer la indulgencia y el favor de una nación generosa y liberal. Ella no tiene cuentas que rendir. Es a mí únicamente a quien debe responsabilizarse de mi conducta para con el gobierno al que he servido. Tengo una idea demasiado elevada de la grandeza y la justicia del primer magistrado del pueblo francés como para dudar ni por un momento de su imparcialidad. Me permito el sentimiento de que en sus manos la balanza no se inclinará hacia un lado más que hacia otro. Solicito su generosidad.

Saludos y respeto,

Toussaint L'Ouverture

Carta a Napoleón desde Fort de Joux

17 de septiembre de 1802

En el calabozo de Fort de Joux, el 30 de Fructuoso del año XI

General y Primer Cónsul:

El respeto y la sumisión que querría para siempre grabados en mi corazón [aquí algunas palabras son ilegibles]. Si he pecado en el cumplimiento de mi deber, ha sido en contra de mis intenciones; si me equivoqué al redactar la Constitución, fue debido a mis grandes deseos de hacer el bien; fue por haber puesto demasiado celo, demasiada autoestima, pensando que estaba complaciendo al gobierno al que servía; si las formalidades que debería haber observado fueron descuidadas, fue por falta de atención. He tenido la desgracia de incurrir en vuestra ira, pero en mi conciencia no encuentro tacha en cuanto a fidelidad y probidad, y me atrevo a afirmar que entre todos los servidores del Estado, no hay nadie más honesto que yo. Fui uno de vuestros soldados, y el primer servidor de la República en Saint-Domingue, pero ahora me veo en el infortunio, arruinado, deshonorado, víctima de mis propios servicios; que vuestra sensibilidad os ponga en mi lugar. Sois de sentimientos demasiado grandes y demasiado justo como para no pronunciar un juicio sobre mi destino. Encargo al general Cafarelli, vuestro edecán, que haga llegar a vuestras manos mi informe. Os ruego que lo toméis en vuestra mejor consideración. Su honor y su franqueza me han obligado a abrirle mi corazón.

Saludos y respeto,

Toussaint L'Ouverture

Memoria de Toussaint L'Ouverture

Este texto lo publicó por primera vez en París, el año 1853, el abogado haitiano en el exilio Joseph Saint-Remy. Toussaint redactó sus setenta y cinco páginas con la ayuda de un secretario francés en la celda de su cárcel en Fort de Joux, en las montañas del Jura, adonde había llegado el 23 de agosto de 1802. Bonaparte nunca respondió a las súplicas de L'Ouverture, y en el siguiente mes de abril este falleció como consecuencia de las duras condiciones de su encarcelamiento. El texto adopta la forma de una instrucción jurídica para un juicio militar que nunca se llevó a cabo. En él, el principal arquitecto de la Revolución haitiana sostiene que la devastación de la isla y la muerte de unas 20.000 tropas francesas fueron por entero debidas a las violaciones del protocolo militar por parte del general Leclerc. Aunque el documento es una versión de primera mano, debe ser leído críticamente, pues Toussaint trata de presentar su propia participación a la luz más favorable. Más aún, Toussaint era inconsciente, aunque muy probablemente sí lo sospechaba, de que su captor Leclerc había llegado a Saint-Domingue con órdenes explícitas de Napoleón de restablecer la esclavitud. Además, ordenó a Leclerc «arrestar [...] a todos los generales negros» y «no permitir a ningún negro con grado superior al de capitán permanecer en la isla»[1].

Es mi deber dar al gobierno francés una explicación exacta de mi conducta. Relataré los hechos con toda la sencillez y franqueza de un viejo soldado, añadiéndoles las reflexiones naturalmente sugeridas por ellas mismas. En resumen, contaré la verdad, aunque sea contraria a mí mismo.

La colonia de Saint-Domingue, de la que fui comandante, disfrutaba de la mayor tranquilidad; la agricultura y el comercio florecían allí. La isla había alcanzado un grado de esplendor que nunca antes había visto. Y todo esto –me atrevo a decir– fue obra mía.

No obstante, como estábamos en pie de guerra, la Comisión había publicado un decreto por el que me ordenaba tomar todas las medidas necesarias para evitar que los enemigos de la República penetraran en la isla. En consecuencia, ordené a todos los mandos de los puertos marítimos que no permitieran que ningún barco de guerra entrara en la rada, a menos que fueran conocidos y hubieran obtenido mi permiso. Si se trataba de una escuadra, no importa de qué nación, tenía absolutamente prohibido entrar en el puerto, o incluso en la rada, a menos que yo mismo supiera de dónde procedía y el puerto del que había zarpado.

La orden estaba en vigor cuando, el 26 de enero de 1802, una escuadra apareció delante de Cap Français [Cap Haïtien]. En aquella época yo había abandonado esta ciudad para visitar la parte española, Santo Domingo, con el propósito de inspeccionar la agricultura. Al partir de Maguâna, había enviado a uno de mis edecanes al general Dessalines, comandante en jefe de los departamentos del oeste y del sur, el cual estaba entonces en Saint-Marc, para ordenarle que se reuniera conmigo en Gonaïves o en Saint-Michel, para acompañarme en mi viaje.

En la época de la aparición de la escuadra, yo estaba en Santo Domingo, lugar desde el que partí, tres días después, para ir a Hinche. Tras pasar por Banique, al llegar a Papayes, me encontré con mi edecán Couppé y un oficial enviados por el general Christophe, los cuales me traían una carta del general por la que me informaba de la llegada de la escuadra francesa a Cap y me aseguraba que el general en jefe al mando de la escuadra no le había hecho el honor de escribirle, sino que sólo le había enviado un oficial para ordenarle que preparara alojamientos para sus fuerzas; que habiendo el general Christophe inquirido a este oficial si era portador de una carta para él o de despachos para el general en jefe, Toussaint L'Ouverture, rogándole que se los enviara a él para hacerlas llegar enseguida, este oficial le respondió que no se le había encargado ninguno, y que no era, de hecho, una cuestión que concerniera al general Toussaint. «Rendid la ciudad», continuó; «seréis bien recompensado; el gobierno francés os envía regalos». A lo cual el general Christophe respondió: «Puesto que no tenéis cartas para el general en jefe ni para mí, podéis regresar y decirle a vuestro general que no conoce su deber; que no es así como las personas se presentan en un país perteneciente a Francia».

El general Leclerc, habiendo recibido esta respuesta, conminó al general Christophe a que le rindiera la plaza a él y, en caso de negarse, le advertía de que en la mañana del día siguiente desembarcaría con quince mil hombres. En

respuesta a esto, el general Christophe le rogó que esperara al general Toussaint L'Ouverture, al cual él ya había enviado la información, y lo haría por segunda vez sin dilación. De hecho, yo recibí una segunda carta, y me apresuré a llegar al Cap, a pesar del desbordamiento del Hinche, con la esperanza de tener el placer de abrazar a mis hermanos de armas de Europa, y de recibir al mismo tiempo las órdenes del gobierno francés; y a fin de marchar con mayor velocidad, dejé a todos mis escoltas. Entre Saint-Michel y Saint-Raphaël, me encontré con el general Dessalines y le dije: «He mandado a buscaros para que me acompañéis en mi visita a Port-de-Paix y a Môle, pero eso es inútil ahora. Acabo de recibir dos cartas del general Christophe que me anuncian la llegada de la escuadra francesa al Cap».

Le comuniqué estas cartas, a lo cual él me dijo que desde Saint-Marc había visto seis grandes navíos poniendo proa hacia la costa de Port Républicain [Puerto Príncipe], pero no sabía a qué nación pertenecían. Entonces le ordené que se retirara de inmediato a este puerto, pues era posible que, habiéndole negado el general Christophe la entrada en el Cap al general al mando de la escuadra, este se dirigiera a Port Républicain con la esperanza de encontrarme allí; por si esto resultaba ser cierto, le ordené que rogara al general que me esperara y le asegurara que yo iría primero al Cap con el deseo de encontrarle allí y, en caso de no encontrarlo allí, volvería de inmediato a Port Républicain a consultar con él. Partí para el Cap pasando por Vases, la ruta más corta. Al llegar a las alturas del Grand Boucan, en el lugar llamado la Porte-Saint-Jacques, percibí un fuego en la ciudad de Cap Français. Puse mi caballo a galope tendido rumbo a esta ciudad, a fin de reunirme con el general al mando de la escuadra y averiguar quién había causado el incendio. Pero, al aproximarme, me encontré con los caminos llenos de los habitantes que habían huido de esta infortunada ciudad, y fui incapaz de llegar más lejos, pues todos los pasos eran cañoneados por la artillería de los barcos que estaban en la rada. Entonces resolví subir al Fort de Bel-Air, pero me encontré con que este fuerte había sido igualmente evacuado y todos los cañones, inutilizados.

Me vi en consecuencia obligado a desandar mis pasos. Tras pasar por el hospital, me reuní con el general Christophe, y le pregunté quién había ordenado que se incendiara la ciudad. Respondió que había sido él. Lo reprendí severamente por haber empleado tan rigurosas medidas. «¿Por qué», le dije, «no tomasteis algunas disposiciones militares para defender la ciudad hasta mi llegada?». Contestó: «¿Qué queréis, mi general? Mi deber, la necesidad, las circunstancias, las reiteradas amenazas del general al mando de la escuadra me forzaron a ello.

Le enseñé al general las órdenes de que era portador, pero de nada sirvió». Añadió que las proclamas secretamente difundidas por la ciudad para seducir a la gente e instigar un levantamiento no estaban sancionadas por los usos militares; que si el comandante de la escuadra tenía intenciones verdaderamente pacíficas, me habría esperado; que no habría empleado los medios que usó para sojuzgar al comandante de Fort Boque, que es un borracho; que en consecuencia no habría tomado este fuerte; que no habría causado la muerte de la mitad de la guarnición de Fort Liberty; que no habría descendido hasta Acul y que, en una palabra, no habría cometido todas las hostilidades de que era culpable.

El general Christophe se unió a mí y continuamos la ruta juntos. Al llegar a Haut-du-Cap, atravesamos la plantación de Bréda[2] hasta la barrera de Boulard, pasando por los jardines. Allí le ordené que concentrara a sus tropas y entrara en el campamento del Bonnet hasta recibir más órdenes, y que me mantuviera informado de todos los movimientos que hiciera. Le dije que me iba a Héricourt; que allí, tal vez, recibiría noticias del comandante de la escuadra; que este sin duda me transmitiría órdenes del gobierno; que incluso podría reunirme allí con él; que entonces averiguaría las razones que le habían inducido a venir de esta manera, y que, en caso de que fuera portador de órdenes del gobierno, le pediría que me las comunicara y tomaría las correspondientes disposiciones con él.

El general Christophe me dejó entonces para dirigirse al puesto que le había asignado, pero se encontró con un cuerpo de tropas que dispararon sobre él, le obligaron a desmontar de su caballo, arrojarse al río y cruzarlo a nado.

Tras separarme del general Christophe, tuve a mi lado al general adjunto Fontaine, a otros dos oficiales y a mi edecán Couppé, que iba por delante; fue él quien me avisó de las tropas en el camino. Le ordené que siguiera adelante. Me contó que esta fuerza la comandaba un general. Entonces pedí una conferencia con él. Pero Couppé no tuvo tiempo de ejecutar mis órdenes; ellos dispararon sobre nosotros a veinticinco pasos de la barrera. Mi caballo fue alcanzado por una bala; otra bala se llevó el sombrero de uno de mis oficiales. Esta inesperada circunstancia me obligó a abandonar el camino, atravesar la sabana y los bosques para llegar a Héricourt, donde permanecí tres días a la espera de noticias del mando de la escuadra, de nuevo sin resultado.

Pero, al día siguiente, recibí una carta del general Rochambeau en la que se me anunciaba «que la columna a su mando había tomado Fort Liberty, apresado y pasado por las armas a parte de la guarnición, que se había resistido; que no

había creído que la guarnición bañara sus bayonetas en sangre de franceses; por el contrario, había esperado encontrarla dispuesta a su favor». Contesté a esta carta y, manifestando mi indignación al general, pedí saber «por qué había ordenado la masacre de aquellos bravos soldados que sólo habían seguido las órdenes que se les habían dado; que, además, tanto habían contribuido a la felicidad de la colonia y al triunfo de la República. ¿Era esta la recompensa que el gobierno francés les había prometido?».

Concluía diciéndole al general Rochambeau que «lucharía hasta el final para vengar la muerte de estos bravos soldados, por mi propia libertad y para restablecer el orden y la tranquilidad en la colonia».

Esta era, de hecho, la resolución que había adoptado tras haber reflexionado detenidamente sobre el informe que el general Christophe me había traído, sobre el peligro que acababa de correr, sobre la carta del general Rochambeau y, finalmente, sobre la conducta del comandante de la escuadra.

Tras haber tomado mi decisión, me fui a Gonaïves. Allí comuniqué mis intenciones al general Maurepas, y le ordené que opusiera la más vigorosa resistencia a todos los barcos que aparecieran ante Port-de-Paix, donde él ostentaba el mando; y, en caso de que no fuera lo bastante fuerte –sólo contaba con la mitad de una brigada–, que imitara el ejemplo del general Christophe y luego se retirara a la montaña llevando consigo munición de todas las clases, y que allí se defendiera hasta la muerte.

Luego me fui a Saint-Marc a visitar las fortificaciones. Me encontré que la noticia de los vergonzosos acontecimientos que acababan de tener lugar habían llegado a esta ciudad, y los habitantes ya habían huido. Di órdenes de que se resistiera todo lo que las fortificaciones y las municiones permitieran.

Cuando estaba a punto de partir de esta ciudad para ir a Puerto Príncipe y a la parte sur a dar mis órdenes, los capitanes Jean-Philippe Dupin e Isaac me trajeron despachos de Paul L'Ouverture, que estaba al mando en Santo Domingo. Ambos me informaban de que se acababa de hacer un descenso hasta Oyarsaval y de que los franceses y los españoles que habitaban esta localidad se habían sublevado y cortado los caminos desde Santo Domingo. Me enteré por estos despachos. Al repasar la carta del general Paul y la copia de la del general Kerverseau al comandante de la plaza de Santo Domingo, que estaba incluida en ella, vi que este general había invitado al comandante de la plaza, y no al general

Paul, como debería haber hecho, a hacer preparativos para el desembarco de su fuerza. También vi la negativa dada por el general Paul a esta invitación hasta que recibiera órdenes mías. Le respondí al general Paul que aprobaba su conducta, y le ordené que hiciera todos los esfuerzos posibles para defenderse en caso de ataque; e incluso hacer prisioneros al general Kerverseau y su fuerza, si podía. Devolví mi respuesta por medio de los capitanes recién mencionados. Pero previendo que, dada la intercepción de los caminos, estos podrían ser arrestados y sus despachos requisados, les encargué una segunda carta, en la cual ordenaba al general Paul que empleara todos los medios posibles de conciliación con el general Kerverseau. Encargué a los capitales que, en caso de que fueran arrestados, ocultaran la primera carta y sólo mostraran la segunda.

Como mi respuesta no llegó tan pronto como él esperaba, el general Paul envió a otro oficial negro con los mismos despachos por duplicado. A este oficial sólo le di un acuse de recibo y lo mandé de vuelta. De estos tres mensajeros, dos eran negros y el otro blanco. Fueron arrestados, como yo había anticipado; los dos negros fueron asesinados en violación de toda justicia y derecho, en contra de las costumbres de la guerra; sus despachos fueron enviados al general Kerverseau, que ocultó la primera carta y mostró al general Paul sólo la segunda, en la que le había ordenado que entrara en negociaciones con el general Kerverseau. Fue como consecuencia de esta carta por lo que Santo Domingo se rindió.

Tras haber enviado estos dos despachos, reanudé mi viaje al sur. Apenas había avanzado cuando fui alcanzado por un ordenanza que subía a toda velocidad trayéndome un paquete del general Vernet y una carta de mi mujer, ambos anunciándome la llegada desde París de mis dos hijos y su preceptor, de lo cual nada sabía antes. También me enteré de que eran portadores de órdenes para mí del primer cónsul. Volví sobre mis pasos y fui a toda prisa a Ennery, donde encontré a mis dos hijos y al excelente tutor que el primer cónsul había tenido la bondad de darles. Los abracé con la mayor satisfacción y ardor. Luego inquirí si eran portadores de cartas del primer cónsul para mí. El tutor contestó afirmativamente, y me entregó una carta que abrí y leí hasta la mitad; luego la doblé, diciendo que merecía ser leída en un momento más tranquilo. Le rogué que me transmitiera las intenciones del gobierno y que me dijera el nombre del comandante de la escuadra, que aún no había sido capaz de averiguar. Contestó que se llamaba Leclerc; que la intención del gobierno hacia mí era muy favorable, lo cual confirmaron mis hijos, y de lo cual me aseguré después terminando la carta del primer cónsul. Les observé, sin embargo, que si las intenciones del gobierno eran pacíficas y buenas con respecto a mí y aquellos

que habían contribuido a la felicidad de la que la colonia disfrutaba, el general Leclerc no había seguramente cumplido ni ejecutado las órdenes que había recibido, pues había desembarcado en la isla como un enemigo, y hecho daño meramente por el placer de hacerlo, sin dirigirse al comandante ni hacerle saber sus poderes. Luego le pregunté al ciudadano Coisson, el tutor de mis hijos, si el general Leclerc no le había dado un despacho para mí o encargado que me dijera algo. Respondió negativamente, aconsejándome no obstante que fuera al Cap a conferenciar con el general; mis hijos añadieron sus solicitudes para convencerme de que lo hiciera. Les volví a exponer «que, tras la conducta de este general, no podía tener confianza en él; que había desembarcado como un enemigo; que, a pesar de esto, había creído mi deber ir a reunirme con él a fin de evitar el progreso del mal; que él había disparado sobre mí y que yo había corrido los mayores peligros; que, en resumen, si sus intenciones eran tan puras como las del gobierno que le enviaba, debería haberse tomado la molestia de escribirme para informarme de su misión; que, antes de llegar a la rada, debería haberme enviado un barco de reconocimiento con vos, señor, y mis hijos –lo habitual en estos casos– para anunciarme su llegada, y transmitirme sus poderes; que, puesto que no había observado ninguna de estas formalidades, el mal estaba hecho y, por tanto, debía negarme resueltamente a ir en su busca; que, no obstante, para probar mi apego y sumisión al gobierno francés, consentía en escribirle una carta al general Leclerc. Se la enviaré», continué, «a través de Mr. Granville, un hombre valioso, acompañado por mis dos hijos y su tutor, a los que encargaré decirle al general Leclerc que depende absolutamente de él si esta colonia está enteramente perdida o se conserva para Francia; que entraré en todos los arreglos posibles con él, que estoy dispuesto a someterme a las órdenes del gobierno francés, pero que el general Leclerc me enseñará las órdenes de las que sea portador y, sobre todo, interrumpiré las hostilidades de toda clase».

De hecho, escribí la carta, y la delegación partió. Con la esperanza de que tras el deseo que acababa de manifestar de mostrar mi sumisión, el orden volvería a restaurarse, permanecí en Gonaïves hasta el día siguiente. Allí me enteré de que dos barcos habían atacado Saint-Marc; me trasladé a aquel lugar y me enteré de que habían sido repelidos. Entonces regresé a Gonaïves a esperar la respuesta del general Leclerc. Finalmente, dos días más tarde, mis dos hijos llegaron con la contestación tan deseada, por la cual el general me mandaba informarle en persona, en el Cap, y anunciaba que además había ordenado a sus generales avanzar en todos los puntos; que, una vez dadas, no podía revocar sus órdenes. Prometía, sin embargo, que el general Boudet se detendría en Artibonite; concluí entonces que no conocía el país perfectamente o que había sido engañado, pues,

para llegar a Artibonite, era necesario tener paso libre por Saint-Marc, lo cual era imposible ahora, pues los dos barcos que habían atacado esta plaza habían sido repelidos. Añadía, además, que no atacarían Môle, sólo la bloquearían, pues esta plaza ya se había rendido. Yo respondí sin rodeos al general «que no me presentaría ante él en el Cap; que esta conducta no me inspiraba suficiente confianza; que estaba dispuesto a entregarle el mando de conformidad con las órdenes del primer cónsul, pero que no sería su teniente general». Le rogué de nuevo que me hiciera saber sus intenciones y le aseguré que contribuiría en todo lo que pudiera al restablecimiento del orden y la tranquilidad. Añadí, en conclusión, que si persistía en su invasión, me obligaría a defenderme, aunque no tenía sino pocas tropas. Esta carta se la mandé con la máxima urgencia, a través de un ordenanza que volvió con la noticia de «que no tenía respuesta alguna que dar y había salido en campaña».

Los habitantes de Gonaïves me pidieron entonces permiso para mandar una delegación al general Leclerc, a lo cual accedí, pero él retuvo a la delegación.

Al día siguiente me enteré de que, sin pegar ni un tiro ni disparar un cañón, había tomado Dondon, Saint-Raphaël, Saint-Michel y Marmelade, y que estaba preparado para marchar contra Ennery y Gonaïves.

Estas nuevas hostilidades dieron lugar a nuevas reflexiones. Pensé que la conducta del general Leclerc era enteramente contraria a las intenciones del gobierno, pues el primer cónsul, en su carta, prometía paz, mientras que el general hacía la guerra. Vi que, en lugar de tratar de detener este mal, no hacía sino incrementarlo. «¿No teme», me decía a mí mismo, «al seguir esta conducta, ser acusado por su gobierno? ¿Puede esperar ser aprobado por el primer cónsul, ese gran hombre cuya equidad e imparcialidad son tan bien conocidas, mientras que yo seré desaprobado?». Resolví entonces defenderme, en caso de ataque y, a pesar de las pocas tropas de que disponía, tomé mis disposiciones en ese sentido.

No pudiendo defender Gonaïves, ordené que fuera incendiada en caso de que se hiciera necesaria la retirada. Situé al general Christophe, que había sido obligado a replegarse, en el camino de Eribourg, que lleva a Bayonnet, y yo me retiré a Ennery, donde una parte de mi guardia de honor se había retirado para unirse a mí y defenderme. Allí me enteré de que Gros-Morne acababa de rendirse y de que el ejército se disponía a marchar contra Gonaïves con tres columnas, una de ellas, al mando del general Rochambeau, con la intención de pasar por Coulevre y bajar a La Croix para cortar el camino que parte de esa ciudad y el

paso del puente de Ester.

Ordené el incendio de Gonaïves y, desconociendo la fuerza del general Rochambeau, marché para enfrentarme a la columna, que avanzaba hacia el puente de Ester, al frente de trescientos granaderos de mi guardia, al mando de su jefe, y de sesenta guardias montados. El enfrentamiento se produjo en un desfiladero. El ataque comenzó a las seis de la mañana, con un fuego continuo que duró hasta el mediodía. El general Rochambeau inició el ataque. Por los prisioneros que hice me enteré de que la columna sumaba más de cuatro mil hombres. Mientras yo entablaba combate con el general Rochambeau, la columna comandada por el general Leclerc llegó a Gonaïves. Tras el enfrentamiento en La Croix, me dirigí al puente de Ester, con artillería, para defender la plaza, con la intención de ir desde allí hasta Saint-Marc, donde esperaba hacer una defensa desesperada. Pero, al partir, me enteré de que el general Dessalines, que había llegado a esta plaza antes que yo, había sido obligado a evacuarla y a retirarse a Petite Rivière. Tras esta maniobra, me vi obligado a ralentizar mi marcha a fin de enviar por delante a los prisioneros hechos en La Croix y a los heridos a Petite Rivière, y determiné dirigirme allí yo mismo. Cuando llegué a Couriotte, en el llano, dejé a mis tropas allí y avancé solo. Me encontré todo el territorio abandonado.

Recibí una carta del general Dessalines en la que me informaba de que, habiéndose enterado de que Cahos iba a ser atacado, había ido a defenderla. Le mandé orden de reunirse conmigo de inmediato. Ordené que la munición y las provisiones que tenía conmigo se pusieran en Fort L'Ouverture en la Crête-à-Pierrot. Ordené al general Vernet que se procurara depósitos de agua suficientes para abastecer a la guarnición durante un sitio. A la llegada del general Dessalines, le ordené que tomara el mando del fuerte y lo defendiera hasta las últimas consecuencias.

Con este propósito le dejé la mitad de mi guardia con el jefe de brigada Magny y mis dos escuadrones. Le encargué que no permitiera que el general Vernet se expusiera al fuego, sino que le consintiera permanecer en un lugar seguro para supervisar la fabricación de cartuchos. Finalmente, le dije al general Dessalines que mientras el general Leclerc estuviera atacando esta plaza, yo me internaría en la parte norte, en una maniobra de distracción, y retomaría las diferentes plazas que habían sido capturadas; con esta maniobra forzaría al general a volver sobre sus pasos y llegar a acuerdos conmigo a fin de conservar esta bella colonia para el gobierno.

Tras impartir estas órdenes, tomé seis compañías de granaderos al mando de Gabart, jefe de la cuarta semibrigada, y Pourcely, el jefe de batallón, y marché sobre Ennery. Allí me encontré con una proclama del general Leclerc que me declaraba proscrito. Seguro de no haber hecho nada malo que reprocharme, de que todo el desorden que reinaba en el país lo había ocasionado el general Leclerc; creyéndome, además, el comandante legítimo de la isla, refuté esta proclama y lo declaré proscrito a él. Inmediatamente reanudé mi marcha y recuperé, sin violencia, Saint-Michel, Saint-Raphaël, Dondon y Marmelade. En esta última plaza recibí una carta del general Dessalines en la que me anunciaba que el general Leclerc había marchado contra Petite Rivière con tres columnas; que una de estas columnas, al pasar por Cahos y Grand Fonds, había capturado todos los tesoros de la República procedentes de Gonaïves, y alguna plata que los habitantes habían depositado; que aquel botín era tan pesado que no podía alcanzar su destino y se había visto obligada a replegarse para depositar sus riquezas en Port Républicain; que las otras dos columnas, que habían atacado el fuerte, habían sido rechazadas por el jefe de brigada Magnu; que el general Leclerc, habiendo unido sus fuerzas, había ordenado un segundo ataque que había sido igualmente repelido asimismo por el mismo Dessalines, que había llegado entonces. Informado de estos hechos, me trasladé a Plaisance y capturé el campamento de Bidouret, que sostenía esta plaza. Este campamento lo ocupaban tropas de reemplazo. Yo asalté todos los puestos avanzados al mismo tiempo. Justo cuando me disponía a caer sobre Plaisance, recibí una carta del comandante de Marmelade que me daba noticia de que una fuerte columna de la parte española estaba avanzando sobre esta última plaza.

Entonces me dirigí rápidamente al encuentro de esta columna, que, en lugar de avanzar hacia Marmelade, había marchado sobre Hinche, que asedié pero fui incapaz de tomar. Regresé a Gonaïves, me adueñé del llano que rodea la ciudad, dispuesto a marchar sobre Gros-Morne para apoyar al general Maurepas, al que suponía debía de estar en Port-de-Paix o bien se había retirado a las montañas en las que le ordené que acampara, sin saber que él ya había capitulado y se había sometido al general Leclerc.

Recibí una tercera carta del general Dessalines, que informaba de que el general Leclerc, tras haber ordenado un asalto general y ser rechazado, había determinado rodear la plaza y bombardearla. En cuanto me enteré del peligro que le amenazaba, me apresuré a llevar mis tropas allí para librarlo de él. Al llegar al campamento, hice un reconocimiento, me procuré la información necesaria y me preparé para atacarlo. Pude, sin duda, haber entrado en el

campamento por un flanco débil que había descubierto, y capturado a la persona del general Leclerc y todo su Estado Mayor, pero en el momento de la ejecución recibí información de que la guarnición, debido a la falta de agua, se había visto obligada a evacuar el fuerte. Si el proyecto hubiera triunfado, mi intención era enviar al general Leclerc de vuelta al primer cónsul, al cual daría cumplida cuenta de su conducta y le rogaría que me enviara a otra persona digna de su confianza, a la cual yo pudiera entregar el mando.

Me retiré a Grand Fonds a esperar a la guarnición de Crête-à-Pierrot y unir mis fuerzas. En cuanto la guarnición llegó, pregunté al general Dessalines dónde estaban los prisioneros que previamente me había dicho que estaban en Cahos. Respondió que una parte se la había llevado la columna del general Rochambeau, que una parte había muerto en los diferentes ataques de que había sido objeto y que el resto había escapado en las diversas marchas que se había visto obligado a realizar. La respuesta muestra la injusticia de imputarme los asesinatos que se cometieron, pues, se dice, como jefe, podía haberlos evitado, pero ¿soy yo responsable del mal hecho en mi ausencia y sin mi conocimiento?

Mientras estaba en Gonaïves (al comienzo de las hostilidades), envié a mi edecán Couppé al general Dessalines para pedirle que ordenara al comandante de Léogane que hiciera salir a todos los habitantes, hombres y mujeres, y los enviara a Port Républicain; que reuniera a todos los hombres armados que pudiera en esa plaza y se preparara para una resistencia sumamente vigorosa en caso de ataque. Mi edecán Couppé, portador de mis órdenes, regresó y me contó que no había encontrado al general Dessalines, pero se había enterado de que Léogane había sido incendiada y de que los habitantes habían escapado a Port Républicain.

Todos estos desastres ocurrieron en la misma época en que llegó el general Leclerc. ¿Por qué no me informó de sus poderes antes de desembarcar? ¿Por qué desembarcó sin mi orden y desafiando la orden de la Comisión? ¿No fue él quien cometió las primeras hostilidades? ¿No trató de ganarse a los generales y demás oficiales a mi mando por todos los medios posibles? ¿No intentó instigar a los trabajadores al levantamiento convenciéndolos de que yo los trataba como esclavos y de que él había venido a romper sus cadenas? ¿Debería él haber empleado tales medios en un país en el que reinaban la paz y la tranquilidad?, ¿en un país que estaba en poder de la República?

Si yo obligaba a mis conciudadanos a trabajar era para enseñarles el valor de la

verdadera libertad sin libertinaje; era para evitar la corrupción de las costumbres; era por la felicidad general de la isla, por los intereses de la República. Y, efectivamente, tuve éxito en mi empresa, pues en toda la colonia no podía encontrarse a un solo hombre desempleado y la cantidad de mendigos había disminuido hasta tal punto que, aparte de unos cuantos en las ciudades, en el campo no había ni uno solo.

Si las intenciones del general Leclerc hubiesen sido buenas, ¿habría recibido a Golart en su ejército y le habría dado el mando de la novena semibrigada, un cuerpo formado por él en la época en que era jefe de batallón? ¿Habría empleado a este peligroso rebelde, causante del asesinato de propietarios en sus propios lugares de residencia, que invadió la ciudad de Môle-Saint-Nicolas, que disparó sobre el general Clerveaux, al mando allí, sobre el general Maurepas y su jefe de brigada; que atacó a los trabajadores de Jean-Rabel desde Moustiques y las alturas de Port-de-Paix; que llevó su audacia al extremo de oponerse a mí cuando marché contra él a fin de obligarle a someterse a su jefe y recuperar el territorio y la ciudad que había invadido? El día en que se atrevió a disparar sobre mí, una bala cortó el penacho de mi sombrero; Bondière, un médico que me acompañaba, cayó muerto a mi lado; mis edecanes fueron descabalgados. En resumen, este forajido, tras haber cometido todos los crímenes, se ocultó en un bosque; de él sólo salió cuando llegó la escuadra francesa. ¿Debió el general Leclerc ascender igualmente al grado de jefe de brigada a otro rebelde, llamado L'Amour Desrances, causante del asesinato de todos los habitantes del Llano del Cul-de-Sac; que incitó a los trabajadores a la revuelta; que saqueó toda esta parte de la isla; contra el que, sólo dos meses antes de la llegada de la escuadra, me había visto obligado a marchar y al que obligué a esconderse en los bosques? ¿Por qué fueron recibidos amigablemente rebeldes y otros, mientras que mis subordinados y yo mismo, que permanecimos constantemente fieles al gobierno francés y que habíamos mantenido el orden y la tranquilidad, fuimos atacados? ¿Por qué se convirtió en un crimen haber ejecutado las órdenes del gobierno? ¿Por qué se me imputaron todo el mal que había sido provocado y los desórdenes que habían existido? Todos estos hechos los conocen todos los habitantes de Saint-Domingue. ¿Por qué, al llegar, no fueron a la raíz del mal? ¿Habían recibido de mí la orden las tropas que se entregaron al general Leclerc? ¿Me consultaron? No. ¡Pues bien! todos los que obraron mal no me consultaron. No es justo atribuirme más calamidades de las que merezco.

Estas reflexiones las compartí con algunos prisioneros que hice. Respondieron que lo que se temía era mi influencia sobre el pueblo, y que era para destruirla

por lo que se empleaban estos medios violentos. Esto me provocó nuevas reflexiones. Considerando todas las desgracias de las que la colonia ya había sido víctima, las residencias destruidas, los asesinatos cometidos, la violencia ejercida incluso sobre mujeres, olvidé todos los males que se me habían infligido y sólo pensé en la felicidad de la isla y los intereses del gobierno. Determiné obedecer la orden del primer cónsul, puesto que el general Leclerc se acababa de retirar al Cap con todas sus fuerzas, tras lo ocurrido en Crête-à-Pierrot.

Obsérvese que hasta ese momento yo no había podido encontrar un instante en el que responder al primer cónsul. Aproveché con entusiasmo esta calma momentánea para hacerlo. Aseguré al primer cónsul mi sumisión y entera devoción hacia sus órdenes, pero le reiteré «que si no enviaba a otro general de más edad a tomar el mando, la resistencia que yo debía oponer al general Leclerc no haría sino aumentar el desorden reinante».

Recordé entonces que el general Dessalines me había informado de que dos oficiales de la escuadra –el uno edecán del general Boudet, el otro oficial naval, acompañado por dos dragones enviados a agitar una rebelión entre las tropas– habían sido hecho prisioneros en la época de la evacuación de Puerto Príncipe. Ordené traerlos a mi presencia y, tras conversar con ellos, se los devolví al general Boudet y con ellos envié una carta junto con la que había escrito al primer cónsul. En el mismo momento en que estaba despachando a estos dos oficiales, me enteré de que el general Hardy había pasado por Coupe-à-l'Inde con su ejército, que había atacado mis posesiones, las había devastado y se había llevado todos mis animales, entre ellos un caballo llamado Bel-Argent al que tenía en gran estima. Sin pérdida de tiempo, marché contra él con la fuerza que tenía. Lo alcancé cerca de Dondon. Tuvo lugar un feroz enfrentamiento que duró desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde.

Antes de partir, había ordenado al general Dessalines que se uniera a las tropas que habían evacuado Crête-à-Pierrot, y se internara en el campamento de Camp-Marchand, y le informé de que después de la batalla yo me dirigiría a Marmelade.

A mi llegada a esa plaza, recibí la respuesta del general Boudet, que me envió con mi sobrino Chancy, al que previamente había hecho prisionero.

Ese general me aseguró que mi carta llegaría sin dificultad al primer cónsul, que, para ello, ya se la había enviado al general Leclerc, el cual le había prometido

remitirla. Según me informó mi sobrino y tras leer la carta del general Boudet, pensé que reconocía en él un carácter de honestidad y franqueza digno de un oficial francés preparado para el mando. Por tanto, me dirigí a él con confianza para rogarle que convenciera al general Leclerc de que tratara de lograr la conciliación conmigo. Le aseguré que la ambición no había sido nunca mi guía, sino sólo el honor; que estaba dispuesto a entregar el mando en obediencia a las órdenes del primer cónsul y a hacer todos los sacrificios necesarios para detener el progreso del mal. Esta carta se la envié con mi sobrino Chancy, al que él mantuvo consigo. Dos días después, recibí una carta enviada urgentemente por un ordenanza, en la que me anunciaba que había hecho conocer mis intenciones al general Leclerc y me aseguraba que este estaba dispuesto a llegar a acuerdos conmigo y que yo podía confiar en las buenas intenciones del gobierno con respecto a mí.

El mismo día, el general Christophe me comunicó una carta que acababa de recibir de un ciudadano llamado Vilton, el cual vivía en Petite-Anse, y otra del general Hardy: los dos le pedían una entrevista. Di permiso al general Christophe para que mantuviera estas entrevistas con la recomendación de que fuera muy circunspecto.

El general Christophe no acudió a esta cita con el general Hardy, pues recibió una carta del general Leclerc en la que le proponía otra cita. Él me envió una copia de esta carta y de su respuesta, y me pidió permiso para desplazarse al lugar indicado; el cual yo le di, y él fue.

El general Christophe, a su regreso, me trajo una carta del general Leclerc en la que decía que se sentiría sumamente satisfecho si pudiera inducirme a actuar de forma concertada con él y someterme a las órdenes de la República. Yo contesté inmediatamente que siempre había sido sumiso con el gobierno francés, pues invariablemente había empuñado las armas en su favor[3]; que si desde el comienzo se me hubiese tratado como debía, ni una sola bala se habría disparado; que la paz no habría sido en absoluto perturbada en la isla y que la intención del gobierno habría sido cumplida. En resumen, mostré al general Leclerc, lo mismo que al general Christophe, toda mi indignación por lo sucedido sin órdenes mías.

Al día siguiente, envié al general Leclerc a mi general adjunto Fontaine, portador de una segunda carta en la que le solicitaba una entrevista en Héricourt, a la que él se negó. Fontaine me aseguró, sin embargo, que había sido bien recibido. No

me desanimé. Envié por tercera vez a mi edecán Couppé y a mi secretario Narhand para asegurarle que estaba dispuesto a entregarle el mando, conforme a las intenciones del primer cónsul. Él respondió que una hora de conversación valdría más que diez cartas y me dio su palabra de honor de que actuaría con toda la franqueza y lealtad que cabía esperar de un general francés. Al mismo tiempo me llegó una proclama suya en la que pedía a todos los ciudadanos que consideraran nulo y vacío aquel artículo de la proclama del 16 de febrero de 1802 que me convertía en un proscrito. «No temáis», decía en esta proclama, «ni vos ni vuestros generales, ni las personas que están con vos, que yo rebusque en la conducta pasada de nadie; correré el velo del olvido sobre los acontecimientos que han tenido lugar en Saint-Domingue; al hacerlo, imito el ejemplo que el primer cónsul dio a Francia el 11 de noviembre. En el futuro, no deseo ver en la isla más que a buenos ciudadanos. Pedís sosiego; tras haber llevado la carga del gobierno durante tanto tiempo, se os debe sosiego, pero espero en vuestro retiro utilicéis vuestra sabiduría, en vuestros momentos de esparcimiento, en favor de la prosperidad de Saint-Domingue».

Tras esta proclama y la palabra de honor del general, me dirigí al Cap. Me sometí al general Leclerc de conformidad con el deseo del primer cónsul; luego hablé con él con toda la franqueza y cordialidad de un soldado que ama y estima a su camarada. Él me prometió olvidar el pasado y la protección del gobierno francés. Acordó conmigo que los dos nos habíamos comportado mal. «Vos podéis, general», me dijo, «retiraros a vuestro hogar con perfecta seguridad. Pero decidme si el general Dessalines obedecerá mis órdenes, y si puedo confiar en él». Respondí afirmativamente; que el general Dessalines podía tener defectos, como todos los hombres, pero que comprendía la subordinación militar. Le sugerí, sin embargo, que por el bien público y la vuelta de los trabajadores a sus ocupaciones, tal como estaban dedicadas a ellas en la época de su llegada a la isla, era necesario que al general Dessalines se le devolviera su mando en Saint-Marc, y al general Charles Belair en L'Arcabaye, lo cual me prometió que se haría. A las once de la noche, me despedí de él y me retiré a Héricourt, donde pasé la noche con el general Fressinet, y a la mañana siguiente partí para Marmelade.

Tres días después, recibí una carta del general Leclerc en la que me pedía que licenciara a mis guardias de a pie y a mis guardias a caballo. Me remitía asimismo una orden para el general Dessalines; me informé de ella y se la envié al general Dessalines, a quien dije que la cumpliera. Y para que yo pudiera cumplir de la mejor manera posible las promesas que le había hecho al general

Leclerc, le pedí al general Dessalines que se reuniera conmigo a mitad de camino entre su casa y la mía. Le urgí a someterse, como yo había hecho; le dije que el interés público requería que yo hiciera grandes sacrificios y que estaba deseoso de hacerlos, pero en cuanto a él, podía conservar su mando. Dije lo mismo al general Charles, también a todos los oficiales que estaban con ellos; finalmente, los convencí, pese a toda la renuencia y desgana que manifestaron, de dejarme y partir. Incluso vertieron lágrimas. Tras esta entrevista, todos regresaron a sus propias casas. El general adjunto Perrin, con el que el general Leclerc había enviado sus órdenes a Dessalines, le encontró muy dispuesto a cumplirlas, pues yo lo había comprometido previamente a hacerlo así en nuestra entrevista. Como hemos visto, se hizo una promesa de situar al general Charles en L'Arcabaye; sin embargo, no se cumplió.

Fue innecesario que yo ordenara a los habitantes de Dondon, Saint-Michel, Saint-Raphaël y Marmelade que regresaran a sus casas, pues lo habían hecho en cuanto había tomado posesión de estas comunidades; sólo les aconsejé que reanudaran sus ocupaciones habituales. También ordené a los habitantes de Plaisance, y las plazas vecinas, que regresaran a casa y comenzaran su trabajo también. Ellos expresaron temores de poder ser perturbados. Por tanto, escribí al general Leclerc recordándole su promesa y rogándole que proveyera su ejecución. Él respondió que ya se habían cursado órdenes a tal efecto. Mientras tanto, el comandante de esta plaza había dividido sus fuerzas y enviado destacamentos a todos los distritos que habían alarmado y movido a los trabajadores a huir a las montañas. Me desplazé a Ennery e hice saber al general Leclerc estas cosas, como le había prometido. En esta ciudad encontré a una gran cantidad de trabajadores de Gonaïves, a los que convencí de que regresaran a casa. Antes de dejar Marmelade, ordené al comandante de esa plaza que devolviera la artillería y la munición al comandante de Plaisance, de conformidad con el deseo del general Leclerc. También ordené al comandante de Ennery que devolviera la única pieza de artillería que allí había, y también la munición, al comandante de Gonaïves.

Luego me dediqué a reconstruir mis casas que habían sido quemadas. En una casa en las montañas que había escapado a las llamas, tuve que preparar un alojamiento cómodo para mi esposa, que todavía estaba en los bosques, donde se había visto obligada a refugiarse.

Mientras me entregaba a estas ocupaciones, me enteré de que habían llegado quinientas tropas para ser estacionadas en Ennery, una pequeña ciudad que, hasta

entonces, no podía haber tenido más de cincuenta hombres armados como fuerza de policía; y que un destacamento muy grande había sido también enviado a Saint-Michel. Fui a toda prisa a la ciudad, vi que todas mis casas habían sido saqueadas y se habían llevado incluso los cofres de mis trabajadores. En el mismo momento en que estaba enterando al comandante de mis quejas, le llamé la atención sobre los soldados cargados con frutas de todas las clases, incluso frutas inmaduras; también le mostré a los trabajadores que, a la vista de estos robos, estaban huyendo a otras casas en las montañas. Le expliqué al general Leclerc lo que estaba ocurriendo, y le hice ver que las medidas que se estaban tomando, lejos de inspirar confianza, sólo estaban incrementando los recelos; que la cantidad de tropas que había enviado era muy considerable, y sólo podía ser en perjuicio de la agricultura y de los habitantes. Luego regresé a mi casa en las montañas.

Al día siguiente recibí, en esta casa, una visita del comandante de Ennery, y vi claramente que este soldado, en lugar de hacerme una visita de cortesía, había venido a mi casa meramente a hacer un reconocimiento de mi morada y sus accesos, para poder capturarme más fácilmente cuando recibiera la orden de hacerlo. Mientras hablaba con él me informaron de que varios soldados habían ido con caballos y otras bestias de carga a una de mis residencias cerca de la ciudad, donde vivía una ahijada mía, y se habían llevado el café y otras provisiones que allí encontraron. Me quejé a él; él me prometió poner fin a estos robos y castigar severamente a quienes hubieran sido culpables de ellos. Temiendo que mi casa en las montañas no inspirara sino desconfianza, determiné trasladarme de nuevo a aquella misma casa que acababa de ser saqueada y casi totalmente destruida, pero a doscientos pasos de la ciudad. Dejé a mi mujer en la casa que había preparado para ella. Ahora estaba ocupado en hacer los arreglos para nuevas plantaciones que reemplazaran las destruidas, y en preparar los materiales necesarios para la reconstrucción de mis edificios. Pero cada día era víctima de nuevos robos y nuevas vejaciones. Los soldados venían a mi casa en tan grandes cantidades que no me atreví a hacerlos arrestar. En vano presenté mis quejas al comandante. No recibí ninguna satisfacción. Finalmente, determiné, aunque el general Leclerc no me había hecho el honor de contestar a mis dos cartas anteriores sobre el tema, escribirle una tercera, que, para mayor seguridad, le envié al Cap por medio de mi hijo Placide. Esta, como las otras, no produjo respuesta alguna. Pero el jefe del Estado Mayor me dijo que haría su informe. Un tiempo después, el comandante, tras venir a verme de nuevo una tarde, me encontró al frente de mis trabajadores, ocupado en dirigir el trabajo de reconstrucción. Él mismo vio a mi hijo Isaac acompañar a la salida a varios

soldados que acababan de llegar a la puerta a cortar bananas e higos. Le reiteré las más serias quejas. Él siguió prometiendo poner fin a estos desórdenes. Durante las tres semanas que permanecí en este lugar, fui testigo a diario de nuevos estragos; todos los días recibía visitas de personas que venían como espías, pero todos fueron testigos de que solamente estaba dedicado a trabajos domésticos. El general Boudet mismo vino, y me encontró ocupado de la misma manera. A pesar de mi conducta, recibí una carta del general Leclerc que, en lugar de darme satisfacción con respecto a las quejas que le había formulado, me acusaba de mantener hombres armados dentro de los límites de Ennery, y me ordenaba deshacerme de ellos. Convencido de mi inocencia y de que personas mal dispuestas lo habían engañado, respondí que yo tenía demasiado honor como para romper las promesas que había hecho, y que cuando le entregué el mando no fue sin reflexión; que, más aún, no tenía intención de volverme atrás. Le aseguré, además, que no tenía conocimiento de hombres armados en los alrededores de Ennery y que durante tres semanas había estado trabajando constantemente en mi propia casa. Envié a mi hijo Isaac para que le explicara todas las vejaciones de que era víctima, y advertirle de que si él no les ponía fin, me vería obligado a abandonar el lugar en el que estaba viviendo y marcharme a mi rancho en la parte española.

Un día, antes de recibir respuesta alguna del general Leclerc, me informaron de que uno de sus edecanes, al pasar por Ennery, le había dicho al comandante que era portador de una orden para mi arresto, dirigida al general Brunet. Como el general Leclerc me había dado su palabra de honor y prometido la protección del gobierno francés, me negué a dar crédito a la noticia; incluso a alguien que me aconsejó abandonar mi residencia le dije que había prometido permanecer allí tranquilamente, trabajando en la reparación de los estragos que se habían llevado a cabo; que no había entregado el mando y dispersado las tropas para actuar tan insensatamente ahora; que no deseaba abandonar mi casa y que, si venían a arrestarme, me encontrarían allí; que, además, no daba crédito a la calumnia.

Al día siguiente recibí una segunda carta del general Leclerc, a través del hijo mío que le había enviado, la cual decía:

Ejército de Saint-Domingue,

Cuartel General en Cap Français, 5 de junio de 1802

El General en Jefe al General Toussaint:

Puesto que persistís, ciudadano general, en pensar que la gran cantidad de tropas estacionadas en Plaisance (el secretario probablemente escribió Plaisance en lugar de Ennery) atemoriza a los trabajadores de ese distrito, he encargado al general Brunet que actúe de común acuerdo con vos, y sitúe una parte de estas tropas detrás de Gonaïves y un destacamento en Plaisance. Haced comprender a los trabajadores que, habiendo tomado esta medida, castigaré a quienes abandonen sus residencias para irse a las montañas. Hacedme saber, tan pronto como esta orden haya sido ejecutada, los resultados que produce, pues, si los medios de persuasión que empleéis no tienen éxito, recurriré a medidas militares. Os saludo.

El mismo día recibí una carta del general Brunet, de la que lo que sigue constituye un extracto:

Ejército de Saint-Domingue,

Cuartel General de Georges, 7 de junio de 1802

Brunet, General de División, al General de División,

Toussaint L'Ouverture:

Ha llegado la hora, ciudadano general, de hacer saber incuestionablemente al general en jefe que quienes quieran engañarle con respecto a vuestra fidelidad son viles calumniadores, y que vuestros sentimientos os impulsan al restablecimiento del orden y la tranquilidad en vuestro entorno. Debéis ayudarme a asegurar la libre comunicación con el Cap, que lleva interrumpida desde que ayer tres personas fueron asesinadas por cincuenta forajidos entre Ennery y Coupe-à-Pintade. Enviad en persecución de estos asesinos hombres dignos de confianza y bien pagados por vos; llevaré cuenta de vuestros gastos.

Tenemos que tomar disposiciones juntos, mi querido general, lo cual es imposible hacer por carta, pero que una hora de conferencia completaría. Si no estuviera fatigado por el trabajo y las ocupaciones domésticas, hoy mismo sería yo portador de mi propia carta, pero no pudiendo salir en este momento, ¿por qué no venís vos a verme a mí? Si os habéis recuperado de vuestra indisposición, que sea mañana; cuando lo que se ha de hacer es una buena obra, no debería haber demora. En mi casa de campo no encontraréis todas las comodidades que yo podría desear antes de recibirlos, pero encontraréis la sinceridad de un hombre honesto que sólo desea la prosperidad de la colonia y vuestra propia felicidad. Si la señora Toussaint, a la que tengo grandes deseos de conocer, desea hacer el viaje, me complacerá mucho. Si necesita caballos, le enviaré los míos. Repito, general, que nunca encontraréis un amigo más sincero que yo.

Con la confianza en el capitán general, con la amistad hacia todos los que están a sus órdenes y con la esperanza que de podáis disfrutar de paz,

os saludo cordialmente,

Brunet

P. S.: Un criado vuestro que iba a Puerto Príncipe ha pasado por aquí esta mañana; salió con su pasaporte expedido en la forma debida.

Ese mismo criado, en lugar de recibir su pasaporte, fue arrestado, y está ahora en prisión conmigo.

Tras leer estas dos cartas, aunque no muy bien, accedí a las peticiones de mis hijos y otros, y aquella misma noche partí a ver al general Brunet, acompañado por dos oficiales solamente. A las ocho de la noche llegué a casa del general. Cuando nos encontramos, le dije que había recibido su carta y que también la del general en jefe que me requería que actuara con él, y que había venido con ese propósito; que no había traído a mi mujer, como él había solicitado, porque ella nunca salía de casa pues estaba muy ocupada con los deberes domésticos, pero que si alguna vez, cuando estuviera de viaje, quería hacerle el honor de visitarla, ella lo recibiría con placer. Le dije que, como estaba enfermo, mi estancia debía ser breve, y le pedí por tanto que terminara con nuestros asuntos tan pronto

como fuera posible, para que pudiera regresar.

Le entregué la carta del general Leclerc. Tras leerla, me dijo que no había recibido aún orden alguna para actuar conjuntamente conmigo sobre el tema de la carta; entonces se excusó por un momento y salió tras llamar a un oficial para que me hiciera compañía. Apenas hubo él salido de la habitación cuando un edecán del general Leclerc entró acompañado por una gran cantidad de soldados que me rodearon, me sujetaron, me ataron como a un delincuente y me condujeron a bordo de la fragata Créole.

Reclamé la protección que el general Leclerc, bajo su palabra de honor, me había prometido, pero sin éxito. No le vi más. Probablemente se había ocultado para escapar a mis bien merecidos reproches. Luego me enteré de que trató a mi familia con gran crueldad; que, inmediatamente después de mi arresto, envió un destacamento de tropas a la casa en la que había estado viviendo con una parte de mi familia, en su mayoría mujeres, hijos y trabajadores, y les ordenó que le prendieran fuego, y obligó a las desdichadas víctimas a huir semidesnudos a los bosques; que todo había sido asaltado y saqueado; que el edecán del general Brunet se había incluso llevado de mi casa cincuenta y cinco onzas de oro más y treinta y tres onzas de una de mis sobrinas, junto con toda la ropa blanca de la familia.

Tras la comisión de estos ultrajes en mi casa, el comandante de Ennery fue, al frente de cien hombres, a la casa ocupada por mi esposa y mis sobrinas, y las arrestó, sin darles tiempo a recoger ninguno de sus efectos. Fueron conducidas como delincuentes a Gonaïves y embarcadas en la fragata Guerrière.

Cuando me arrestaron, no llevaba ninguna muda de repuesto conmigo. Escribí a mi mujer para pedirle que me enviara las cosas más necesarias a Cap François, esperando que fuera allí donde se me llevara. Esta nota la envié por mediación del edecán del general Leclerc, con el ruego de que se le permitiera pasar; no llegó a su destino, y no recibí nada.

En cuanto me llevaron a bordo de la Créole, zarpamos y, a cuatro leguas del Cap, nos encontramos con el Héros, al que me transfirieron. Al día siguiente, mi mujer y mis hijos, que habían sido arrestados con ella, llegaron allí también. Inmediatamente pusimos rumbo a Francia. Tras un viaje de treinta y dos días – durante el cual soporté no sólo una gran fatiga, sino también toda clase de penurias, mientras mi mujer y mis hijos recibían un tratamiento del que su sexo

y posición deberían haberles dispensado—, en lugar de permitirnos desembarcar, nos retuvieron a bordo sesenta y siete días.

Tras tal tratamiento, ¿no podía yo preguntar con justicia dónde estaban las promesas del general Leclerc? ¿Dónde estaba la protección del gobierno francés? Si ya no necesitaban mis servicios y querían sustituirme, ¿no deberían haberme tratado como siempre se trata a los generales franceses blancos? A ellos se les avisa de cuándo van a ser relevados de su mando; se envía a un mensajero para notificarles el traspaso de poderes a tales o cuales personas; y en caso de que se nieguen a obedecer, se toman medidas que les obliguen; entonces puede justamente tratárselos como rebeldes y ser enviados a Francia.

De hecho, he conocido a algunos generales culpables de incumplimiento criminal de sus deberes, pero que, en consideración a su carácter, han escapado al castigo hasta que se les ha podido llevar ante la autoridad superior.

¿No debería el general Leclerc haberme informado de que se habían formulado diversos cargos contra mí? ¿No debería haberme dicho: «Os di mi palabra de honor y os prometo la protección del gobierno; hoy, cuando habéis sido hallado culpable, voy a enviaros a ese gobierno para que expliquéis vuestra conducta»? ¿O: «El gobierno os ordena que os sometáis; os comunico esa orden»?[4]. No ha sido así como se me ha tratado; por otro lado, se han empleado contra mí medios que sólo se usan contra los grandes criminales. Sin duda, este tratamiento se lo debo a mi color; pero mi color, mi color, ¿me ha impedido servir a mi país con celo y fidelidad? ¿Reduce el color de mi piel mi honor y mi valentía?

Pero incluso suponiendo que fuera un criminal y que el gobierno hubiera ordenado mi arresto, ¿era necesario emplear a cien fusileros para arrestar a mi mujer y a mis hijos en su propia casa, sin respetar su sexo, edad y condición; sin humanidad ni caridad? ¿Era necesario quemar mis casas, y arrasar y saquear mis posesiones? No. Mi mujer, mis hijos, mi familia no tenían ninguna responsabilidad en el asunto; no eran responsables ante el gobierno; no fue legal arrestarlos.

La autoridad del general Leclerc no se discutió; ¿me temía como rival? No puedo sino compararlo con el Senado romano persiguiendo a Aníbal hasta los últimos confines en su retirada.

Tras la llegada de la escuadra a la colonia, se aprovecharon de mi ausencia para

apoderarse de parte de mi correspondencia, que estaba en Port Républicain; otra porción, que estaba en una de mis casas, también ha sido capturada tras mi arresto. ¿Por qué no me han enviado esta correspondencia para que dé cuenta de mis movimientos? Se han apropiado por la fuerza de mis papeles a fin de acusarme de delitos que nunca he cometido, pero no tengo nada que temer; esta correspondencia es suficiente para justificarme. Me han enviado a Francia destituido de todo; se han apoderado de mis propiedades y de mis papeles, y han difundido calumnias atroces sobre mí. ¿No es como cortarle las piernas a un hombre y decirle que camine? ¿No es como cortarle la lengua a un hombre y decirle que hable? ¿No es enterrar a un hombre en vida?

En cuanto a la Constitución, el objeto de una de las acusaciones que pesan sobre mí: tras expulsar de la colonia a los enemigos de la República, calmadas las facciones y unidos todos los partidos; percibiendo, tras haber tomado posesión de Saint-Domingue, que el gobierno no hacía leyes para la colonia, y sintiendo la necesidad de regulaciones policiales para la seguridad y la tranquilidad de las personas, convoqué una asamblea de hombres sabios e instruidos, compuesta por delegados de todas las comunidades, para llevar a cabo esta tarea. Cuando esta asamblea se reunió, les expuse a sus miembros que tenían ante ellos una misión ardua y de gran responsabilidad; que iban a hacer leyes adaptadas al país, ventajosas para el gobierno y beneficiosas para todos: leyes adecuadas a las localidades, al carácter y las costumbres de los habitantes. La Constitución debía ser sometida a la sanción del gobierno, el cual era el único con derecho a adoptarla o rechazarla. Por tanto, en cuanto se decidió sobre la Constitución y sus leyes establecidas, lo envié todo, a través de un miembro de la asamblea, al gobierno a fin de obtener su sanción. Los errores o defectos que esta Constitución pueda contener no pueden por tanto imputárseme a mí. En la época de la llegada de Leclerc, yo no había tenido noticia alguna del gobierno sobre este tema. ¿Por qué hoy tratan de hacer un delito de lo que no es ningún delito? ¿Por qué hacer pasar lo verdadero por falso, y lo falso por verdadero? ¿Por qué hacer pasar la oscuridad por luz, y la luz por oscuridad?

En una conversación que tuve en el Cap con el general Leclerc, este me dijo que mientras se hallaba en Samana había enviado un espía a Santo Domingo a fin de enterarse de si yo estaba allí, el cual volvió diciendo que sí. ¿Por qué no fue allí a mi encuentro y a darme las órdenes del primer cónsul, antes de iniciar las hostilidades? Él sabía de mi disposición a obedecer órdenes. En lugar de eso, se aprovechó de mi ausencia de Saint-Domingue para dirigirse al Cap y enviar tropas a todas partes de la colonia. Esta conducta demuestra que no tenía

intención de comunicarme nada.

Si el general Leclerc fue a la colonia a producir males, no debería acusarme a mí de ello. Es cierto que sólo a uno de nosotros se puede echar la culpa, pero por poco que se me quiera hacer justicia, está claro que él es el autor de todos los males de los que la isla ha sido víctima desde que, sin avisarme, entró en la colonia, la cual encontró en un estado de prosperidad, cayó sobre los habitantes, que estaban trabajando, contribuyendo al bienestar de la comunidad, y vertió su sangre sobre su suelo nativo. Esa es la verdadera fuente del mal.

Si dos niños se estuvieran peleando, ¿no debería su padre o su madre detenerlos, averiguar quién fue el agresor y castigarlo, o castigarlos si los dos obraron mal? El general Leclerc no tenía derecho a arrestarme; sólo el gobierno podía arrestarnos a los dos, juzgarnos y sentenciarnos. Sin embargo, el general Leclerc goza de libertad, y yo estoy en un calabozo.

Tras haber explicado mi conducta desde la llegada de la flota a Saint-Domingue, entraré en algunos detalles de acontecimientos previos.

Desde que entré al servicio de la República, no he reclamado ni un céntimo de mi salario; el general Laveaux, agentes del gobierno, todas las personas responsables conectadas con el tesoro público pueden confirmar esto, que nadie ha sido más prudente, más desinteresado que yo. Ahora, como entonces, sólo he recibido la paga extra que se me concedía; muchas veces no he pedido ni siquiera esto. Cada vez que he tomado dinero del tesoro, ha sido para algún uso público; el gobernador de finanzas [l'ordonnateur] lo ha usado cuando el servicio lo ha requerido. Recuerdo que sólo una vez, estando lejos de casa, le pedí prestados seis mil francos al ciudadano Smith, que era gobernador del Departamento del Sur.

Resumiré, en unas pocas palabras, mi conducta y los resultados de mi administración. En la época de la evacuación de los ingleses, en el tesoro público no había ni un céntimo; había que pedir prestado dinero para pagar a las tropas y a los oficiales de la República. Cuando el general Leclerc llegó, encontró tres millones quinientos mil francos en los fondos públicos. Cuando regresé a Cayes, tras la partida del general Rigaud, el tesoro estaba vacío; el general Leclerc encontró tres millones allí; encontró sumas proporcionales en todos los depositarios privados de la isla. Se ve así que no serví a mi país por motivos interesados; sino que, por el contrario, le serví con honor, fidelidad e integridad,

sostenido por la esperanza de recibir, algún día futuro, halagadores reconocimientos por parte del gobierno; todos los que me conocen me darán la razón en esto.

He sido esclavo; lo reconozco sin embozo, pero nunca he recibido reproches de mis amos.

Nunca he descuidado nada en Saint-Domingue por el bienestar de la isla; a mí mismo me he robado el descanso para contribuir a ello; lo he sacrificado todo a ese fin. He hecho mi deber y mi placer de desarrollar los recursos de esta hermosa colonia. Celo, actividad, coraje: los he empleado todos.

La isla fue invadida por los enemigos de la República; yo apenas contaba entonces con mil hombres, armados con picas. Los envié de vuelta al trabajo en el campo, y organicé varios regimientos, con autorización del general Laveaux.

La porción española se había unido a los ingleses para hacer la guerra a los franceses. El general Desformeaux fue enviado a atacar Saint-Michel con tropas regulares bien disciplinadas; no consiguió tomarla. El general Laveaux me ordenó el ataque; lo llevé a cabo. Se ha de señalar que, en la época del ataque del general Desformeaux, la plaza no estaba fortificada, y que, cuando yo la tomé, estaba fortificada con bastiones en todas las esquinas. También tomé Saint-Raphaël e Hinche, y rendí cuentas al general Laveaux. Los ingleses se atrincheraron en Pont-de-l'Ester; yo los saqué de esa plaza. Estaban en posesión de Petite Rivière. Mi munición consistía en una caja de cartuchos que se había caído al agua mientras me dirigía a realizar el ataque; esto no me desalentó. Tomé la plaza por asalto antes del amanecer, con mis dragones, e hice prisionera a toda la guarnición. Se la envié al general Laveaux. No contaba más que con un cañón; tomé nueve en Petite Rivière. Entre los puestos ganados en Petite Rivière, había una fortificación defendida por siete cañones que yo tomé al asalto. También vencí a los españoles atrincherados en los campamentos de Miraut y Dubourg en Verrettes. Obtuve una importante victoria sobre los ingleses en una batalla que duró desde las seis de la mañana hasta que casi era de noche. La batalla fue tan feroz que los caminos se llenaron de muertos, y por todas partes se veían ríos de sangre. Tomé todos los pertrechos y la munición del enemigo, e hice una gran cantidad de prisioneros. Todo se lo envié al general Laveaux, al que expliqué el enfrentamiento. Tomé todas las posiciones de los ingleses en los altos de Saint-Marc; las fortificaciones amuralladas en las montañas de Fond-Baptiste y Délices, el campamento de Drouët en las montañas de Matheux, que

los ingleses consideraban inexpugnables, las ciudadelas de Mirebalais, llamada el Gibraltar de la isla, ocupadas por mil cien hombres, el famoso campamento de l'Acul-du-Saut, las fortificaciones en piedra de Trou-d'Eau, de tres pisos de altura, las del campamento de Décayette y de Beau-Bien: en resumen, todas las fortificaciones de los ingleses en este distrito no pudieron resistir mi empuje, como tampoco las de Neybe, de Saint Jean de la Maguâna, de Las Mathas, de Banique y otras plazas ocupadas por los españoles; todas las tomé en nombre de la República. También me expuse a grandes peligros; varias veces escapé por poco de ser hecho prisionero; vertí mi sangre por mi país; en la cadera derecha recibí una bala que todavía sigue ahí; en la cabeza recibí un violento impacto de una bala de cañón que me arrancó la mayor parte de los dientes y aflojó el resto. En una palabra, en diferentes ocasiones recibí diecisiete heridas cuyas honorables cicatrices aún no han desaparecido. El general Laveaux fue testigo de muchos de mis combates; es demasiado honorable para no confirmarlo; pregúntesele si alguna vez dudé en poner en peligro mi vida cuando el bien de mi país y el triunfo de la República lo requirieron.

Si tuviera que enumerar los diversos servicios que he prestado al gobierno, necesitaría muchos volúmenes, e incluso entonces no los mencionaría todos; y, como recompensa por todos estos servicios, he sido arbitrariamente arrestado en Saint-Domingue, atado y puesto a bordo de un navío como un delincuente, sin respeto por mi posición, sin la más mínima consideración. ¿Es esta la recompensa merecida por mis desvelos? ¿Debía mi conducta llevarme a esperar tal trato?

Otrora fui rico. En la época de la revolución, poseía seiscientos cuarenta y ocho mil francos. Los gasté al servicio de mi país. Sólo compré una pequeña hacienda en la que establecer a mi esposa y mi familia. Hoy en día, no obstante mi desinterés, tratan de cubrirme de oprobio e infamia; han hecho de mí el más desgraciado de los hombres; se me ha quitado la libertad; estoy separado de todos los que más quiero en el mundo: de mi venerable padre, de 105 años de edad, que necesita de mi ayuda, de una esposa tiernamente amada que, me temo, separada de mí no podrá soportar las aflicciones que la abruman, y de una querida familia, que constituía la felicidad de mi vida.

A mi llegada a Francia escribí al primer cónsul y al ministro de Marina, a los que di cuenta de mi situación y a los que pedí ayuda para mi familia y para mí mismo. Sin duda sintieron la justicia de mis requerimientos, y dieron órdenes de que se me proveyera de lo que pedía. Pero, en lugar de esto, he recibido el viejo

atuendo deshilachado de un soldado y zapatos en la misma condición.
¿Necesitaba yo que esta humillación se añadiera a mi infortunio?

Cuando bajé del barco me montaron en un carruaje. Yo esperaba entonces que se me iba a llevar ante un tribunal al que rendir cuentas de mi conducta y que me juzgaría. Lejos de eso, sin un momento de descanso se me llevó a un fuerte en las fronteras de la República y se me confinó en un espantoso calabozo.

Es desde las profundidades de esta lóbrega prisión desde donde apelo a la justicia y la magnanimidad del primer cónsul. Él es demasiado noble y demasiado buen general para volver la espalda a un viejo soldado, cubierto de heridas al servicio de su país, sin darle la oportunidad de justificarse y de ser juzgado.

Pido, pues, que se me lleve ante un tribunal o un consejo de guerra ante el que pueda también presentarse el general Leclerc, y que ambos podamos recibir nuestras sentencias tras haber sido juzgados: la equidad, la razón, la ley, todas me aseguran que esta justicia no se me puede negar.

Al atravesar Francia, he visto en los periódicos un artículo que se refería a mí. En este artículo se me acusa de rebelde y traidor, y, para justificar la acusación, se dice que se ha interceptado una carta en la que instigo a la revuelta a los trabajadores de Saint-Domingue. Yo nunca he escrito una carta así, y desafío a cualquiera a que la presente a decirme a quién iba dirigida y a hacer comparecer a la persona. En cuanto al resto de calumnias, se caen por sí solas; si mi intención hubiese sido hacer la guerra, ¿habría depuesto las armas y me habría sometido? Ningún hombre razonable, mucho menos un soldado, puede creer tal absurdo.

Añadido a las memorias

Si el gobierno hubiese enviado a un hombre prudente, no habría habido ningún problema; ni un solo tiro se habría disparado.

¿Por qué el miedo ocasionó tanta injusticia por parte del general Leclerc? ¿Por qué incumplió su palabra de honor? Cuando llegó la fragata Guerrière, que traía

a mi esposa, ¿por qué vi a bordo a muchas personas que habían sido arrestadas junto con ella? Muchas de estas personas no habían disparado un tiro. Eran hombres inocentes, padres de familia, que habían sido arrancados de los brazos de sus esposas e hijos. Todas estas personas habían vertido su sangre por conservar la colonia para Francia; eran oficiales de mi Estado Mayor, mis secretarios, que no habían hecho sino cumplir mis órdenes; todos, pues, fueron arrestados sin causa.

Al desembarcar en Brest, mi esposa y mis hijos fueron enviados a diferentes destinos, los cuales ignoro. El gobierno debería ser más justo conmigo; mi esposa y mis hijos no han hecho nada de lo que tengan que responder; debería enviárseles a casa a velar por nuestros intereses. El general Leclerc ha ocasionado todo este mal, pero yo estoy en el fondo de un calabozo, sin poderme justificar. El gobierno es demasiado justo como para mantener mis manos atadas y permitir que el general Leclerc abuse de mí de este modo, sin escucharme.

Todos me han dicho que el gobierno era justo; ¿no debería yo, pues, compartir su justicia y sus beneficios?

El general Leclerc ha dicho en la carta al ministro que ha visto en los periódicos que yo estaba esperando a que sus tropas enfermaran para emprender la guerra y recuperar el mando. Esta es una atroz y abominable mentira: es un acto cobarde por su parte. Aunque yo tal vez no tenga muchos conocimientos ni mucha educación, tengo el suficiente buen sentido como para evitar entrar en combate contra la voluntad de mi gobierno; nunca pensé en ello. El gobierno francés es demasiado fuerte, demasiado poderoso, como para que el general Leclerc piense que yo, que soy su servidor, me opuse a él. Cierto es que cuando el general Leclerc marchó contra mí, dije varias veces que no llevaría a cabo ningún ataque, que solamente me defendería, hasta julio o agosto; que entonces me llegaría el turno a mí. Pero luego reflexioné sobre las desgracias de la colonia y sobre la carta del primer cónsul; entonces me sometí.

Lo repito de nuevo: demando que el general Leclerc y yo mismo seamos juzgados por un tribunal; que el gobierno ordene que se traiga toda mi correspondencia; por este medio se verá mi inocencia y todo cuanto he hecho por la República, aunque sé que varias cartas han sido interceptadas.

Primer cónsul, padre de todos los soldados, recto juez, defensor de la inocencia, dictad mi destino. Mis heridas son profundas; aplicadles el remedio curativo que

evite que se vuelvan a abrir; vos sois el médico; ¡confío plenamente en vuestra justicia y sabiduría!

[1] Citado en L. Dubois, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Massachusetts, Harvard University Press, 2004, p. 255. Véanse M. Smartt Bell, *Toussaint Louverture: A Biography*, Nueva York, Pantheon, 2007, pp. 263-279; D. Desormeaux, «The First of the (Black) Memorialists: Toussaint Louverture», *Yale French Studies (The Haitian Issue)* 107, pp. 131-145.

[2] Toussaint había vivido la mayor parte de su vida como esclavo y, más tarde, como negro libre en la plantación de Bréda, a las órdenes de su dueño Bayon de Libertat. Antes de cambiar de nombre, era conocido como Toussaint de Bréda.

[3] Toussaint pasa por alto el hecho de que, hasta 1794, había combatido en el bando de los españoles contra la República francesa.

[4] Como sin excepción hizo a lo largo de su carrera, Toussaint invoca aquí el imperio de una ley abstracta y universalmente aplicable para atacar cualquier discriminación basada en particularidades de raza o nación.

AKAL / Otros títulos publicados

¡abajo el colonialismo! Ho Chi Minh 978-84-460-3644-9

terrorismo y comunismo Leon Trotsky 978-84-460-3159-8

EL LIBRO DE LA DISIDENCIA V.V. A.A. 978-84-460-3662-3